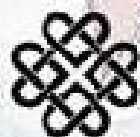


Cuando del amor al odio hay solo un bocado

MI POSTRE  
FAVORITO  
ERES TÚ

ANNE ABAND



kamadeva

**Anne Aband**

**MI POSTRE FAVORITO ERES TÚ**

MI POSTRE  
FAVORITO  
ERES *TU*  
ANNE ABAND



kamadeva

© Anne Aband  
© Kamadeva Editorial, 2019

[www.kamadevaeditorial.com](http://www.kamadevaeditorial.com)

ISBN ePub: 978-84-120323-6-9

Impreso en España  
Editado por Bubok Publishing S.L.



Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para todos aquellos y aquellas que trabajan en hostelería, en agradecimiento por su labor sacrificada muchas veces, y siempre con una sonrisa en la boca.*

*Gracias por aguantar las peticiones de los clientes, por soportar muchas horas de pie, con más calor que nadie que no sepa o haya estado en una cocina podría imaginar.*

*Por los quemazos, los cortes, por aguantar el humo cuando se podía fumar en los bares, por soportar los malos horarios incluso, a veces, la explotación.*

*Porque todos sois unos héroes.*

*Y especialmente dedicado a mi familia política, hosteleros de toda la vida. Trabajadores de primera, todos ellos.*

*¡Gracias por enseñarme lo que significa tener un restaurante!*

*Espero que disfrutéis de esta novela romántica, esperanzadora, hecha con mucho amor y ternura y que, a pesar del asesoramiento profesional, no haya dicho muchas tonterías.*

## Índice

- [1 El primer encuentro](#)
- [2 La boda](#)
- [3 El catering](#)
- [4 Una nueva oportunidad](#)
- [5 La casa](#)
- [6 El primer menú](#)
- [7 Un baño a la luz de la luna](#)
- [8 Hans](#)
- [9 Nuevas ilusiones](#)
- [10 Pintando la vida](#)
- [11 Decisiones](#)
- [12 Un encuentro no deseado](#)
- [13 La inauguración](#)
- [14 Camino a París](#)
- [15 Llegó el escándalo](#)
- [16 Todo se perdió](#)
- [17 De vuelta](#)
- [18 Una sorpresa inesperada](#)
- [19 En casa, de nuevo](#)
- [20 La visita](#)
- [21 La boda de Irina](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

# 1

## El primer encuentro

Sofía inspiró el aire húmedo de la playa. Las olas lamían la arena suavemente, dejando una huella oscura en la solitaria zona. Pocas personas paseaban a esas horas de la mañana, que era cuando más le gustaba a ella. No habían dado las siete todavía. Se había descalzado e incluso llevaba la chaqueta en la mano, para el primer fresquito, junto con su pequeña mochila.

La suave brisa removía los mechones castaños que caían de su coleta medio despeinada. Apenas miraba hacia el mar, ni siquiera veía más allá de sus huellas en el suelo. Hoy no tenía ganas de correr como otros días. Solo caminar y pensar qué hacer con su vida a partir de ese verano. Tenía que pensar un plan, estaba claro.

Levantó la cabeza mirando el horizonte. Apenas había un paseante o dos a lo lejos. A esas horas los turistas estaban durmiendo y los habitantes de la ciudad se dirigían hacia sus trabajos. Además, era una zona poco turística ya que había varias rocas en medio de la playa y una riera que desembocaba en el mar. De vez en cuando, si se estancaba el agua, olía un poco mal y los mosquitos campaban por sus anchas. No era un sitio familiar. Por eso le gustaba. El sitio tenía su encanto. Si no hacías mucho ruido por la mañana, por esa zona podías ver incluso ardillas trepando por los árboles.

El sol ya había salido y comenzaba a calentar suavemente su piel. Para ser julio, el tiempo era muy agradable, aunque luego seguro que subía la temperatura, pero nada comparable con el calor que pasaba cuando estaba en la cocina, delante de los fogones, donde subía a unos cuarenta o cincuenta grados. No es que le importase el calor, estaba acostumbrada a él, pues desde los dieciocho había estado metida en cocinas diferentes.

La cocina fue su pasión desde bien pequeña. Se ponía encima de la banqueta, al lado de su madre mientras ella preparaba la comida. Al principio solo miraba, pero luego, tras mucho insistir, su madre le permitía realizar pequeños trabajos: batía huevos, empanaba la carne y, después, comenzó a picar ajos, cebolla, verduras.... Poco a poco su madre le enseñó a preparar salsas, guisos, tortillas de patata y mucho más. Hizo su primer estofado con nueve años y después se aficionó a preparar bizcochos, galletas, e incluso pan.

Sus programas favoritos de televisión eran, por supuesto, los de cocina. No se perdía ni uno. Le encantaba presentar los platos adornados y con detalles, aunque al principio lo hiciera solo para la familia. ¡Tenía tanta ilusión!

Había trabajado muy duro para conseguir una cierta posición, un trabajo que le encantaba y, en los últimos meses, todo se había desvanecido. Si sus padres la vieran paseando por la playa, sin trabajar e intentando averiguar qué iba a hacer a partir de ahora... Esos paseos la tranquilizaban y la ayudaban a centrarse.

Se paró con los ojos cerrados, escuchando las olas romper. Una voz apurada le sacó de sus lúgubres pensamientos.

—¡Ey!, por favor, ayuda, ¡ayúdame!

Sofía miró hacia donde provenía la voz, al parecer, en el interior del mar. Un chico estaba agitando las manos un poco lejos. Ella no se lo pensó, soltó la chaqueta, la bolsa y las zapatillas en la playa y se lanzó vestida hacia el mar. Conforme se iba acercando se dio cuenta de que el chico no se estaba ahogando. Estaba allí, cubierto de agua hasta la cintura, sin moverse, sin aspavientos. Las manos las tenía delante de él, como si estuviera cubriéndose sus partes «nobles».

—¿Esto es una broma? —le dijo Sofía enfadada—. Me he metido en el agua porque pensaba que te estabas ahogando o que te había dado un calambre, no sé.

—Lo siento, perdona, yo... te lo agradezco. —El joven la miraba compungido.

Sofía se volvió hacia la orilla. Lo mismo era un loco.

—Espera, por favor, en realidad sí estoy en un apuro y grande.

Ella paró y se giró. Era un hombre joven, alto, delgado y ligeramente atlético. De cara ahora contrita, pero atractiva. Llevaba el pelo mojado y pegado a la cabeza. Tenía un color indefinido, quizá castaño, con los ojos azul pálido. Era mono. Cruzó los brazos esperando una explicación. Total, ya



estaba mojada.

—Me llamo Sergio, verás, mis amigos me han gastado una broma muy pesada en mi despedida de soltero. Ayer nos fuimos a celebrar que me caso en una semana y no sé cómo, pero acabé aquí. Me dejaron en la playa ayer por la noche sin ropa, pero iba un poco... tocado, y me he despertado esta mañana, hace un rato... ni siquiera sé dónde estoy —soltó el joven todo atropelladamente para que ella no se fuera.

—Estás en Miami, Tarragona. Vaya amigos que tienes, te han hecho una faena enorme.

—El caso es que no puedo salir del agua, porque estoy completamente desnudo y lejos de mi casa.

—Y ¿dónde vives?

—En Cambrils.

—Pues estás lejos, pero si vas nadando... —Sofía sonrió irónica.

—Por favor, necesito ayuda, de verdad. No quiero que me detengan por exhibicionismo, ¿podrías dejarme algo de ropa? O un móvil, para llamar a mi hermano y que venga a buscarme, por favor —repitió el joven acercando la mano hacia ella como si estuviera pidiendo limosna.

Sofía sopesó la situación. Dejarle llamar por teléfono no era tan grave. En cuanto a la ropa, ella mismo estaba empapada.

—Mira, tengo una chaqueta en la arena, algo te tamará. Eso sí, te aconsejo que te metas entero en el agua, tienes la cabeza llena de arena o de lo que sea.

El chico se tocó la cabeza y comprobó que estaba pegajoso y sucio, así que se sumergió entero frotándose el pelo. Sofía se volvió y salió del agua. Se había empapado la camiseta y el pantalón. Por suerte hoy se había puesto el bikini debajo. Se quitó el pantalón y cogió la chaqueta acercándose al chico.

—¿Te vale con esta chaqueta para salir del agua? Tengo el pantalón mojado también, pero tal vez pueda valerte. A mí no me importa irme en bikini hasta casa, vivo muy cerca.

—Tírame el pantalón, por favor, da igual que esté mojado.

Sofía le lanzó el pantalón y él lo sumergió en el agua para ponérselo. El chico parecía delgado y ella, aunque tenía sus curvas, no gastaba una talla grande. Pero el pantalón era corto, corto, y puede que ciertas partes salieran por la pernera, sobre todo si estaba bien dotado. Ella se sonrojó pensando en eso.

—Creo que el pantalón me tamará algo, pero ¿podría dejarme la chaqueta

también? —Su cara de perrito indefenso acabó por convencerla.

—Está bien, sal y te dejo la chaqueta.

—No sabes cómo te lo agradezco....

—Sofía, me llamo Sofía.

—¿Me dejarías usar tu móvil? Mi hermano está también en Cambrils, en casa de mis padres. Le diré que venga a recogerme y que me traiga ropa.

—Vale, llama. —Ella todavía no acababa de fiarse, pero ya que se había puesto a ayudarlo, tenía que dejar que hiciese esa llamada.

Parece que él se dio cuenta.

—Si te parece lo pongo en manos libres, así verás que es cierto.

Marcó manualmente el teléfono y activó el altavoz.

—*Qui? Qui est?*

—Hola, Renard, soy yo, Serge. —El joven habló en español por deferencia a la chica—. Estoy en un apuro. Necesito tu ayuda.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien? —Una voz somnolienta con un fuerte acento francés le contestó—. No te habrás ido de putas.

—Estoy bien y no me he ido de putas. Mis amigos, con los que estaba anoche, me dejaron en la playa, desnudo, sin documentación y sin móvil. Menos mal que una buena persona me ha dejado algo de ropa y un teléfono.

Apenas pudo terminar de decirlo cuando escuchó a su hermano partirse de risa.

—Por favor, Renard, necesito que vengas a buscarme —suplicó el chico.

—Bueno, es algo que te mereces —contestó su hermano.

—Por favor, esto es muy serio, si me detienen, o si me ven así, ¿qué pasará? Piensa en mi futuro, piensa en nuestro padre. —El joven suplicaba avergonzado.

—Toda acción tiene sus consecuencias. En dos horas te pasaré a buscar. Ahora, me vuelvo a dormir.

Colgó el teléfono sin dejarle contestar, y ambos se quedaron con la boca abierta por la sorpresa.

—Vaya hermano que tienes que te deja colgado.

—Es solo medio hermano, de padre. Bueno, he de decir que posiblemente sea una venganza. Verás, es una costumbre que, para las despedidas de soltero, y otros eventos, hagamos alguna cosa grande, como bueno, me han hecho a mí. Yo también le gasté una buena cuando se fue a la universidad. En mi defensa diré que era joven y alocado. —Serge sonrió traviesamente.

—Si esto te parece poco, ¡qué le habrás hecho! —Sofía entornó los ojos, el chico empezaba a caerle bien.

—Algo malo. Fue bastante vergonzoso. Yo creo que me la tiene jurada. No lo sé. Aunque siempre me he sentido arrepentido.

—Vaya, o sea que eres todo un gamberro. Bueno, yo me voy. Tengo cosas que hacer. Te regalo la ropa y aquí te quedas.

—Por favor, no me dejes, Sofía, no me dejes tirado. ¿Vives cerca? Al menos déjame estar en el rellano de la escalera. —Su petición era tan patética que Sofía comenzó a ablandarse.

—¿Cómo te voy a dejar pasar a mi casa si no te conozco? ¿Y si eres un delincuente?

—Ah no, mira, yo soy médico. Trabajo en el consultorio de Cambrils, si quieres llamar allí y preguntar por el doctor Milleur, Sergio Milleur, ellos te lo podrán confirmar. Si pudiera, te enseñaría el DNI, pero ya ves... —Encogió los hombros y sonrió un poco.

—Puedes estar inventándotelo todo.

—Por favor, pueden despedirme si me detienen y se sabe. Y está empezando a venir gente. Aunque sea justo en el rellano, sin entrar en tu casa. Hasta que mi hermano se digne a venir.

—¿Y no puedes llamar a nadie más? ¿Tu novia?

—Si se entera de esto se enfadará mucho. Y mis padres igual. Son muy... como diría... muy «pijos», que se dice aquí. Y mis amigos estarán durmiendo la mona. Mi prima no conduce, es menor, y no le dejarán salir sin alguien. La verdad es que mi hermano es mi única opción. Y tú, claro.

—Mira, voy a hacer la buena obra del día. Vamos a mi casa, te dejo otros pantalones y una camiseta y te llevo en el coche. Así no tienes que esperar en ningún rellano.

—Oh, Dios, ¿harías eso por mí? Gracias. —Sergio se acercó con intención de abrazarla, pero ella le paró.

—No vas a entrar en mi casa. No te conozco. Así que no te emociones. Y además llamaré a mi vecino que mide casi dos metros para que te vigile. Hoy en día no se puede una fiar.

—Sí, sí, de acuerdo, gracias, gracias. ¿Nos podemos ir ya? Empieza a venir gente.

Sofía se preguntaba qué estaba haciendo, pero de alguna manera la intuición le decía que no era más que un chico atolondrado, quizá algo más joven que

ella y no se le veía mala gente. Eso sí, llamaría a su vecino Hans, no medía dos metros, pero casi. Aunque sería incapaz de matar una mosca, su presencia le quitaría las ganas de hacer otra cosa que no fuera portarse bien.

En el fondo le hacía mucha gracia. El joven caminaba a su lado descalzo por la calle y parecía realmente abochornado. Ella, con la camiseta mojada y la mochila en la mano, empezaba a tener que aguantarse la risa. Hasta que explotó.

La carcajada asustó al chico que la miró consternado.

—¿Estás bien?

Sofía no podía parar de reír, ni siquiera podía caminar, se doblaba sobre sí misma. Y sí, hacía muchos meses que no reía tan a gusto. Al menos la experiencia estaba sirviendo para soltar todo eso que llevaba, el nudo que se había hecho en su estómago desde hacía varios meses. Al final, Sergio le acompañó contagiado por la risa de ella.

—Perdona, perdona. —Tras dos minutos de carcajadas pudo parar—. Es que realmente es una situación cómica.

—No, si lo sé, es patética. Si me vieran mis compañeros o los canallas de mis amigos, que ni siquiera se han molestado en saber si sigo vivo... Es una broma muy pesada, pero tiene su gracia.

—Como broma, para mi gusto, es muy pesada, pero tú estás muy gracioso con mi chaqueta de punto en la cintura. Y que sepas que se te transparenta el trasero.

Sergio dio un respingo y se puso la mano detrás, suplicando con la mirada.

—Está bien, ya llegamos. Vivo aquí, muy cerca de la playa. Has tenido suerte.

Como Sofía vivía en el segundo piso, subieron andando, ella delante. En la puerta B vivía Hans. Le llamó. Enseguida salió el gigante rubio con el pelo revuelto y los ojos medio cerrados. Sonrió a su vecina.

—*Hallo*, Sofía, ¿estás bien?

—Traigo un pescadito y quiero que lo vigiles, por favor. Me lo he encontrado en la playa. —Sergio saludó discretamente con la mano—. No preguntes. Voy a cambiarme, pero él se queda aquí.

—Podrías, por favor, invitarme a un café, a los dos, con Hans, por supuesto. Tengo una resaca tremenda.

—Bueno, claro. Pasad. ¿Hans?

—Claro, pasaré contigo. Los peces abandonados pueden ser tiburones.

Sergio asintió. La verdad era que entendía las pegas de Sofía, al fin y al cabo, él era un desconocido, más alto y más fuerte que ella. Pero él sería incapaz de hacer nada malo, claro que ellos no lo sabían.

Sofía dejó las llaves en la mesa.

—Hans me voy a cambiar, ya sabes dónde está el café y la cafetera, si no te importa... Además, ayer hice un bizcocho, podéis coger.

—¡Estoy hambriento! —suspiró Sergio.

—Tienes aspirinas en el armario de la esquina —gritó Sofía desde el dormitorio.

Hans le dio una aspirina y un vaso de agua, y comenzó a preparar los cafés, mientras Sergio observaba la casa. Era un salón con cocina americana, y así como el salón era muy minimalista, con un sofá sencillo de líneas rectas y una televisión plana, la cocina tenía de todo tipo de electrodomésticos, muchos de ellos ni sabía para qué servían.

Al fondo del salón, decorado en tonos claros, había dos puertas. Una en la que se había metido Sofía, y que debía ser su cuarto, y la otra suponía que el baño. El apartamento era como el dormitorio de sus padres, incluso más pequeño, pero se veía limpio y recogido. También había un balcón en el salón que daba mucha luz y estaba lleno de plantas verdes. Parecían plantas aromáticas, pero no estaba seguro. En la pequeña terraza, además, había espacio para una mesa redonda y un par de sillas de madera. Daba a un patio interior, no se veía el mar, pero se escuchaba y se olía. Seguramente por las noches se oiría el romper de las olas desde allí.

Sofía salió de su cuarto con unos vaqueros cortados por la rodilla y una camiseta rosa. Su pelo seguía recogido en una coleta, pero más peinado, y ya iba calzada con unas bambas.

—Toma, no sé si te valdrá, pero es lo único de chico que tengo. Porque la ropa de Hans creo que no te servirá.

Sergio alargó el brazo y tomó las dos prendas que le ofrecía la chica.

—Eso sí, calzado no tengo. Tendrás que ir descalzo o puedo darte unos calcetines, tú verás. Pasa al baño —dijo señalando la puerta que aún no había sido abierta.

—Gracias, Sofía, esto no lo olvidaré.

Hans la miró de forma inquisitiva cuando se quedaron solos, pero ella se encogió de hombros.

—La buena obra del día.

—Eres demasiado confiada, niña.

Hans le llevaba solo seis años, pero la trataba como su hermana pequeña. Retirado debido a un grave accidente y una posterior operación fallida, desde que vino a vivir a España pensó que ya no quería pasar más frío en Holanda y que prefería el calorcito de la costa española. Residió en varias ciudades y finalmente se instaló en Miami, Tarragona. Allí conoció a Sofia, que le ayudó con su español. En aquella época ella empezaba a trabajar en el restaurante en el que aún trabajaba, y necesitaba dinero para pagar el apartamento, así que fue un justo trato. Desde entonces le había tomado mucho cariño y la consideraba su protegida. Más de un día la había ido a buscar al restaurante, sobre todo cuando salía tarde, de tal forma que algunos de los compañeros que la conocían poco pensaban que era su novio. Y no es que el chico estuviera mal, era alto y grande, como le gustaban a ella, pero lo veía como si fuera el hermano mayor que no había tenido. Era imposible sentir nada más por él. Y, curiosamente, a él le pasaba lo mismo.

El café salía ya, invadiendo sus fosas nasales con el aroma del tostado. Sofia cortó varios pedazos de pastel de zanahoria, una nueva receta que había probado esa semana, uno de sus experimentos y, la verdad, estaba delicioso. Había hecho una crema de nata muy suave para acompañarlo, con cardamomo y canela. Hans se chupaba los dedos, era su probador oficial.

—Ya parezco una persona. —Sergio salió del baño, peinado y con una camiseta algo ancha y pantalones un poco pequeños. La camiseta era de su ex y los pantalones de cuando entrenaba hacía años, así que le iban un poco justos, le marcaban «el paquete», aunque si no subía los brazos, se disimulaba bien.

—¿Café solo o con leche?

—Me tomaría un café con leche gracias, y el bizcocho tiene un aspecto magnífico.

—Anda, no seas adulator. Come y nos vamos.

—Sofía, Hans, hoy he vuelto a confiar en la raza humana. Veo que todavía hay personas buenas. —El joven se llevó la mano al corazón.

—¡Qué teatrero! —Sofía rio a gusto—. ¿De verdad eres médico y no actor de comedia?

Sergio se sonrojó. La sinceridad de la chica era un poco descarada. Lo cierto era que sí era un poco teatrero, pero nadie se lo había dicho hasta entonces. Ni su madre. Mordió un trozo de bizcocho, mojado en la crema.

Abrió los ojos sorprendido.

—¿Esto lo has hecho tú? Está buenísimo.

Sofía levantó una ceja, pero él insistió.

—De verdad, esta vez va en serio. Lo de antes también, pero es que nunca había probado un bizcocho tan espectacular. ¿Te dedicas profesionalmente a ello?

—Es cocinera —sonrió Hans con orgullo—, y de las buenas.

—Pues sí. Verás, se me ocurre que... ¿Podrías hacer la tarta de mi boda? Nos ha fallado el pastelero que teníamos, todavía no hemos elegido uno nuevo y este pastel me parece delicioso.

—Para el carro, chato. Yo no hago tartas de boda, lo mío son bizcochos sencillos sin adornos. Y, además, seguro que será una boda con mucha gente, ¿me equivoco?

—Sí, cierto, para unas doscientas o trescientas personas.

Sofía se atragantó con el café. Hans le golpeó la espalda muy delicadamente con sus manazas.

—No, Hans, no la golpees, eso es peor, déjala que se recupere. Lo siento.

—Te agradezco, Sergio, que quieras compensarme de alguna forma, pero no es necesario, de verdad. Está bien así. —Tosió de nuevo—. Me alegro de que todo haya salido bien, y que puedas volver a casa vestido. Si me pasara a mí, me moriría de vergüenza.

El móvil de Sofía sonó.

—¿Sí?

—¿Hola? Este es el teléfono desde donde ha llamado Sergio, ¿verdad? Dile que se ponga.

—Creo que es el simpático de tu hermano —dijo Sofía sin evitar que le escuchara.

—Hola, hermanito, ¿qué pasa?

—Estoy en Miami, ya de camino a buscarte. Te llevo ropa. No me podía dormir. ¿En qué playa estás?

—Estoy en casa de mi salvadora, la chica que has tratado con tan poca educación.

—¿Te ha llevado a su casa? ¡Qué confiada, o qué tonta!

—Renard, te paso la dirección. Te veo luego. —Sergio cortó la comunicación con el sieso de su hermano. No por nada le habían puesto el mote de Renard, zorro, desde que era pequeño y ya nadie le llamaba por su

verdadero nombre, Louis. Era astuto, sí, pero también desconfiado y arisco.

Sofía envió su dirección por mensaje sin esperar respuesta.

—Lo siento, mi hermano es así, un poco...

—¿Borde? ¿Maleducado? —Ella sirvió otro café a Hans que le ofrecía la taza para intentar cambiar de conversación—. Desde luego si hubiera sido él quien hubiera estado en apuros y me hubiera hablado así, aún estaría dentro del agua.

Sergio comenzó a reírse al imaginarse a su serio hermano desnudo en el agua y contagió la risa a sus dos salvadores. Al final no pudieron evitar quitarle importancia.

No pasaron ni diez minutos cuando sonó el timbre del portero automático.

—¿Te importa que suba mi hermano? Me trae mi ropa y, la verdad, no me apetece cambiarme en la calle. Así te devuelvo lo tuyo. —La mirada de perrito abandonado siempre le había funcionado y se aprovechó de ello.

—Está bien, pero como se ponga borde le atizará Hans. —El hombretón asintió enseñando los músculos de sus brazos.

Sergio sonreía cuando fue a abrir la puerta. Su hermano lo miró de arriba abajo.

—Pasa, te presento a Sofía y a Hans.

El hombre entró observando el pequeño apartamento. Sofía se sonrojó. Se veía claramente que no era de su estilo o de su clase. Era un tipo alto y estirado, más moreno de piel y de cabello que Sergio y vestía con una camisa remangada y un pantalón largo con zapatos de vestir ¡En julio y en la playa! Si no fuera por su desagradable expresión, incluso podría haber sido guapo. A Sofía no le atrajo nada.

—Toma tu ropa. Cámbiate que nos vamos —le dijo sin apenas saludar con un movimiento de cabeza a los que habían ayudado a su hermano.

Sergio entró rápido en el baño para cambiarse. Sofía se lo quedó mirando asombrada por su falta de tacto y educación. Había pensado en invitarle a un café, pero enseguida desechó la idea. Se quedó de pie, con los brazos cruzados y apoyada en la isla de la cocina, que hacía de barra para desayuno. Él seguía mirando con desagrado el apartamento. Al final ella explotó.

—¡Pero bueno! ¡Que no tenemos la peste ni el sitio está sucio! No sé por qué eres tan estirado. Parece que te hayas tragado un palo y te haya salido por el culo. Eres un maleducado. Estás en mi casa, lo mínimo que podías ser es amable. Al fin y al cabo, he ayudado a tu hermano —Sofía soltó todo de



sopetón poniéndose colorada del cabreo. Sergio salía del baño y se quedó parado, esperando la reacción de su hermano que miraba atónito a la joven mujer morena, pecosa y ligeramente curvilínea que se había enfrentado a él.

—Perdona, Sofía, ya nos vamos —reaccionó primero Sergio. Su hermano tenía un conocido mal carácter y, además, ella tenía razón. Desde que había entrado no había dejado de mirar con la boca torcida el pequeño apartamento. Es cierto que el tipo era un directivo de una de las mayores empresas de suministros de hostelería en Francia, pero no por eso tenía que ser un maleducado.

—Señorita, usted, usted es ... —comenzó a decir Renard. Sergio no le dejó continuar y lo empujó hacia la puerta de salida. No quería que además la insultara.

—Gracias por todo, Sofía, te debo una muy grande. Te apunté mi teléfono por si acaso. Suerte y adiós. —El joven casi terminó de hablar desde el rellano mientras seguía empujando a su hermano hacia fuera.

Sofía cerró la puerta tras ellos.

—¿Será posible? Semejante gilipollas. Desde luego me compadezco de su familia. Menudo estúpido.

—Le hace falta un polvo, según decís los españoles.

Ambos se echaron a reír a carcajadas, tan fuertes, que incluso se escucharon desde la calle.

## 2

### La boda

—¿Estás nervioso, hijo mío? —La madre de Sergio atusaba el cabello del joven como cuando era pequeño, intentando arreglar lo que el chico se había hecho.

—No, mamá, no lo estoy. Talía es el amor de mi vida, y espero ser muy feliz con ella.

—Y yo espero que sientes la cabeza. Ahora que ya tienes un trabajo decente y una esposa, tu vida mejorará. —La madre asintió convencida mientras se separaba para ver el efecto.

Ella trabajó siempre en una famosa peluquería para caballeros en Valencia, y se le daba muy bien sacar el máximo partido a cualquier tipo de cabello. Fue allí cuando conoció al padre de Sergio. Ella solo tenía veintiún años mientras que él ya peinaba canas, con cuarenta y cinco. Sin embargo el flechazo fue auténtico. Él se divorció de su primera esposa, la madre de Renard, y se casó con Julia. De eso hacía ya más de treinta años. Ella estaba espléndida a sus cincuenta y tres y su padre, con casi ochenta, todavía tenía la planta que había heredado su hermano Renard, alto y enjuto y con el cabello coquetamente teñido de oscuro. Sergio se parecía más a su madre y a su familia, más rubio, menos alto y un poco más ancho de espaldas. Pero la naturaleza había sido generosa con ambos y eran muy atractivos. Siempre habían intentado que ambos hermanos se llevaran bien, pero Renard no tenía mucha simpatía por Julia y por todo lo que había supuesto.

Al principio estaba enfadado con la segunda esposa, por apartarlo de su madre. Pero él desconocía que el matrimonio entre sus padres hacía años que era un simple contrato, el amor se acabó casi desde que nació Renard;

intentaron que funcionase, pero sin éxito. Finalmente, por el bien de su hijo, estuvieron juntos unos cuantos años, aunque haciendo vidas separadas, hasta que George conoció a Julia y deseó fundar una familia, una con alguien que de verdad le quisiera y deseara estar junto a él día tras día y noche tras noche. Pero Renard tenía unos seis años y no lo comprendió. Tampoco lo hizo cuando se hizo mayor. Eso le hizo apartarse más de la familia y ser más arisco.

Sergio había conocido a Talía en el consultorio, entonces estaba en Madrid. Talía era una chica mexicana que vivía en la ciudad desde hacía un par de años con su hijo pequeño de dos años. Ella llevó un día al pequeño que tenía una fiebre muy alta casi imposible de bajar. Tras una semana de tratamiento y de varias visitas a domicilio, Sergio se enamoró de la dulzura de la mujer, de su amabilidad, de su gran corazón y de su piel color canela. Por supuesto que fuera una linda mujer con curvas le atrajo al principio, pero luego le cautivó el que tenía la cabeza muy bien amueblada y un gran sentido común. Había llegado a España, embarazada de su pequeño y huyendo de un mal sueño del que no deseaba hablar. A pesar de tener una maestría en economía, tuvo que trabajar de lo que pudo, desde limpieza a cuidado de niños. Hasta que nació Sebastián. Gracias a ello consiguió la nacionalidad española. Después, la contrataron para trabajar en una gran empresa y todo fue a mejor. Fue entonces cuando comenzaron a salir y durante un año no se separaron. Al cabo de un tiempo, Sergio fue trasladado de consultorio y se decidieron. Deseaban vivir juntos, así que... ¡Se casarían!

Ni qué decir tiene que su hermano se opuso desde el principio. La acusaba de caza fortunas. Sergio tenía un buen sueldo como médico, pero no como para pensar que Talía lo quería por su dinero. Su padre sí que era un tipo adinerado, dueño de una gran empresa de suministros donde Renard era el director general. Sergio tenía acciones, pero no participaba ni recibía sueldo de la empresa, fuera de los beneficios de cualquier accionista.

Aun así, Renard se opuso todo lo que pudo a la boda hasta que se rindió por lo inevitable del suceso. De hecho, Sergio deseaba tener un niño pronto, para que así nadie pudiera decir nada más. Al fin y al cabo, Renard no tenía hijos y él era el único que podía continuar el apellido Milleur. A regañadientes, aceptó llevar a la novia al altar, ya que de su familia solo iría su hermana, que también vivía en España. Sus padres eran muy mayores para viajar y tampoco su economía era tan boyante. El resto de su familia, ni le importaba.

Así que ahí estaban, preparando la boda. Habían invitado a casi doscientas

personas solo por parte de sus padres, y no eran más porque la boda no era en Francia. A eso había que sumar los amigos y primos y familia de ambos, lo que hacía unos cuarenta más. Iba a ser una boda por todo lo alto en la sociedad francesa y que el pequeño de los Milleur se había empeñado en hacer en un pueblo como Cambrils, pensaba con desagrado el mayor de los hermanos.

No encontraron un restaurante lo suficientemente grande en la zona para albergar tantos invitados, así que, lo harían en la finca que Renard compró como inversión. Contrataron una *wedding planner* que gestionaría desde la carpa hasta la barra libre tras la cena, incluso de contratar a una orquesta local con cantantes al que ya le habían pasado todo un repertorio de canciones antiguas, muchas de ellas francesas.

Renard había supervisado todos los preparativos ante lo inevitable de la boda. Por lo menos tenía que estar a la altura de un Milleur, tal y como fue la de su padre. Aunque al final acabase en separación, pero se había propuesto que su hermano pequeño tuviera algo especial.

Las flores, los dulces y la decoración dependían de empresas locales. Renard siempre había sido partidario de mover el dinero allá donde iba y, seguramente, semejante presupuesto, que hizo poner la boca en forma de O a aquellos comerciantes con los que contactó, ayudaría a la economía local. Era francés y su país le movía más que cualquier otro, pero era absurdo traer todo aquello desde Marsella, donde vivían, hasta aquí para comprar cosas que tenían más a mano. Pura lógica.

Como siempre en su vida. Actuaba con un sentido común fuera de lo normal desde que, siendo pequeño, comprendió que tenía que aprender a leer para ver los cuentos que tenía en su habitación. Con solo tres años ya era capaz de leer casi todo que caía en sus pequeñas y regordetas manos. Siguió creciendo y se hizo grande y fuerte, quizá demasiado. Por pura lógica también comprendió que ninguna chica le haría caso si no adelgazaba y se ponía en forma, y también adivinó que la compañía de su padre solo se podía dirigir si se preparaba a fondo para ello. Así que estudió empresariales, varios másteres y viajó por todo el mundo aprendiendo de los mejores. Así, por méritos propios, alcanzó la dirección de la empresa. Contactó a los mejores fabricantes de productos de hostelería e implantó el departamento de I & D para la innovación de su compañía.

Todo ello hizo crecer la empresa exponencialmente y que su padre se retirase a vivir a la costa del sol, junto a su hijo pequeño y su esposa.

Cuando pensó que su vida había mejorado, había logrado el éxito en los negocios y lo tenía todo controlado, apareció Caroline. Era hija de una de las mejores familias francesas, por lo que sabía que no iba por su dinero, de hecho, tenía hasta un título nobiliario. Hacían una preciosa pareja, ella alta y delgada como una modelo, sin serlo, y él atractivo y serio. Eran la pareja más atractiva del año. Hasta que supo que ella no tenía esa mente brillante que parecía tener. Era brillante sí, pero más bien cercana a la psicopatía. Cuando no se medicaba, era capaz de agredirle y otras cosas peores. Así que, aunque intentó solucionarlo, era algo irresoluble. Rompieron su matrimonio al año de casarse. Fue una de las bodas más sonadas y uno de los divorcios más comentados. Ahora ella vivía entre Niza y Mónaco, sin apenas pasar por su casa y saliendo con todo tipo de personas, hombres y mujeres. Probablemente también lo hacía mientras estuvo casada con él. De hecho, las revistas del corazón estaban sacando toda la porquería de esos años. Lo que hacía que él estuviera más sombrío y cerrado cada día.

Su padre, tras unos años de estar retirado, negoció con un nuevo accionista una inyección de capital y la expansión de la empresa por Europa. Junto con el dinero apareció una preciosa joven y Renard pensó que estaba enamorado de nuevo. Lo pensaron ambos durante un año. Después, se dieron cuenta de que no había mucho en común entre ellos, pero los padres estaban felices de su compromiso, así que continuaron por inercia. Tener la mayoría de las acciones en la junta también era una ventaja para tomar decisiones empresariales. Todo convenientemente adecuado.

Y, de todas formas, Renard solo trabajaba. Apenas tenía vida social o de ningún tipo. Sobre todo, desde la expansión. Viajaba toda la semana y, cuando no viajaba, estaba reunido con unos y otros. Hasta Sergio se había extrañado de que se hubiera tomado esos días de vacaciones, salpicada de video conferencias, por supuesto. Así era su vida.

### 3

## El catering

Sofía se afanaba en preparar sus cuchillos. Aunque fuera a trabajar en un catering, se los iba a llevar. La habían llamado de la oficina de empleo hacía una semana para ir a trabajar a una boda. La dueña de la empresa, una tal Irina, era una chica muy agradable y ella había aceptado. Total, no tenía mucho más. El restaurante en el que trabajaba la había despedido y ella había decidido darse unos meses para pensar, ya que de momento podía, la ayuda del paro junto con pequeños trabajillos que le iban saliendo le daban para ir tirando. Después de trabajar tantos veranos y no ver apenas la luz del sol, esto era un gran cambio.

De todas formas, en hostelería nunca faltaba trabajo. En el momento que buscara en serio lo encontraría. Estaba segura. Echó un vistazo a los papeles que le había enviado la tal Irina por correo electrónico. Era una boda bastante elegante en una finca, incluso les irían a buscar en un microbús. Unas veinte o veinticinco personas estaban en el lugar de reunión. El dinero extra que les iban a pagar era generoso. Sofía reconoció a algunos de ellos y los saludó con la cabeza. Todos se subieron al microbús y este se dirigió hacia las afueras de Cambrils. Al cabo de un rato entró en una grandiosa finca rodeada de árboles y con elegantes jardines.

La legión de ayudantes de cocina y camareros bajaron con sus bolsas y la *wedding planner* los dirigió a dos habitaciones, una para mujeres y otra para hombres, para cambiarse. La fila de profesionales se colocó delante de la cocina, impolutos en sus chaquetas blancas los cocineros y oscura para los camareros, «demasiado elegantes para servir un catering normal», pensó Sofía.

Sofía sonrió observando el panorama. La mayoría de ellos parecía no tener mucha idea del trabajo que iban a desempeñar, pero había otra empresa de catering que lo traería todo hecho de Barcelona, así que solo había que emplatar y poner la comida en bandejas. Había profusión de entrantes según había leído en la carta, cosa que casi nadie de los que estaban allí había hecho y, tras un sorbete de lima, había un plato de langosta con un nombre muy rimbombante y todo aquel festín finalizaba con solomillo de ternera adornado de forma muy recargada. Luego venía la tarta nupcial, copas y recena. Vamos, lo que era una bacanal debía de costar un buen pico.

La finca era enorme y muy hermosa. Perteneecía a un empresario francés, que debía de ser conocido de los novios, o de su familia, y que les había prestado o alquilado toda la casa por el fin de semana.

Sofía se quedó con la boca abierta cuando accedió al interior. La cocina-comedor era lo que ella siempre habría soñado. Al menos tenía unos cincuenta o sesenta metros cuadrados, con una isla central y varios fuegos de gas y vitrocerámica. También había dos hornos y varios microondas, además de pequeños electrodomésticos. Todo de gama alta. Curioso. Si ella tuviera un lugar así, montaría su empresa soñada, una empresa de catering. De hecho, lo estaba sopesando y había mirado un local pequeño, para ir empezando.

Los camareros y los ayudantes paseaban perezosamente por todo el lugar. Eran las siete de la mañana, pero hasta la noche no sería la cena y, como les pagaban todo el día, estaba muy contenta. Qué más le daba estar aquí en lugar de en su casa deprimida por haber perdido su trabajo. Un par de camareros que la conocían de hacer extras en el restaurante donde hasta hacía poco había trabajado charlaron con ella, pero solo un rato. No tenía ganas de dar explicaciones de cómo la primera cocinera de uno de los restaurantes más caros de la zona había sido despedida. O invitada a marcharse. Movi6 la cabeza y se concentró en seguir observando a la gente que estaba allí. La oficina de empleo la había mandado a todo tipo de trabajos. Ahora, a esas alturas de julio, los que no estaban trabajando ya, eran los menos preparados, en general, porque también había casos como el de ella. Suponía.

La *wedding planner* caminaba de un lado para otro mirando listas, nerviosa y muy ocupada. Se llamaba Irina y era francesa, medio francesa, medio rusa. Se movía como una abeja en una colmena. Dando instrucciones a gente que quizá no se enteraba de nada.

Sí, reconocía que estaba un poco subidita. Ella era chef, pero estaba en paro.

Según Hans, su carácter se había agriado en las últimas semanas y, con lo dulce que era él, incapaz de decir algo malo, seguramente sería mucho peor. Debía estar hecha una arpía.

Irina pasó otra vez delante de ella mientras le sonaba el teléfono.

—Sí, soy yo. —Se quedó escuchando. Fue una larga pausa durante la cual ella comenzó a ponerse de todos los colores, pasando por blanco, rosa y, después, toda colorada y sudorosa, casi a punto del síncope. Se tuvo que sentar mientras seguía escuchando a quien le hablaba. Su carpeta con sus listas se cayó al suelo y Sofia, amable, lo recogió todo—. *Mon Dieu*, qué voy a hacer ahora. —Las lágrimas comenzaban a arrasar sus ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sofia preocupada.

—Un accidente, creo que se acabó la boda —soltó en voz baja.

—¿Quién ha tenido un accidente? ¿los novios? ¿están bien?

Irina la miró como si fuera un extraterrestre.

—No, el camión del catering. La furgoneta llegará con los entrantes, pero el postre y el plato principal, ¡*adieu!* —Sus puños apretaban el teléfono como si quisiera borrar la noticia.

—¿Tienes un plan B? —Sofia estaba pensando algo. Ella negó con la cabeza. Grandes lagrimones caían haciendo surcos en su perfecto maquillaje.

—Y no conozco nadie aquí. Acabó mi carrera profesional.

—Mira, si quieres podemos hacer algo. ¿Hablamos fuera? —Sofia alejó de oídos indiscretos a la mujer que se dejó llevar dócilmente.

—Yo soy chef, y no hace falta explicarte ahora las circunstancias por las que no trabajo, pero puedo preparar un segundo plato para trescientas personas e incluso unos bizcochos muy delicados. Quizá podamos sustituir la langosta que encargasteis por un rape alangostado. Lo aprendí de mi jefe, es algo que se hacía hace muchos años. Después, quizá unos solomillos a la plancha con alguna salsa de setas o de trufa...Podemos salvar la boda. Si tienes presupuesto, lo preparo en esta cocina.

Era una locura, pero ¿no quería tener una empresa de catering? Esa sería su prueba de fuego. No tenía nada que perder.

—Pero, pero... no te conozco y no sé...

—Vale, piénsalo. Si encuentras otra alternativa, perfecto.

Ella la miró fijamente y salió a llamar por teléfono. Ni media hora había pasado cuando volvió a buscarla.

—Está bien, ¿cómo te llamas?



—Sofía.

—Vale, Sofía, he hablado con los novios y te piden, por favor, que lo hagas, confían en ti, no pueden hacer otra cosa de todas formas.

—Umm, ¿gracias?

—Es una boda muy importante. Son gente rica y con contactos, si sale bien, saldrás muy beneficiada.

—Bueno, esto conlleva unos gastos y tengo que comprar género. —Sofía ya estaba calculando cuánto.

—Por supuesto, lo que sea. Tienes carta blanca. Pero sin pasarte, no te aproveches —reprendió la francesa.

—Vaya, no pensaba. —Sofía ya se estaba arrepintiendo de su decisión.

—Perdona, estoy muy nerviosa. Ve, ve, pide lo que necesites. El cambio les ha parecido bien. La madre del novio casi se desmaya al escuchar la noticia del camión, pero, al presentarles la alternativa, se han puesto nerviosos, pero aliviados. Espero que salga bien. Y muchas gracias.

Sofía cogió su bolso y tomó su libreta y el móvil. Tenía que calcular rápidamente cuántos kilos de pescado y carne necesitaba y localizar a los proveedores. Por suerte conocía a unos cuantos.

Como los entrantes, el pan, el vino y la recena estaban solucionados, se centró en la en el rape y el solomillo. De postre haría su delicioso bizcocho de zanahoria con crema mascarpone. Se informó de que había quince celíacos y diez vegetarianos. Haría todo sin gluten, el bizcocho uno especial y para los vegetarianos pediría unos rollitos de alga, arroz y tofu.

Comenzó a anotar frenéticamente la lista para trescientas personas, menos treinta y dos niños que llevarían carne con patatas. Necesitaba moldes para el postre, ya que haría pequeños bizcochos. Pensó que quizá, si se los pagara, pudiera quedárselos después. Una vez terminada la lista se la dio a Irene y ella asintió suspirando aliviada. Más animada, llamó la atención de todos para anunciar los cambios.

—Por favor, un momento de silencio, escúchenme todos. Hemos tenido un contratiempo y el camión del catering no llegará. Nos faltan los platos centrales y el postre. Tenemos la suerte de contar entre nosotros con una chef que va a hacerlos. Ella se encargará de organizarlo todo. Obedézcanla en todo lo que les diga. Tendrán un incentivo especial hoy, aparte del sueldo. Todo tuyo —dijo animándola a que se dirigiese a los empleados.

—Hola a todos, mi nombre es Sofía. Ya he pedido todos los ingredientes que

irán llegando dentro de una hora, pero hay que organizarse. Las personas que tengan experiencia en cocina que se pongan a este lado y en postres a este otro. Si alguien tiene mucha habilidad para adornar tartas, que lo diga.

La mayoría de los ayudantes de cocina pasaron al primer grupo y solamente tres se quedaron en los postres. Supuso que sería suficiente. Además, había que montar los canapés. Harían primero las comidas y después montarían todo. Esperaba poder hacerlo. Rogaba a cualquier dios, universo, energía, Buda, Alá, Jesucristo, a todos los santos y mucho más que le echaran una mano.

Organizó a los camareros para que también fueran responsables de organizar los canapés y demás entrantes, aunque ellos también tenían que montar las mesas. Por suerte el día estaba espléndido y las carpas, que venían de Valencia, habían llegado. Ya casi estaban montadas. Irina había organizado una carpa central para la mesa de los novios y alrededor se situaban otras carpas laterales con espacio para unas sesenta personas cada una. Al fondo había un escenario con tarima para la orquesta y una pequeña zona para el baile con forma de bombilla, el espectáculo era maravilloso. Miles de flores en tonos blancos y rosados creaban centros en cascada por todas las mesas y también había maceteros con luces preparados para iluminar los comensales.

El paisaje que rodeaba las carpas también había sido cuidadosamente arreglado y el jardín se veía perfecto. Sofía aprobó todo lo hecho por Irina, es cierto que un imprevisto podía haber tirado al traste la boda completa, pero no podía poner en duda la profesionalidad de la mujer. Solo esperaba estar a la altura de aquel reto.

Comprobó los utensilios de la cocina. Estaba muy bien provista y tenía de todo. Le encantaría trabajar allí, ¡qué maravilla!

Organizó al personal y al poco comenzaron a llegar los camiones con el pescado y la carne y alguna cosa más que necesitaba. Los proveedores se lo habían cobrado bien, pero le habían conseguido rape de excelente calidad y el solomillo de ternera estaba tan tierno que apenas necesitaría ver el fuego.

Puso a gente a cortar cebollas, verduras para la salsa de la carne y el solomillo a rodajas. El rape, para que fuera alangostado, tenían que echarle pimentón, enrollarlo en un paño atado y cocerlo. Así, al sacarlo, parecería una langosta. Después de enfriarlo, lo serviría sobre una capa ligera de ensalada selecta, adornada con vieiras y otros frutos del mar deliciosos.

Los bizcochos comenzaron a ocupar el horno. Iban a hacer un par redondos y

luego varias planchas que cortarían en cuadrados. Después lo rellenarían con la crema de mascarpone. No era un planteamiento muy sofisticado para un pastel de boda, pero era lo único que podían hacer con este tiempo. Había encargado unas flores de oblea rosas y blancas para adornar la tarta de la novia, que tallaría en forma de corazón. No tenía más opción.

Todo iba marchando a buen ritmo y las cosas iban saliendo. A las dos horas de haber traído todo, el rape ya se estaba enfriando en la nevera, la mitad de los bizcochos reposando en el *office* y la crema de mascarpone a punto de salir. La salsa del solomillo tenía un exquisito olor y la cara de Irina había pasado de un pálido color de preocupación a un sonrosado alivio. De vez en cuando desaparecía para informar a los novios y revisar los últimos preparativos, porque quedaban tres horas para que empezase la cena.

La furgoneta con el catering de los entrantes y las bebidas había llegado, con refuerzos, afortunadamente. Cuatro personas dirigieron a los camareros que Sofía había reservado para realizar el montaje y, con el incentivo económico que Irina les había prometido, las cosas iban sobre ruedas.

Las bandejas empezaban a estar preparadas en una habitación refrigerada. Estaba claro que la finca tenía todo lo que necesitaba para un catering. Además de una piscina que no era necesaria para el catering, pero le encantó cuando la vio al entrar por la parte trasera. Un sueño.

Irina se acercó a ella cuando faltaba una hora para empezar la cena.

—La familia del novio quiere verte para darte las gracias por todo lo que estás haciendo.

—Lo siento, no tengo tiempo, tal vez más tarde.

—Harías bien en verlos...

—¿Quieres que salga bien o no? —Sofía estaba empezando a enfadarse con Irina.

—Está bien, pero después de la cena tendrás que hablar con ellos. Seguro que quieren felicitarte. Si sale bien... que saldrá —aseguró la francesa.

—Vale, luego todo lo que quieras, ahora no tengo tiempo.

Irina se fue para informar de que después hablaría con ellos. Ella también le iba a preparar una sorpresa para entonces.

Los elegantes invitados comenzaron a llegar a la carpa rosa, que era la que los recibía con los cócteles de cava y los delicados entrantes. Una suave música sonaba en la preciosa tarde de verano.

Tras los entrantes, los invitados se dirigieron perezosamente hacia sus

mesas. Allí les sirvieron una crema fría que era parte de los entrantes y Sofía se dispuso a presentar el rape alangostado. Los camareros se prepararon con las bandejas para servir de pinza, no podían emplatar todas las raciones, pero afortunadamente eran profesionales y sabían servir desde bandeja.

Salieron con el primer plato y Sofía comenzó a preparar los solomillos. Un ligero marcado para darles el color tostado y al horno. La salsa preparada, un toque final de trufa en cada uno y la guarnición de verduritas al vapor lista. Este plato sí les había dado tiempo de prepararlo y, aunque era sencillo, quedaba muy bonito. Los camareros retiraron el primer plato felicitando a la cocinera de parte de los invitados por la “langosta” que pocos identificaron como rape. El solomillo salió a continuación, bien caliente y con un adorno especialmente bonito. Habían tomado prestado algunas hierbas de las macetas de un invernadero de al lado de la cocina. Había tomillo, romero y albahaca, todo fresco y picado que le dio un toque campestre y ligeramente cítrico a la guarnición mientras que la trufa rallada sobre el solomillo le añadía intensidad y aroma al plato.

A continuación, comenzaron a cortar las raciones de bizcocho, al que añadieron unas frutas rojas y moras, casualmente se enteró de que eran las favoritas de la novia. La mini tarta nupcial, en forma de corazón tallado y adornada con rosas de azúcar, era la más bonita y especial. El resto eran más bien normales, pero el sabor no les iba a defraudar. Sofía estaba sudorosa a estas alturas, pero satisfecha porque todo estaba saliendo a la perfección. Los menús especiales también habían encantado. Irina suspiraba dando las gracias al cielo porque esa chica tan seria hubiera sido parte de la gente que había contratado. Si no hubiera sido por ella...

Los novios cortaron la tarta y se hicieron las fotos preceptivas. Después, comenzó el baile. Irina volvió a la cocina.

—Los novios quieren que te unas a la fiesta. —Sonrió abiertamente.

—¿Sí? ¿Con estas pintas? —Sofía señaló su delantal totalmente manchado y el cabello sudado y despeinado—. Es demasiado elegante para mí, ¿no lo ves?

—Pero tengo una sorpresa. Verás, la madre del novio, una mujer muy previsora, me hizo traer varios trajes de distintas tallas para accidentes de invitadas. Seguro que hay alguno que te quede fenomenal. Tú solo tienes que ducharte y nos cambiamos. Yo también estoy invitada.

—No sé, la verdad, no creas que me apetece, estoy muy cansada —protestó la chef.

—No desaproveches esta oportunidad, Sofia, esta gente es importante y, si quieres tener un negocio como me has comentado antes, estaría bien que empezases a tener contactos.

—Resaltará tus ojos claros y el cabello oscuro. Además, este corte con cuello halter te quedará de maravilla. Te haré un recogido, ¿vale? Tienes una bonita nariz chata y pómulos marcados. El pelo estirado te favorecerá. —Irina no había dejado meter baza a la joven que la miraba asombrada.

—Está bien, me dejo hacer. ¡Soy toda tuya! —Sonrió finalmente, derrotada, pero feliz.

Tras veinte minutos de arreglos y maquillaje apenas se reconocía a la sudorosa cocinera que había salvado la boda. Ahora era una joven bella y elegante. Su cabello oscuro caía en una graciosa coleta y el escote halter destacaba su cuello. No llevaba joyas, pero Irina le dejó unos pequeños pendientes de brillantes y una pulsera azul y plateada. Las sandalias tenían bastante tacón y, aunque trastabilló al principio, al final se recompuso. Dio una vuelta enseñando el resultado. Irina la había maquillado discretamente solo resaltando sus pómulos y sus ojos azul claro.

—¡Pareces una princesa! —Exclamó al ver el conjunto.

—Sí, claro, sobre todo con estas manos.

Eran pequeñas, llenas de cicatrices y con alguna dureza por empuñar el cuchillo. Las uñas rasas y los nudillos algo enrojecidos.

—No pasa nada, no tienes por qué avergonzarte. Hoy has hecho algo digno de mención, no pasa nada si no tienes las manos cuidadas. Estás preciosa, Sofia, de verdad. ¡Vamos a la fiesta!

Las dos jóvenes se dirigieron al baile como cenicientas. El ambiente estaba muy animado y los novios bailaban en medio de la pista rodeados por el resto de los invitados. Irina tomó un par de copas y le ofreció una a Sofia.

—Anímate, te mereces una copa.

—No he cenado, apenas probé la comida.

—Vamos a esa mesa que no hay nadie, le decimos a Jordi que nos traiga un plato con un poco de todo de lo que ha sobrado y nos lo comemos tan ricamente. Cuando los novios dejen de bailar, te los presento, ¿vale?

Las muchachas comieron con apetito algunos canapés que les trajo el camarero y comentaron la cena y los trajes. Hacía mucho que Sofia no disfrutaba tanto. Su contagiosa risa se escuchaba muy a menudo. Irina era experta en contar anécdotas sobre otras bodas.

—Sofía, voy un momento al servicio, con tantas risas me han entrado ganas de... ya sabes. —Irina iba un poquito achispada, como ella.

—Claro, ve, aquí te espero, ¡tomando cava! —La sonrisa de Sofía y sus ojos indicaban que el cansancio y la bebida estaban haciendo mella.

Al poco rato de marcharse Irina, un tipo con un gran puro se sentó con ella intentado ligar. Ella se disculpó y se marchó de allí. Los pies la estaban matando y la piscina estaba muy cerca. Tuvo una idea genial. Además, no había nadie por allí. Se descalzó masajeadando sus pies y los metió en el agua. Estaba fresquísima y suspiró aliviada. No había mucha luz y el ambiente era muy romántico. Eso le recordó que ya no tenía pareja.

Ojalá sus relaciones hubieran salido mejor. En parte ella era la responsable. Se había volcado mucho en su trabajo y sus horarios no eran lo mejor para mantener una pareja. Entendía a los chicos con los que había salido; cuando ellos tenían fiesta, ella trabajaba. Quizá estaba demasiado implicada. Y total para qué, pensó.

Dio una silenciosa patada al agua, como la que le habían dado a ella. Cuando el jefe se jubiló, hacía unos meses, ninguno sospechaba que su hijo fuera a hacer eso. Casi le da un infarto a su pobre exjefe al saber que su hijito del alma había traspasado el restaurante nada más estuvo a su nombre. Los nuevos dueños, pertenecientes a una famosa franquicia, los echaron a todos a la calle. Ni siquiera se quedaron con el personal de limpieza. Ella se encaró con el chico, pero de nada le sirvió. Se largó con el dinero a pesar de su historia personal.

Les dieron la máxima indemnización y se dieron de alta en el paro. Menos mal que en hostelería y en verano no había falta de empleos. Pero ella había decidido darse un tiempo. Aunque estar sin trabajar le volvía loca. Menos mal que contaba con la ayuda de Hans, bendito Hans. Necesitaba pensar qué haría a continuación. Lo de la idea de tener una empresa de catering hacía tiempo que le rondaba en la cabeza y hoy... ¡Había salido todo tan bien! ¿y si era una señal de que tenía que hacer eso?

Se sentó echando la cabeza hacia atrás y dejando caer la coleta. Tampoco le estaba yendo tan mal, ¡y tenía un precioso vestido nuevo! Los proveedores respondieron a su llamada, ellos ganarían un buen dinero, como ella. Un dinero un poco escandaloso. Se sentía un poco avergonzada de que le dieran tanto por una noche de trabajo, pero pensó en su local y aceptó. De todas formas, les había salvado del desastre.

Unos pasos interrumpieron su pensamiento.

—Hola, ¿qué haces aquí tan sola? —El hombre se puso de cuclillas a su lado. No veía su rostro, pero desde luego era uno de los invitados.

—Hola. Estoy esperando a alguien. Gracias. —No quería ligar para nada, aunque el tipo era alto y olía bien.

—Ah, lo siento. Pero ya llevas un rato aquí, no parece que vaya a venir nadie. Es una pena desaprovechar esta botella de cava y unos bombones que he robado de la mesa de dulces.

Ella se rindió. Cava y bombones, ¿por qué no? Sacó los pies de la piscina y los sacudió para ponerse las sandalias.

—¿Me permites? —El hombre tomó su pie y acariciando el tobillo calzó la sandalia, abrochándola de tal manera que su dedo rozó la planta de su pie, produciéndole un estremecimiento hasta la nuca. Después, satisfecho con la reacción, le puso la otra sandalia. Ella se dejó hacer.

El hombre la ayudó a levantarse impulsándola hacia él y la dejó bien pegada a su cuerpo. Ella le llegaba a los hombros y él la tomó por la cintura.

—He tenido mucha suerte de encontrar a la mujer más preciosa de la fiesta.

—¿Tienes esa frase muy ensayada? ¿Te sale natural? —Sofía no pudo evitar el tono irónico. El típico ligón de todas las bodas que quiere acabar bien la noche.

Él la soltó, ligeramente molesto, pero después sonrió.

—Lo cierto es que, aunque no te lo creas, no suelo hacer esto. —Su acento, ligeramente francés, le daba un encanto especial. Claro que más de la mitad de los invitados eran franceses—. Bueno, ¿tomas esa copa conmigo? Los bombones son de Suiza, especialmente traídos por la familia de los novios.

—Está bien. Siento haber sido tan brusca. Tomaré esa copa.

El hombre la llevó a un pequeño cenador tan íntimo que apenas se veía el exterior. La hiedra cubría las paredes enrejadas y las campánulas moradas y blancas, aunque cerradas durante la noche, daban el aspecto de un jardín de hadas. Sofía miraba a todos lados con los ojos abiertos por la emoción.

—Es tan bonito. —Se sentó en una de las bancadas laterales sobre un cojín estampado de flores mientras su acompañante hacía lo mismo, dejando la bandeja de bombones en el espacio intermedio. Le ofreció una copa. La botella estaba sin abrir, fresca y preparada.

—Tú sí eres bonita. —El hombre se acercó a ella mirándola a los ojos.

—Vaya frase más hecha. —Sofía aguantó la risa.

—Has roto la magia, pequeño diablillo. —Él se apartó de ella y decidió abrir la botella de cava—. Pero te perdono. Eres demasiado guapa como para enfadarme contigo.

—Ah, pues nada, gracias. —Sofía se molestó un poco ante su condescendencia, pero los bombones estaban buenos, ella tenía hambre y la noche era preciosa.

Abrió la botella y sirvió dos copas. El cava estaba tan fresco. Él se fue acercando, cada vez más y, sin poder evitarlo, la besó. El beso era suave y tierno y los labios del hombre eran más carnosos de lo que ella había imaginado nunca. Estaba un poco confusa, incluso mareada, pero quizá ¿no merecía pasar un buen rato?

El chico aprovechó el momento para acariciar los muslos e ir subiendo, pero Sofía lo paró. Entonces él, sin dejar de besar su cuello, la tomó por la cintura y acarició su espalda desnuda despacio, probando sus límites. Sofía estaba un poco mareada, el cava y poca comida estaban haciendo su efecto. Él avanzó por delante, incansable para intentar atrapar sus pechos. Ella le quitó la mano. Tampoco es que quisiera más que unos cuantos besos. Empezaba a pasarse. Ella se apartó.

—Bueno, tal vez sea mejor que me vaya. Creo que te estás emocionando demasiado y yo no quiero eso aquí ni ahora.

—Pero, pequeña, si lo estábamos pasando tan bien. —Él no se apartaba de ella e intentó volver a besarla.

—No, de verdad, lo estaba pasando bien, pero tengo que marcharme. Déjame, por favor. —Sofía puso la mano en su pecho para apartarlo, pero, aunque ella era fuerte, no lo movió.

—Prefiero que no te vayas. ¿Por qué no pasamos un buen rato los dos? Nadie nos ve. Estamos muy apartados, ¿te das cuenta?

Esa frase no le gustó nada y empezó a forcejear para sacarse al tipo de encima. Él la miró divertido. Era mucho más alto que ella y más fuerte. Si él no quería, no saldría. Estaba acostumbrado a que todas lo desearan y a cumplir todos sus deseos. Y ahora la quería a ella.

—Déjame, ¡ahora!

—Eres tú la que has querido besarme, tenías ganas, se veía. Si no, ¿por qué estabas aquí, sola? ¿A quién esperabas?

Ella se dio cuenta de que el tipo había bebido quizá demasiado y que estaba decidido a hacer lo que quisiera. A ella ya se le había pasado todo el mareo



por la bebida. Pensó en gritar, pero ¿de qué serviría? La música de la orquesta móvil taparía todos sus gritos. Se asustó de verdad. No veía cómo salir.

—Déjame o gritaré. ¡Déjame! —Sofía gritó en su oído y esto le echó un poco hacia atrás con lo cual ella pudo deslizarse al suelo, arrastrarse un poco para liberarse y salir corriendo.

—No, tú no te vas de aquí. Vamos a terminar lo que empezamos.

Ella cogió la botella del cuello y le amenazó.

—Te juro que, si te acercas, te estamparé la botella en la cabeza. —Blandió la botella mientras parte del líquido se derramaba en el suelo.

—¡Qué valiente! —Él sonrió mientras daba vueltas como un león ante su presa.

—Te lo advierto, no te acerques más. Déjame y olvidaré todo esto.

Un ruido se escuchó detrás y el tipo aprovechó la distracción Sofía para lanzarse por ella, quitarle la botella y atraparla con el brazo hacia atrás. La botella cayó al suelo sin romperse y él la acercó a su cuerpo, muy excitado por su rechazo. Él pasó la mano por su pecho y la bajó hacia su falda.

—Seguro que te has puesto muy húmeda —susurró en su oído.

—¡Suéltame! —volvió a gritar Sofía.

—Hola, primo, ¿qué haces? —Otro hombre se había acercado al escuchar el ruido.

—Ey, aquí estoy con este pajarito, ¿te unes a nosotros? Seguro que a ella le encantará.

—No creo que a ella le esté gustando. Además, no es mi tipo. Suéltala, Armand —El tipo nuevo, de la misma altura y complexión algo más delgada, se acercó al que decía ser su primo. El primero aflojó la presa.

—No me chafes la diversión, ¡lárgate!

—Eres idiota. ¿Qué vas a hacer? ¿Forzarla? Te denunciará. —El hombre intentaba razonar con testosterona, alcohol y promesas de sexo interrumpido.

—No lo harías, ¿verdad? Sería tu palabra contra la mía. —Sus ojos, dudosos, ya no eran los de antes.

—Te denunciaré y no pararé hasta verte en la cárcel —escupió Sofía envalentonada, sintiéndose salvada por el segundo hombre.

Armand soltó a la mujer que se tambaleó cayendo en el asiento. Se fue sin mirar atrás.

—¿Estás bien? —El segundo hombre se sentó junto a ella, guardando una distancia prudencial.

—No, no estoy bien, ese tipo... —Sofía empezó a soltar la tensión—. Ese tipo ha estado a punto de violarme aquí mismo. —Finalmente los nervios le pudieron y se tapó la cara para intentar contener los lagrimones que le caían.

—Lo siento. Armand es mi primo, pero es un cabrón. Cuando le vi salir con dos copas, me imaginé que tramaba algo. Casi me voy cuando os vi besándoos, pero me dio la sensación de que no estabas a gusto. Tendrías que tener más cuidado.

—Sí, claro, una no puede pasear tranquila. —Sofía se encaró al tipo. De repente, lo reconoció—. ¡Eres tú! ¡Tú eres el hermano de Sergio! ¿No?

—Sí, soy Renard, ¿te conozco? —La miró curioso.

—Me conociste hace unos meses. Viniste a mi casa a recoger a tu hermano.

—No, lo siento, no me suenas de nada.

—Claro. Bueno, gracias por intervenir. Me voy a la fiesta.

Ella se fue porque no quería dar más explicaciones. Apenas aguantaba las lágrimas y no quería montarle precisamente a él el espectáculo ni parecer débil. El tal Armand le había aguantado la fiesta y su maravillosa noche. Estaba deseando marcharse.

Llegó a la carpa donde había estado sentado con Irina. Ella estaba allí, con Sergio y Talía, los novios.

—¿Dónde estabas? Te estábamos esperando. Los novios quieren darte las gracias. A la gente le han encantado tus platos. —Irina sonreía satisfecha como una gata.

—¿Ves, Talía? Es ella, la reconocí por su deliciosa tarta de zanahoria. ¡No podías ser más que tú! —Sergio se levantó a abrazarla y también lo hizo la novia.

—Te estamos tan agradecidos. Has salvado nuestra boda y eso nunca lo olvidaremos. —La novia resplandecía de felicidad. Esa buena noticia hizo que Sofía se tranquilizara y que la calma volviera a su ser.

—Si hubiera tenido más tiempo y más medios, la cena hubiera sido más sofisticada. Supongo que hice lo que pude con lo que tenía. —Sofía se encogió de hombros, pero sonrió contenta, olvidando lo que había pasado hacía un rato.

—De eso queríamos hablarte. —Sergio sonrió como si escondiera algo en la manga— Verás, hicimos la boda en este lugar porque a continuación mi hermano va a organizar una serie de talleres de venta para sus clientes. Durante quince días va a haber en esta misma casa una gran convención de la

marca principal. Habrá demostraciones de los hornos y de otras máquinas industriales para la cocina. Irina se ha encargado de las invitaciones, del soporte, está todo preparado. Lo hemos hablado y nos apetece mucho a todos que tú te incorpores a los talleres demostrativos. Son para *chefs* de distintos hoteles de toda España y de grandes restaurantes y empresas de catering. Creo que te podría interesar. Mi hermano ha disfrutado mucho de tus platos.

—¿Bromeas? ¡Claro que me interesa! ¡Es un sueño! —Sofía se levantó a abrazar a todos, especialmente a Irina.

—¿Qué ocurre? —Renard llegaba a la mesa.

—Recuerdas a Sofía, ¿verdad? Justamente es la cocinera que nos ha salvado la noche. ¿No te parece impresionante?

—Ah, sí, Sofía. La chica que tenía una casa pequeña y un vecino muy grande.

—Renard, no tienes que ser tan desagradable. —Sergio lo miró molesto.

—Bueno, hay veces que hay que ser agradecido cuando hacen algo por ti. —Miró a Sofía con intención.

—Yo soy agradecido —interrumpió Sergio—, con este empleo le irá muy bien, ¿verdad que sí?

—Sí, claro. Así que tú has sido la cocinera que ha salvado la noche. Qué casualidad que estuvieras aquí —comentó Renard.

—¿También es casualidad que haya habido un accidente del camión del catering? ¿O que mi jefe se haya jubilado y esté en la calle? ¿Es casualidad que haya decidido ayudar? —Los ojos de Sofía echaban chispas contra Renard que la miraba con los brazos cruzados, aburrido.

—Tranquila, Sofía —la calmó Irina—. No tienes por qué dar explicaciones.

—Sergio, lo siento mucho, pero si trabajar en el proyecto que me has comentado significa tener que lidiar con tu hermano, prefiero no hacerlo. Sé que es una gran oportunidad y os lo agradezco, pero... —Decidió que era mejor no terminar la frase—. Estoy cansada, tengo que irme.

Sofía se despidió de los novios y de Irina y apenas miró de lado al estúpido y engreído hermano del novio. Qué diferentes eran. Caminó dando fuertes taconazos. Se sentía tan furiosa. Cogió su bolsa y salió por la puerta. La finca estaba un poco retirada y el micro bus ya se había ido. Le esperaba o bien una buena caminata de al menos una hora con tacones, o pedir un taxi. Irina le pagaría al día siguiente y no llevaba mucho dinero encima.

Pataleó con rabia en el suelo. ¡Estúpido tío! Por su culpa se había quedado colgada y sin un trabajo que parecía un sueño. Habría conocido otros chefs,

dueños de restaurantes, de hoteles, podría haber utilizado esos maravillosos hornos de vapor que se podían programar, los batidores de último modelo, envasadores al vacío, máquinas para cocinar a baja temperatura, y todo lo que la marca del tío llevaba. Lo mejor del mercado. Dio una patada a una piedra.

Por otra parte, llevaba un vestido muy bonito y caminar sola por la carretera tampoco era muy atractivo. Llamaría a un taxi. Esperaba que le llegase el dinero y, si no, tendría que despertar a Hans para que le prestase algo. Las cinco de la mañana... quizá le compensaría con una tarta de chocolate. Comenzó a marcar cuando el sonido de un motor paró junto a ella. La puerta del deportivo se abrió. Era un precioso descapotable rojo al que el dueño estaba abriendo la capota, dejando ver su rostro ceñudo debajo.

—Te llevo a casa. Es lo menos que puedo hacer, he sido un maleducado y lo siento. —El ceño fruncido deslució la disculpa.

—Te ha enviado tu hermano, ¿no? —Sofía cruzó los brazos enfadada.

—Sí. Es su boda. Lo hago por él.

—Lo sé, y por él me subiré a tu coche y me llevarás a casa.

Sofía se subió al coche sin decir una palabra más. Renard arrancó el coche que ronroneó como el gato de su abuela. Ella no entendía de automóviles, pero se veía caro, y mucho. Él conducía serio con la vista fija en la carretera y ella miró de reojo su perfil. Tenía la nariz algo aguileña y los labios carnosos. Ahora se daba cuenta de que llevaba el pelo no muy corto y ondulado y, a estas horas de la noche, algo despeinado. Se había quitado la corbata, pero no la americana a pesar del calor de julio. Un leve perfume masculino le llegaba con la brisa nocturna. Cerró los ojos para no mirarlo y se apoyó en el reposacabezas del coche.

El miró de reojo cómo ella se relajaba. Probablemente estaba cansada. Su rostro era muy suave y era incluso bonita. No era una mujer espectacular, pero la sentía auténtica, y tenía un genio tremendo. Sonrió al recordar su contestación, pero se le ensombreció la mirada cuando recordó que su primo casi estuvo a punto de violarla. Si no hubiera sido porque siempre lo tenía a la vista..., no era la primera vez que se sobrepasaba con alguien, normalmente alguna jovencita, sin importarle que su esposa estuviera en el mismo lugar. Sus piernas eran delgadas, pero bien formadas, se notaba que hacía algún tipo de deporte. Las manos, sin embargo, no estaban muy bien cuidadas. Pudo observarlas mientras paró en el semáforo. Ella se había quedado dormida.

Llegaron a los pocos minutos a su casa. Menos mal que recordaba la

dirección. A ella no la había recordado y eso que sus ojos azules le llamaron la atención desde el primer momento. Pero estaba muy diferente de como la recordaba en su casa y desde luego no se esperaba encontrarla en la fiesta.

Estaba disgustado consigo mismo porque él siempre era muy educado con todo el mundo. ¿Por qué esa chica le había irritado? Le molestó que se fuera del jardín sin apenas agradecerle salvarla del desagradable de su primo. Probablemente no hubiera hecho nada, Armand tampoco era un violador. Era un tipo un poco salido que había bebido. Pero tenía esposa y dos hijos. No hubiera llegado a forzarla, o al menos eso pensaba.

Despertó suavemente a la chica. Había aparcado y decidió acompañarla. De todas formas, ella estaba casi desmayada. Posiblemente agotada. Salió del coche y le abrió la puerta. Ella medio abrió un ojo y levantó la mano. Él se la tomó y le ayudó a levantarse. Estaba como sonámbula. Cogió su mochila y el bolso y sacó las llaves. Creía recordar que era el piso dos, la puerta de la izquierda. Subieron en el ascensor. Ella se apoyó en su pecho completamente dormida. Su coronilla le llegaba justo a la altura de sus labios y su cabello sedoso se los rozó. De repente, tuvo ganas de besarlo y seguir por detrás de esas pequeñas orejas. Por fortuna el ascensor paró. Salió llevando a la joven casi en volandas y abrió la puerta de su apartamento sin dejar de sujetarla por la cintura. Era imposible despertarla.

La casa estaba oscura y tropezó un poco, pero pudo cerrar la puerta. Finalmente, decidió cogerla en brazos porque veía que iba a caerse al suelo en cualquier momento. No sabía cómo es que estaba tan profundamente dormida. Si él hubiera sido Armand, habría dudado que ella saliera indemne, tan indefensa. La llevó a su habitación y la echó en la cama. Solo le quitaría los zapatos, y al día siguiente que se apanara. La miró dormida. Así parecía muy dulce, nada que ver con lo de antes.

Le dejó una nota asegurándole que el trabajo seguía en pie y que lo llamase al día siguiente. Pensándolo bien, y aunque le molestase, había ayudado dos veces a su hermano y, por ende, a su familia, así que al menos le debía este favor.

## 4

### Una nueva oportunidad

La cabeza le daba mil vueltas. Tampoco es que hubiera bebido tanto y no recordaba bien cómo había vuelto. Tenía un problema y es que cuando se quedaba dormida era como si se muriera. No llegaba a ser narcolepsia, pero su cerebro se desconectaba. Se acordaba que Renard la había traído y apareció en su cama descalza, pero vestida. El tío se había comportado, y además el trabajo seguía en pie, según la nota.

Después de darse una buena ducha se preparó un café doble y cortó un pedazo de bizcocho de almendras. Aunque eran las doce de la mañana y se acercaba la hora de comer, es lo que más le apetecía. El vestido estaba arrugado en un rincón, tendría que llevarlo a la tintorería. Ella estaba envuelta en su bata de ositos con una pinza en el pelo, disfrutando en su pequeña terraza del calorcito que le templaba el cuerpo y la llenaba de energía. Sorbió la última gota de la taza y se recostó en la silla con los pies sobre la barandilla. La bata se escurrió dejando ver sus piernas, que cada vez estaban más morenas. Ahora que no trabajaba, su color de piel había comenzado a cambiar, y eso que la cara se la protegía. Hasta Hans le decía que estaba más guapa. Quizá el cambio le había venido bien. Desde los dieciocho años había estado trabajando en hostelería a la vez que estudiaba. Estuvo en distintos restaurantes e, incluso, en una escuela francesa. Cuando terminó sus estudios, volvió. Entonces quiso ponerlo todo en práctica.

Entró a trabajar en La Ballena, un elegante restaurante a las afueras de Miami. Y allí se enamoró del hijo del jefe, José. O eso pensó. Cuando el padre de José se retiró para cuidar a su mujer, prefirió traspasarlo a una franquicia de hamburguesas de lujo y, por supuesto, la nueva empresa tenía su

propio personal. El chico cogió todo el dinero del traspaso y se largó. Su padre todavía no se había recuperado del disgusto. Menos mal que le quedaban ahorros y una pensión pequeña, pero suficiente para vivir con su esposa. Aunque casi ni lo cuenta. Sufrió un micro infarto tras el disgusto, pero poco pudo hacer. Ya había firmado todos los papeles.

Lo sentía sobre todo por los camareros que llevaban toda la vida con él. Ella era joven y encontraría trabajo. Pero ellos pasaban de los cincuenta y muchos y no lo tendrían tan fácil. Si ella se montaba una empresa de catering, sería a quienes llamaría primero. Suspiró... De nada servía pensar en todo aquello. Tenía que superarlo.

Era hora de ponerse a trabajar. Irina le había enviado un mensaje al teléfono para que esa tarde acudiera a su oficina en Cambrils. Tenía mucho tiempo para arreglarse. Quizá se compraba algo en plan ejecutiva. Tenían una reunión con los directivos de la empresa, con Renard también, aunque antes hablarían de lo que ella tenía que hacer.

Sergio también le había enviado un mensaje para despedirse. Se iban de viaje de novios a Estados Unidos, a New York, y después viajarían a México. Se había enterado de que iba a trabajar con su hermano y le envió caritas sonrientes al móvil. En el fondo, parecía un adolescente.

Tenía que preparar una maleta y unos menús. En lugar de estar subiendo y bajando a su piso, se quedaría los quince o veinte días allí, en esa maravillosa casa con esa estupenda cocina. Aunque el jardín no le traía buenos recuerdos, estaba segura de que se sustituirían por nuevos y bonitos, aquellos donde ella cocinaría con los mejores instrumentos del mundo, o pasearía por el enorme jardín o se bañaría en la piscina. En realidad, era como unas minivacaciones pagadas. Muy bien pagadas. Con eso, y con lo del fin de semana, tenía para subsistir casi seis meses con todos los gastos pagados. Para entonces, ya tendría algún cliente seguro. Además, con los contactos que podía obtener... Su cabeza maquinaba mil cosas a la vez.

Ahora tenía que ir a comprar un par de cosas y también una chaquetilla nueva. Seguramente le darían alguna para el evento, pero le apetecía tener una propia. Le pediría a Hans que la acompañara. Tenía muy buena vista para encontrar ropa a buen precio, para ser un hombre de casi metro noventa era pura sensibilidad.

Le mandó un mensaje para que estuviera preparado en media hora. Él siempre estaba dispuesto a ayudarla. Se puso un vestido fresquito y sandalias

y salieron los dos a ver escaparates. Habían decidido pasar a Cambrils donde Sofia tenía una amiga que acababa de inaugurar una tienda, así que mejor si le hacían gasto a ella.

Aparcaron el coche de Hans directamente en el aparcamiento. Tenían menos de una hora para hacer todas las compras, incluyendo un par de bikinis. La tienda estaba vacía y su amiga Patri se volcó en ella. Tenía de todo así que le estaba ahorrando un gran tiempo. No es que tuviera ropa barata, pero le prometió hacerle un descuento especial.

Hans había tomado asiento mientras ella se probaba un traje de chaqueta de verano y un par de vestidos. Insistió incluso en que se llevara un vestido de noche. De lo que no pudo convencerla es de que llevarse más zapatos de tacón alto. Las sandalias de cuña serían suficientes. Los bikinis eran muy sexys, casi demasiado, pero total, seguro que se bañaría a una hora que no hubiese nadie.

—¿Eres tú? ¿Sofia? —Irina entraba por la puerta cargada con bolsas de compras.

—Irina, ¡qué sorpresa! Sí, estaba aprovisionándome en la tienda de Patri.

—También es mi favorita. Venía a buscar un vestido que encargué y me quedaba pequeño. —Irina estaba delgada, pero era una mujer con sus formas muy bien puestas.

Hans se levantó impresionado.

—Irina, te presento a Hans.

—No sabía que tenías novio. —Irina sonrió deslumbrando al hombre.

—No es mi novio, es mi vecino y mi amigo. Es más bien un hermano.

—Me alegro —dijo sin pensar ella—, bueno, quiero decir... —De repente pareció azorada por sus palabras.

—Yo también me alegro —dijo Hans sin soltarle la mano—. ¿Eres la nueva socia de Sofia?

—Eso parece. ¿Qué tal si comemos los tres? —sugirió Sofia. Sabía perfectamente que ambos iban a aceptar. Se veía claro.

Sofia pagó a su amiga por todas sus compras. Ciertamente que se llevaba muchas cosas, pero, aun con el descuento, había gastado las previsiones de un mes. Más valía que encontrase trabajo o clientes después del evento lo antes posible.

Se dirigieron a un restaurante de comida casera que conocía Sofia y que no era excesivamente caro. La conversación fue muy animada. Estaba claro que Hans e Irina se sentían atraídos entre ellos. No podían ser más diferentes y a la



vez tenían muchas cosas en común. Ella era sofisticada, él un chico normal, pero ambos eran sencillos, amables y extranjeros en España. Se contaron un poco sus vidas y así fue como Sofía se enteró de que ella era medio rusa y que allí tenía un niño de seis años, que vivía con su exmarido. Deseaba traerlo a España, pero cuando consiguiera unos ingresos medianamente regulares. Ahora le estaba yendo muy bien y esperaba que quizá en septiembre el niño pudiera empezar el colegio allí. Rezaba por ello.

Terminaron de comer, con gran pena para los dos, y se despidieron hasta poco después porque la reunión era las seis. Hans llevó a Sofía a casa para que se arreglara y la rusa se fue a acicalar también.

A las cinco y media Sofía llamaba a su oficina. Se había puesto un traje de chaqueta color gris claro con una fina línea salmón y una camisa del mismo color. Llevaba de nuevo el pelo recogido, esta vez en un moño y unos pendientes sencillos. Se puso las sandalias de cuña para parecer más alta y un bolso negro muy elegante que su amiga le había regalado. Llevaba un bloc para apuntar cualquier cosa necesaria.

Irina le estaba esperando en la oficina. Llevaba también un traje de chaqueta de color verde oscuro con pequeñas líneas rosas y una camisa de ese mismo color que favorecía su piel clara. Su cabello rubio caía liso sobre los hombros y llevaba solo unos pendientes de aro dorados. Miró a Sofía aprobando su aspecto. Fueron al office a prepararse un café. Irina se apoyó en la barra y Sofía en la mesa. Eran el vivo aspecto de dos ejecutivas exitosas.

—Van a venir Renard y otros dos socios de la compañía. Está todo ya organizado porque empezamos la semana que viene, pero ahora, con tu presencia, vamos a introducir una demostración en vivo diaria, como hablamos. Los clientes seguro que estarán más inclinados a comprar si ven en vivo cómo funcionan y se comen lo que cocines. —Sofía la miró preocupada—. Me han encantado tus menús así que no te preocupes.

—Un poco sí me preocupa. Cocinar con esa responsabilidad, y delante de esta gente. Explicarles cómo se hace... uff

—Seguro que lo harás genial. Podemos ir esta semana para que vayas probando todas las recetas y así estés más tranquila. Tenemos la casa a nuestra disposición. Yo también iré contigo. Hay bastante que organizar y así no hago viajes. Incluso, podemos recibir visitas. Estaremos probablemente solas.

—Ah, sí, podría invitar a alguna amiga. —Irina frunció los labios sin poder evitarlo—. O también podría invitar a Hans.

—Ah, qué pillina eres. Te diste cuenta. Es un hombretón estupendo. ¿Seguro que no te importa?

—Ya te dije que para mí es como un hermano, de verdad. No he tenido mucha suerte con los hombres. Esta semana aprovecharemos para conocernos y ponernos al día. —Sonrió a Irina.

—Entonces de acuerdo. A ver qué nos proponen. Porque quizá ahora quieran cambiar algo y tenemos que saber qué aparatos quieren promocionar o les interesa vender más. Eso nos lo dirán hoy. También los clientes que vendrán. La mayoría se quedan dos días en un hotel cercano. Les regalan la estancia. Ya verás, está todo muy organizado.

—Eres una gran profesional, Irina. Espero que salga todo muy bien y puedas traer pronto a tu pequeño.

—Gracias, Sofía. —Irina la abrazó emocionada.

La puerta de la oficina se abrió y ambas dejaron sus tazas para recibir a sus clientes. Dos hombres y una mujer entraron en la oficina.

—¿Qué tal? Encantadas de verlos. —Irina dio la mano a cada uno de ellos—. Ella es Sofía Campos, la chef.

—Hola, Irina, Sofía, os presento a Armand y su esposa Clara. Ambos nos estamos encargando de todo el evento. —Renard miró a Sofía casi disculpándose ya que ella se había quedado pálida, tan pálida como el primo.

—Encantada de conocerlos —dijo Sofía. Lo mejor era dejarlo pasar.

Se sentaron todos en la mesa de reuniones e Irina ofreció unos cafés. Aceptaron y sacó un par de termos y unas pastas de una pastelería casera de la ciudad. La conversación comenzó distendida. En realidad, estaba ya todo muy perfilado, solo faltaba decidir el menú demostración con Sofía. Cada día deberían preparar un menú distinto, aunque se podría repetir cuando los invitados a la demostración no fueran los mismos. Incluirían básicamente cualquier receta que se pudiera realizar en el horno especial a vapor, en el microondas y también postres con los diferentes utensilios. Sofía vio el catálogo. Para ella era como una carta a los reyes magos.

—Por supuesto, señorita Campos —intervino Renard cuando ella pasaba las páginas extasiada—, la empresa le regalará una batidora industrial y un horno de tamaño mediano, además de su remuneración. Así podrá seguir haciendo a lo grande sus exquisitos pasteles, como los de la boda de mi hermano.

Armand confirmó la sospecha de quién era Sofía y apretó los labios. Estaba dispuesto a protestar a su primo por un regalo tan caro, pero no dijo nada.

Supuso que su Renard, tan justo y ecuánime, quería compensarla. Estaba deseando que llegase la próxima junta de accionistas. Entonces vería.

—Es muy amable, señor Milleur. Se lo agradezco. Como ya conocía sus productos, he preparado una propuesta de menús que hemos impreso en forma de carta. Por supuesto, pueden cambiar lo que deseen.

Sofía pasó las propuestas que había elaborado en un cuidadoso libro de menús. Ella era muy habilidosa usando programas de diseño, que había aprendido por su propia cuenta cuando su exjefe le pidió que diseñara la carta del restaurante. Quedaba muy bonita.

—¡Está muy bien! —exclamó Clara, apreciando todos los detalles—. Nos lo llevaremos y lo revisaremos en el hotel. Pero creo que viéndolo así por encima parecen muy acertados.

—¿Habla usted inglés o francés? —preguntó, bruscamente, Armand. No se le veía muy cómodo, pues no paraba de removerse en su silla.

—Hablo un poco de inglés, un poco de francés y algo de alemán. Seguramente no como un nativo, pero cuando trabajas en hostelería y en la costa sueles tener que aprender. Además, estuve dos veranos en Francia, por lo que me resulta más fácil en ese idioma.

—Yo soy bilingüe en inglés y no me va mal el italiano. Por supuesto el ruso es mi idioma nativo —apuntó Irina—. Puedo ayudar a Sofía si tiene algún chef internacional.

—Es estupendo. Se complementan muy bien —afirmó satisfecho Renard—. Pues creo que ya está todo hablado. Firmemos los contratos con Sofía y así esta semana pueden ir haciendo las compras necesarias para preparar un menú degustación. Como la casa tiene diez habitaciones, vamos a trasladarnos allí. —Sofía dio un pequeño respingo—. Hay dos pisos. En el superior nos alojaremos mi primo, su esposa y yo y los invitados que se queden. En el inferior, que hay tres habitaciones, pueden dormir ustedes dos, así tienen más cerca el espacio de trabajo. ¿Les parece bien?

—Sí, desde luego. —Irina asintió y Sofía no dijo nada, pero aceptó. Al menos el primo estaría con su esposa. No pasaría nada. Y ya tenía claro que, si intentaba sobrepasarse, por muy jefe que fuera, se llevaría una buena patada en las pelotas.

—De acuerdo entonces. Nos marchamos.

Clara salió seguida de Armand y de Irina que se adelantó a abrirles la puerta. Renard se retrasó a propósito para hablar con Sofía.

—No tiene por qué preocuparse. Mantendré atado a mi primo. —La miró directamente a los ojos.

—Lo sé. Aunque, si no lo hicieras, no pasa nada. —Renard arqueó las cejas—. Tengo unos cuchillos muy grandes. —Ella sonrió al decirlo.

Renard no pudo evitar soltar una carcajada. Esa chica morenita le hacía mucha gracia. Y tenía unos ojos dulces y preciosos. De repente se le hizo la boca agua mirándola.

—Gracias por todo, señor Milleur, de verdad. Por todo. —Sofía sonrió de nuevo apartando la mirada de esos ojos oscuros que iban a devorarla. No era su intención quedarse colgada de un hombre así. De los que no están a su alcance. No de nuevo.

Irina entró en el despacho rompiendo el contacto visual de ambos y Renard se giró hacia la puerta, saludándola y marchándose de la oficina. Aún no había salido cuando Irina se echó en los brazos de Sofía.

—Ay, Sofía, hemos hecho el contrato del año, ¡estoy tan contenta de haberte encontrado! ¡Esto no ha sido una casualidad! Seguro que todo esto es cosa del destino. —La joven abrazaba a Sofía con mucho cariño. La verdad, habían conectado desde el principio.

—¿Has visto? ¡Me van a regalar dos electrodomésticos impresionantes! ¿Sabes que valen dos mil euros más o menos? Me tiemblan las piernas. —Sofía se apartó para mirar a su compañera, y ahora socia, a la cara—. ¿No te habrá molestado?

—No, claro. ¿Para qué quiero yo eso? Apenas sé cocinar. —Irina rio—. Lo que sí he visto es que se estaba cocinando algo entre el jefe guapo y tú. ¿Pasó algo que no sepa en la boda?

—En realidad, sí. —El rostro de Sofía se entristeció—. Me hace sentir mal el hecho de que esté ese cerdo en la casa, pero es el jefe...

—¿Renard? ¿es un cerdo?

—No, el otro. Ven, vamos a tomar otro café y te cuento todo.

Entraron en el pequeño office de la cocina. Sofía no sabía cómo empezar a contarle lo que le había pasado en la boda. En parte pensaba que era culpa suya, ya que ella se había intentado enrollar con un tipo que no conocía. Se sentaron en la mesa con una taza de café con leche y finalmente lo sacó todo a la luz. No se lo había contado a nadie, ni a Hans. Solo Renard conocía los hechos. Acabó con lágrimas en los ojos.

—Seguramente, si no hubiera bebido... La verdad es que me siento muy mal.

—Tú no tienes la culpa. —Irina tomó por los hombros a su amiga—. ¿Me oyes? No es tu culpa, la culpa es de ese cabrón y ahora mismo voy a llamarles para anular el contrato.

—¡Qué dices! No, no. No quiero anularlo. Vamos a hacerlo muy bien y ganaremos mucho dinero y contactos. Fue una tontería. —Sofía trató de calmar a la agitada Irina.

—No lo fue. Fue un intento de violación. Y lo sé, porque... —Irina titubeó—. A mí también me han acosado en el trabajo, allá donde vivía. Fue muy desagradable. Pero si estás segura... Sacaremos todo el jugo de este contrato y evitaremos a ese tipo.

—De todas formas, estará con su esposa, así que no habrá problemas. Y no se acercaría a mí. Creo que hasta que Renard no ha nombrado lo de la tarta de la boda no ha caído. Se lo he visto en la cara.

—No te preocupes, no te dejaré sola. Si hace falta, dormiremos juntas en la misma habitación. Y con un cuchillo de esos que manejas tan bien. Además, está Renard, si te salvó una vez, seguro que intervendría otra.

—Sí, me hace sentir segura.

—Te hace sentir otra cosa también. —Irina le guiñó un ojo.

—Da igual. No quiero tener líos con un jefe. Ya salí escarmentada una vez.

—Eso me lo tienes que contar.

—Para otro día, Irina, ahora voy a soñar con mi cocina ideal que es la de esa casa...

—Te llevo a tu piso para que hagas la maleta y mañana te recojo a las ocho. Nos instalamos y hacemos la lista de la compra, ¿te parece bien?

—Un plan genial.

## 5

### La casa

Sofía se paseó una tercera vez por la inmensa cocina. La había recorrido varias veces desde que llegaron a la casa y cada vez que lo hacía iba descubriendo nuevas maravillas. Era una hermosa habitación con armarios de color blanco roto y encimeras de cuarzo blanco. Los azulejos de uno de los frontales eran pequeños espejitos de colores que daban alegría y hacían destacar ese rincón especialmente. Toda la grifería y los electrodomésticos eran de acero inoxidable, los que más le gustaban a ella. Estaba inmaculadamente limpio, con varias zonas diferenciadas. Una cocina de gas, otra eléctrica y una pequeña placa de inducción. Dos hornos, dos microondas y un armario enorme lleno de pequeños electrodomésticos, todos de la marca Milleur. Una gran isla central con otros fuegos y un segundo fregadero. Allí se podían sentar alrededor de diez personas en unas cómodas sillas altas, por lo que era ideal para las demostraciones.

Detrás de la isla había una mesa grande para unos doce comensales. En ella presentarían los platos una vez realizadas las demostraciones. La mesa era de madera clara a juego con la cocina. Las patas, robustas y torneadas, le daban un aire *vintage*, a la vez que elegante. La luz entraba a raudales por los ventanales de un lado y, en varios puntos estratégicos, había plantas colgantes y varias macetas aromáticas. Era tan bonito que Sofía habría aceptado trabajar gratis solo por estar ahí.

Un poco más allá de la mesa había unas puertas francesas que daban al jardín. En esa zona había un porche con techo y sin paredes con cómodos sillones y mesitas de centro. Sofía esperaba desayunar allí. Las vistas eran estupendas. Una zona de césped con jardines llenos de flores, muy cuidados, y

al fondo, ¡árboles frutales! Solo había que caminar cinco minutos para comerse una manzana o una pera. No había muchos, pero suficientes para una familia o dos. Le había parecido ver un pequeño huerto y a una pareja de unos setenta años cuidándolo. Le habían saludado muy amablemente. Estaba deseando ir a hablar con ellos y pedirles permiso para utilizar su cosecha para algo. Seguro que sabría de maravilla.

En la parte frontal había una piscina. No era muy grande, pero sí elegante, de líneas limpias y con una zona poco profunda para mantenerse en remojo e incluso tomarse una copa allí. Procuraría no acercarse por la noche, por si acaso, pero seguro que a las siete de la mañana no había nadie y podría hacer unos largos.

Más allá de la piscina estaba el lugar que no volvería a pisar. Y una extensa zona de árboles para pasear. Los coches se aparcaban bajo un tejadillo a la entrada de la finca, aunque había un camino que llegaba a la puerta de la casa. La zona del garaje estaba preparada para unos ocho o diez coches. Había visto en la televisión casas de lujo, pero estar en una de ellas era algo increíble. Las vueltas que daba la vida. Si no hubiera sido por todo lo que pasó en el restaurante, seguiría pasando calor en la pequeña cocina de La Ballena.

Puso la cafetera en marcha. ¡Una cafetera como la de un restaurante! Se hizo un café solo largo. Irina estaba hablando con los proveedores sobre la lista que le había dado y encargando todo lo necesario. Ella los había puesto en contacto, pero Irina se encargaría de las compras. Lo prefería. Tenía que hacer el inventario de los electrodomésticos que necesitaría por si había que pedir algo a Milleur. Hasta ahora había apuntado dos o tres cosas, pero estaba distraída. El jardín le llamaba tanto la atención que decidió disfrutar un poco más de la refrescante sombra de los sillones del porche. Al menos mientras tomaba el café. Se sentó con la taza entre las manos, inclinada hacia delante, observando cada detalle del paisaje.

—Ese café huele delicioso. —Una voz masculina la sacó de su ensimismamiento.

Sofía se volvió. Renard había llegado. Todavía llevaba el traje de chaqueta, pero ya sin corbata y con el primer botón suelto. Estaba muy atractivo.

—¿Quiere que le haga uno? —se ofreció ella.

—No, yo me lo haré. Si no te importa, tutéame como antes. Me haces mayor. —Renard sonrió.

—De acuerdo.

Renard entró para salir en unos minutos con otro café solo. Se sentó en uno de los sillones individuales, mirando su perfil.

—¿Te gustan las vistas?

—Es el lugar más maravilloso del mundo. —Sofía estaba entusiasmada—. Todo es perfecto. Como si alguien hubiera leído mi mente y lo hubiera construido. Es que no puedo decir nada que no me guste. —Sofía miró soñadora hacia los árboles.

—Me alegro. La verdad que es una casa estupenda. Lástima que los dueños no la usen mucho.

—Si algún día me toca la lotería, se la compraré y no saldré jamás de aquí. —Ella sonrió mirándole a los ojos.

Renard le devolvió la sonrisa. Era muy bonita. Irina le había pasado el currículum y le alegró saber que tenía solo seis años menos que él, aunque pareciera más joven. No es que pensara hacer nada. En realidad, sí lo pensaba, reconoció. Pero no debía.

Se tomaron el café sin decir una palabra más, solo disfrutando del momento, del calor que comenzaba a subir la temperatura, de los pájaros cercanos en los árboles, de la cigarra que anunciaba que la semana iba a ser muy calurosa.

—Ah estás aquí, necesito que me ayudes con este pedido. Este señor no me entiende y quiere enviarme algo raro. —Irina agitaba el teléfono como si tuviera la culpa de todo.

Sofía se levantó y se llevó su taza, que ya había consumido. Sonrió ligeramente a Renard y siguió a su socia hasta el interior.

Armand y Clara aparecieron a los dos minutos y se sentaron en el sofá donde antes había estado Sofía.

—Es una casa preciosa —comentó Clara—. Tuviste muy buen gusto. Lástima que la vendas a vender.

—No creas, quizá no lo haga. Me está gustando cada vez más. De todas formas, no comentéis que es mía, por favor. —Solo sus primos sabían de su propiedad. La había construido para, quizá, vivir allí más adelante, pero su prometida, Olive, odiaba España por algún motivo que él no alcanzaba a comprender. Ella le había pedido, casi exigido, que la vendiera y comprasen un ático en París. Sin embargo, a él le gustaba el mar, buceaba siempre que podía, y vivir en una gran ciudad no era su plan ideal. Aunque no le quedaría otro remedio, posiblemente.

—¿Crees que están preparadas? Viene gente muy importante. —Armand



miró hacia dentro de la cocina donde las dos hablaban animadamente.

—Si no lo están, es demasiado tarde. Ya no hay tiempo para cambiar de empresa —contestó Renard molesto.

—La boda estuvo muy bien, acuérdate —Clara amonestó a Armand—. Yo confío en ellas. Son jóvenes, pero se les ve resueltas.

—Estoy de acuerdo con Clara —zanjó Renard—. Me voy a cambiar y a bucear. Estoy deseando meterme debajo del agua.

—Algún día nos tienes que dar un paseo en ese barco tuyo.

—Claro. Cualquier día de estos.

Renard le dio largas a Armand. Su primo siempre le había envidiado. Él era director de la empresa, pero no porque su padre fuera el dueño, sino por méritos propios. De hecho, había comenzado de comercial, sin que nadie supiera que era hijo del jefe. Sin embargo, Armand entró en la empresa en un puesto alto ya, gracias a la insistencia de su tía, hermana de su padre, que temía que su hijo no encontrara un trabajo acorde con las cualidades que ella le suponía. Era un tipo astuto y con un perfil comercial muy importante. Eso era cierto, pero a veces era un tipo desagradable y tenía una debilidad casi permanente por las mujeres. Aun no sabía por qué su preciosa esposa le aguantaba sabiendo que cada dos por tres tenía un lío de faldas. Quizá ella hacía lo mismo, de eso no estaba seguro.

Se preparó su bolsa de buceo y se fue hacia el puerto. No haría buceo con botella. La última vez se asustó porque quedó enganchado en un coral y, como iba solo, estuvo en graves apuros. Desde entonces, respetaba las reglas. Así que fondearía cerca de la costa y haría *snorkel* con las gafas y las aletas. Se relajaba mucho dentro del agua, en la paz del silencio absoluto, solo escuchando su respiración, viendo los pequeños peces e incluso los más grandes. Doradas, lubinas y alguna morena e incluso una vez vio una tintorera. Llevaba una cámara con un foco bastante potente y las fotos que hacía solía compartirlas en las redes sociales con un perfil diferente al suyo, por supuesto. Como había viajado por todo el mundo, las fotos mostraban preciosos paisajes costeros y de las profundidades oceánicas. En ellas no solía salir si no era de espaldas, no quería que nadie supiera de sus aficiones. No por nada, solo para que nadie estuviera preguntando. Odiaba que se metieran en su vida. Lo cierto era que, si pudiera dedicar más tiempo a su afición, sería más feliz.

Echó un vistazo a la cocina donde las chicas andaban trabajando. Habían

puesto la radio y Sofía movía sus piernas al ritmo mientras apuntaba concentrada en una libreta lo que fuera. Era muy agradable, más que eso. Le atraía. Movi6 la cabeza y sali6 por la puerta. Meterse debajo del agua le ayudaría a centrar su mente, algo tocada en estos días.

## 6

### **El primer menú**

Los proveedores empezaron a traer el género y las chicas se afanaban en colocar todo el pedido en las dos grandes neveras y en la despensa. Algunas cosas las congelarían para los siguientes días. Todo estaba bien explicado en un gran cuadrante que habían dibujado en una pizarra blanca. Irina la tenía en su oficina y le pareció una buena idea para que todos supieran en cada momento lo que se iba a servir. Por supuesto, tenían la información de los menús, aprobada por todos, en papel, pero de un simple vistazo podían saber en cada momento qué se daría y quién venía.

El lunes y martes comenzarían con los integrantes de la mayor cadena hotelera francesa. Vendrían cuatro personas entre ejecutivos y chefs. Se alojaban en el Hotel Pino Alto y un minibús los traería a la finca sobre las once del lunes. Irina había organizado un desayuno con bizcocho hecho por Sofia por si venían pronto. Después harían una demostración de un primer plato, unos entrantes y un postre. Tras la comida, serían Armand, Clara y Renard quienes trabajarían terminando de vender el equipamiento. Sin embargo, Renard les había insistido en el formato de las explicaciones. Cuanto más claras mejor, y siempre con un carácter comercial. Lo cierto era que Sofia estaba muy nerviosa. Porque, además de la delegación, Renard estaría allí, y también los otros dos.

Ya había olvidado el incidente de la boda. Estaba demasiado ocupada como para pensar en ello y, de todas formas, no quería hacerlo. Bastante tenía con eso. Un par de personas subcontratadas les ayudarían a preparar algunas cosas y a limpiar la cocina. También tenía que dirigir las en su trabajo. Ya estaban empezando a preparar las cebollas, las patatas y todas las verduras de los

próximos guisos. Ese día y al siguiente iban a preparar una muestra de los platos más complicados, de los que llevaban más trabajo, para que cuando hicieran la presentación real fuera todo perfecto.

El miércoles y el jueves venía la delegación de una gran cadena hispana, también unas diez o doce personas con varios chefs. Había visto en algún programa de televisión a alguno de ellos, así que le producía todavía más estrés. Irina le aseguraba continuamente que todo iría bien.

Finalmente, el viernes y el sábado vendrían los italianos. El domingo descansarían y después harían un intensivo de tres días para diferentes cocineros que se habían inscrito desde la base de datos y que venían que todas las partes del mundo. Probablemente sería el público más difícil. Muchos de ellos tenían el ego muy alto, y ella no era una cocinera conocida, de «alto rango». Lamentablemente no había muchas mujeres cocineras, y como pasaba en otros sectores, tampoco tenían mucha autoridad. Como siempre, los cocineros mejor pagados y más mediáticos eran hombres.

Sofía tenía una firme determinación en sacar lo mejor de ella, de su estilo y de su forma de cocinar. Había estado estudiando y probando en casa las mejores presentaciones, diseñándolas en papel, y estos días tocaba practicar hasta alcanzar la perfección.

Armand y Clara estaban entre la terraza y la piscina, tomando el sol y con el portátil, y Renard había desaparecido. Mejor. Se sentía más libre si no tenía rondando a esos tres por ahí. Por un momento observó a Clara. Era una preciosa mujer, alta, rubia, algo mayor que Armand, pero no tenía mucho más de cincuenta y cinco. Era elegante como solo una francesa podía serlo, aunque su padre era español. Armand debía de tener unos cuarenta y pocos, y también era atractivo, pero no de una forma que le gustase, o al menos ya no, cuando conocía su lado más desagradable. No era tan alto como Renard, aunque sí algo más corpulento. Era cierto que ambos tenían unos rasgos regulares y le encantaban sus labios gruesos. Pero, así como Armand tenía una sonrisa cínica y la mirada fría, Renard era un tipo muy serio, pero de vez en cuando le sorprendía con su cálida sonrisa.

No podía decir que no le atrajera en cierto modo. Parecía mucho más joven que su primo, pero era el director de la empresa. Suponía que por méritos propios. No parecía el típico que trepase a costa de lo que fuera. No como su primo. «Se nota que me cae mal el primito», se dijo Sofía sonriendo.

Hoy usaría uno de los hornos para hacer un asado. Utilizaría la sonda para

controlar la temperatura de cocción perfecta. Haría una pasta para la guarnición con hierbas y varias setas y después una crema helada de coco y lima con un crujiente de almendra y gotas de chocolate. Era una receta que había ideado cuando solo tenía quince años y la fue perfeccionando desde entonces. Estaba muy orgullosa.

La música sonaba fuerte. Le gustaba la mucho de los ochenta, su madre la escuchaba a todas horas. En todos los viajes que cuando era pequeña, llevaban discos compactos con música grabada y todos coreaban las canciones. Alaska era su favorita, pero también le gustaban Celtas Cortos, Gabinete Calligari, y, por supuesto Queen. Cuando escuchaba alguna de sus canciones se volvía loca y se ponía a bailar como si no hubiera un mañana.

Ahora no podía bailar. Solo cocinar. Los ayudantes, Marc y Suzanne, eran conocidos de Irina y muy agradables y trabajadores. Eran pareja y se dedicaban a trabajar como extras en hostelería durante la temporada alta. En el invierno disfrutaban con sus dos pequeños sin apenas trabajar. Sofía enseguida conectó con ellos y se pusieron manos a la obra. Ellos se habían puesto a su disposición. Eran un matrimonio de lo más agradable. Le habían prometido enseñarle toda la finca a fondo esa misma tarde, y ella les iba a guardar dos raciones de sus comidas.

Tras estar casi toda la mañana cocinando, un delicioso olor se extendía por toda la cocina. El helado ya estaba en su punto y las pequeñas tejas crujientes con cápsulas de chocolate reposaban templadas en un rodillo. El contraste del frío y el calor produciría un placer único en la boca. El asado, con toques de hierba fresca del huerto, lo había acompañado de verduritas torneadas. Pensaba preparar un pan especial crujiente y presentar la carne loncheada sobre el pan, como si fuera una lasaña. La salsa la iba a reducir y la echaría sobre el montadito. Lo adornaría con unas frescas hojas de menta que el guardés le había entregado.

Irina acudió desde la oficina. Había salido para buscar lo que faltaba, algo de ropa y su portátil.

—¿Qué tal va mi chef favorita? —La energía de la chica era innegable. Abrazó a Sofía por detrás, sorprendiendo a la joven.

—Bien, les he dicho que a las dos y media comeríamos todos aquí, en la misma cocina. Tengo que demostrarles que lo haré bien. La verdad estoy un poco nerviosa.

—Con lo bien que huele, será imposible que haya salido mal. Y la

presentación, ¡es divina!

Sofía sonrío. Ya casi era la hora de comer y había comenzado a calentar los platos en el calentaplatos de la marca. Era muy práctico pues su delicioso asado no se enfriaría. Renard entró por la puerta con el pelo revuelto y la bolsa colgando. Llevaba todavía el bañador y la camiseta mojada en la parte inferior, donde rozaba la humedad. Parecía mucho más joven y más risueño.

—¿Me da tiempo de ducharme antes de comer? —preguntó pidiendo permiso.

—Claro, por supuesto. En quince minutos comeremos.

Irina preparó la mesa con la vajilla que había en la alacena. Era blanca con un pequeño filo azul cobalto. Puso un precioso mantel de hilo blanco con pequeñas flores azules. Comerían todos juntos, incluidos Marc, Suzanne y los guardeses, aunque Armand no puso muy buena cara al saberlo. Todos comenzaron a llegar y se sentaron en la mesa. Además, Sofía había preparado unos pequeños aperitivos salados y un cóctel. Se le había ocurrido a lo largo de la mañana y, aunque no estaba en el menú, esperaba sorprenderlos.

El ambiente era muy distendido. Los guardeses, Jordi y Mara trataban a Renard con mucho cariño y él estaba mucho más relajado que en cualquiera de las reuniones. Sofía sirvió el cóctel y unos pequeños aperitivos, unas rodajitas de pan asado en el horno con una base de tomate rallado y aceite de oliva, ajo muy finamente picado y jamón de pato. Después había preparado una ensalada muy fresca con frutos cítricos que ayudaría a digerir el asado.

El ambiente no era tenso, pero sí que estaba dividido. Armand hablaba solamente con Renard y su esposa en un lado de la mesa sin apenas mirar al resto de comensales. En cambio, su esposa conversaba con Irina y los guardeses que también bromeaban con Renard y los ayudantes de Sofía, que no paraban sentados ni un minuto, al igual que ella. Lo mismo servían la comida que las bebidas. El vino blanco al principio y un tinto después. Finalmente, el postre fue el colofón. Todos sonreían felicitando a Sofía por el delicioso menú. Se fueron retirando para descansar. La temperatura había subido y, a pesar de los grandes ventiladores de techo, el calor se empezaba a sentir.

Marc y su esposa recogieron la cocina mientras Sofía se sentaba por fin en la terraza a tomar un café y a apuntar algunas ideas que se le habían ocurrido durante la comida. Lo poco que había hablado con los guardeses acerca de las frutas y verduras de la finca le había hecho plantearse nuevas guarniciones para los platos de pescado y carne.

—Perdona que te moleste, ¿puedo sentarme? —Renard se sentó junto a ella sin esperar a que contestara.

—Claro, no hay problema. —Sofía levantó la cabeza de sus notas esperando, impaciente, a que hablase. Debía continuar con el menú, pero el jefe era el jefe.

—Quería decirte que el menú de hoy ha sido muy bueno, pero me gustaría cuidar un poco más la presentación. —Sofía se irguió en su sitio, tensa—. No te lo tomes a mal, pero vienen personas muy relevantes y quiero impresionarles.

—Por supuesto. —Sofía tenía el semblante muy serio. Cerró su carpeta sin molestarse en disimular su enfado y se levantó—. ¿Algo más?

—Sofía, yo... —Renard se levantó poniéndose delante de ella—. Es muy importante para nuestra empresa. Esta semana podemos firmar los contratos para dos años, ¿sabes? Es necesario.

Ella lo miró a los ojos todavía enfadada. Renard le sostuvo la mirada, pero no pudo evitar acabar sonriendo.

—Estás muy bonita cuando te enfadas. Tus ojos se vuelven un poco más oscuros y juraría que salen chispas de ellos. —Renard no pudo evitar retirar un mechón de pelo que se había escapado de su moño y había acabado en su rostro. Ella lo miró desconcertada.

—¿En serio me estás diciendo esto después de criticar mis platos? —Los ojos de Sofía parecían bengalas. Él sonrió de nuevo.

—Sí. Te lo digo. En serio.

—Pues por mucho que seas la persona que me paga, no voy a permitir que... —Él se agachó y, sin poder evitarlo, la besó.

El beso la tomó por sorpresa y no supo reaccionar. Él aprovechó el momento para tomarla en sus brazos y profundizar en sus labios. Disfrutó de su sabor a café y de los dos minutos que tardó en reaccionar. Se apartó bruscamente del hombre y lo miró furiosa. Sin decir una sola palabra recogió su cuaderno del suelo y entró la cocina. Él sonrió disfrutando del sabor de sus labios.

Armand miraba desde el jardín. De modo que a su primo le interesaba la cocinera. Eso tal vez pudiera ser un tanto a su favor. Estaba harto de seguir las directrices de ese niño más joven que él, y además en la empresa todos le adoraban. Él había conseguido muy buenos contratos, más o menos de forma legal, pero seguía sin ascender. Quería ser vicepresidente de la empresa, de momento, y después el presidente. Quería echar a Renard y ahora mismo se le

estaba ocurriendo una buena idea. La maduraría en esos días, tenía un par de semanas para hacerlo. Sí, su cabeza ya preparaba un buen plan.



## 7

### Un baño a la luz de la luna

—¿En serio te besó? —Irina no daba crédito a lo que estaba escuchando.

Las dos estaban en la habitación de Sofía. Ya habían preparado los pedidos y estaban descansando en la pequeña terraza que daba al jardín.

—Sí, el muy... idiota me dijo que mis platos no tenían la presentación adecuada y, después, me besó diciéndome que si mis ojos echaban chispas y yo qué sé más.

—Oh, qué romántico. Es bonito, Sofía. Y dime, ¿qué vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer? ¡Nada! ¿Qué quieres que haga? Es nuestro cliente, y es un tipo estirado y creído. —Sofía se enfrentó, enfadada, a Irina.

—En verdad te salen chispas de los ojos. —Sonrió ella—. Sabes una cosa, Sofía. Deberías divertirte. Deberías pasarlo bien con él, disfrutar. El hombre tiene muy buena planta y seguro que te hace pasar muy buen rato.

—Pero qué tonterías estás diciendo, Irina. No quiero líos, menos con él. Asunto zanjado. —Sofía se levantó y se fue al baño. No quería seguir hablando de ello. El beso le había gustado más de lo que podía decirle a nadie, ni siquiera a su compañera y amiga.

Se miró en el espejo. Sus ojos azules ya no estaban oscuros, ya no estaba enfadada. Soltó el pelo de su moño recordando como él había acariciado su rostro. Había sido muy dulce. Pero ¿qué vería él en ella? Era una chica normal con su pelo castaño oscuro ondulado y sus ojos azul pálido, ni delgada ni con sobrepeso, ni alta ni baja. Su piel era suave y tenía bastantes pecas que suavizaban sus rasgos. Además, era una persona muy trabajadora, resuelta y proactiva. Pero él era un directivo de una gran empresa francesa. Un tipo que se relacionaba con la alta sociedad, con los famosos -lo había visto por

Internet- y era muy normal verlo en compañía de modelos y actrices despampanantes. Él era rico, ella era una simple cocinera. No, definitivamente no.

Apagó la luz y se metió en la cama. Irina ya se había ido a descansar. Suspiró cerrando los ojos e intentó dormirse. Estaba muy cansada y nerviosa. Empezó a dar vueltas encima de la cama. La habitación estaba a ras del suelo, y no entraba mucho aire. Tampoco le apetecía poner el aire acondicionado, no le gustaba. Bastante tuvo con soportarlo en el restaurante. Allí pasaba de los cuarenta y cinco o cincuenta grados justo encima de la plancha o de la cocina a los dieciocho de la sala. Eso le había costado algún resfriado que otro.

Se levantó impaciente de la cama. Todavía andaba dándole vueltas al beso y a sus sensaciones. Lo tenía claro. Nada de líos en el trabajo. Se asomó por la terraza. Había un pequeño escalón que daba al jardín. Quizá...

Se puso su bikini y saltó desde allí. Cayó en el césped mullido con su toalla. Se dirigió descalza hacia la piscina. Los grillos se escuchaban como único sonido en la calurosa noche. El precioso cielo estrellado no le hacía olvidar los malos momentos pasados en el restaurante en los últimos tiempos. Caminó despacio disfrutando del momento.

Cuando empezó a trabajar en La Ballena era una chica joven que pensaba que lo sabía todo. Había ido dos temporadas a una de las mejores cocinas de Francia y otra a una escuela en París, también trabajó en Basauri y Madrid. Se creía que con veintitrés años era un genio. Suspiró. Se sentó en el borde de la piscina, metiendo los pies en el agua. Recordó cómo en el restaurante aprendió lo que de verdad era cocinar. Su jefe, Manuel, era un cocinero de los de toda la vida. Hijo y nieto de cocineros, abrió su restaurante con su esposa hacía ya más de veinticinco años. Él le enseñó la cocina tradicional y ella le enseñó a modernizar alguno de sus platos. Así durante casi ocho años. Era muy feliz y disfrutaba tanto que apenas salía de allí. Por eso fue por lo que cuando su único hijo se cansó de dar tumbos en otros lugares y comenzó a trabajar allí, seis años después de que ella entrara, simplemente se enamoró de él. O eso creía. Ahora veía que fue más bien porque lo tenía «a mano». Trabajaban juntos, él en la sala, ella en la cocina. Cuando cerraban el restaurante, se iban a su casa y pasaban la mañana en la cama. Durante un año y medio fue muy feliz. Manuel y su esposa estaban muy contentos, porque ella era como una hija para ellos. Y el restaurante, gracias a los nuevos platos, comenzó a tener lista de espera de semanas. Trabajaron muy duro. Ella hacía

horas extras sin cobrarlas. No le importaba. «¡Qué ingenua fui!».

El año anterior Leia, la esposa de Manuel, cayó enferma y él decidió a sus sesenta y cuatro años jubilarse y cuidarla. Su hijo José le convenció para que ellos llevaran el restaurante. Él y Sofia. Así que Manuel firmó un traspaso feliz de que su díscolo hijo hubiera cambiado y que, con la que prácticamente consideraba su hija, continuara la tradición, tal y como su esposa y él habían hecho.

Sofia dio una patada en el agua enfadada. Cómo los había engañado. Después de la temporada de verano del año siguiente, cuando había recogido todas las ganancias, traspasó el negocio. Así, de repente y sin avisar a nadie. Ella se tenía que haber dado cuenta. Cuando ella se quedaba trabajando hasta tarde, él siempre ponía una excusa u otra para salir antes. Regresaba muy tarde. Decía que estaba haciendo negocios. ¡Y bien que los hizo!

Una cadena de hamburguesas de lujo le compró el restaurante. Discutieron, aunque no sirvió de nada. Igualmente se fue a Ibiza con una gran cantidad de dinero y una alemana que había conocido, eso creía Sofia. Todos se fueron a la calle. A Manuel le dio un infarto cuando se enteró y su madre empeoró. Menos mal que, aunque mayores y envejecidos por el disgusto, aguantaban como los valientes que eran. Ella les visitaba cada quince días y trataba de consolarlos. Menos mal que les había quedado la pensión y algunos ahorros, porque ni siquiera les habían dado parte del traspaso. Nada. Y los seis trabajadores, incluida ella, se fueron a la calle. Aunque habían pasado ya unos meses todavía estaba afectada. Se sentía tan engañada que no creía que pudiera soportar que otro hombre la engañase. Y el tal Renard tenía toda la pinta de hacer lo que le viniese en gana. Pero ella también podía hacerlo.

Realmente podía divertirse, como había dicho Irina. ¿Qué había de malo en echar un polvo o besarse? Tampoco es que ella fuera una mojigata. Le gustaba, claro que sí. Pero desde luego, sin compromisos ni relaciones serias. A lo mejor era el ideal. Sabía perfectamente que él como mucho estaría interesado en acostarse con ella. Puede que lo hiciera. Sí. Lo haría.

Se metió en el agua y dio unas brazadas. El agua estaba fresca y bajó la temperatura de su acalorado cuerpo. Esa noche dormiría mejor, y al día siguiente, ya vería.

Salió del agua como nueva y con ganas de que llegase un nuevo día. Un ruido la asustó y casi se cae a la piscina.

—Perdona, siento haberte asustado. Creo que hemos tenido la misma idea.

Renard apareció en bañador con una toalla en el hombro y sonriendo. Dejó la toalla y se lanzó a la piscina. Ella se quedó de pie sin saber qué hacer. ¿Se iba o se quedaba? Después de sus atrevidos pensamientos ahora se arrepentía. Y volvía a tener calor. Aunque había poca luz, la luna y algunas luces indirectas le habían dado una buena muestra de su cuerpo. No era el típico tío de gimnasio, pero, la verdad, estaba muy bien. Decidió meterse en el agua. Él seguía dando brazadas de un lado a otro, sin mirarla. Ella se deslizó dentro de nuevo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Él dejó de nadar y se acercó a ella, poniéndose muy cerca. Quizá demasiado.

Ella se apoyó contra la pared. En realidad, se arrepentía de sus pensamientos. Era muy bonito pensar en sexo y en acostarse con él y otra cosa muy distinta era ver sus ojos oscuros acercándose cada vez más. Ella no se movió y él supuso que ella aceptaba su proximidad. Puso las manos en el borde de la piscina y se acercó a ella. Su rostro estaba tan pegado al suyo que las gotas de su pelo se resbalaban por el rostro de ella. Se acercó despacio hasta rozar la nariz con la suya, acariciándola suavemente. Renard bajo su rostro posando los labios en su mejilla. Sofía abrió los labios involuntariamente y él se lanzó por ellos como único objetivo. Pasó su brazo por la cintura atrayéndola hacia su cuerpo y dejándola bien pegada a él.

Los besos le hacían sentirse mareada y excitada. Pasó sus brazos por el cuello y se colgó de sus hombros pasando las piernas por la cintura. Él gimió al sentirla tan cerca de su miembro al que ya se apreciaba bajo el bañador. Siguió besándola y girando hacia su cuello mientras ella suspiraba excitada.

—Es muy excitante estar en la piscina —susurró Renard en su oído—, pero si quieres, podemos ir a algún lugar... más seco.

Ella titubeó, pero asintió. Salieron de la piscina y cogieron la toalla. Entraron por la pequeña terraza de la habitación de Sofía. Renard la besó, mientras ella se apoyaba en el marco de la puerta, consiguiendo con sus caricias en la cintura desnuda que ella comenzara a temblar.

—¿Estás segura? Puedo irme. —Él la miró a los ojos.

—Sí, estoy segura. No soy ninguna niña. —Ella lo besó y él la tomó en brazos. Ella rodeó su cintura con las piernas. Se dirigió a la cama donde la acostó con suavidad y se puso parcialmente encima de ella.

Sus besos rodearon el bikini húmedo y con un movimiento ágil lo desabrochó y se lo quitó por la cabeza, bajando por su cuello y llegando a sus pezones, húmedos y fríos todavía de la piscina. Se apoderó de ellos y les dio

un buen repaso, haciendo que Sofia se estremeciera y arqueara su espalda pidiéndole más.

Ella acarició la espalda de Renard, todavía con gotas de agua. Le encantaba un hombre que tuviera músculos, pero que fuera real. No como José, que se machacaba en el gimnasio. Sacudió la cabeza para lanzarlo fuera y se concentró en el estupendo trabajo que estaba haciendo con sus pechos. La mano de Renard se metió en el lateral del bikini, acariciando su cadera con su dedo y estirando el cordón del lateral de la braguita la soltó.

Ella deseaba tocarle igual que él la estaba acariciando, pero él no se dejó. Estaba demasiado ansioso por llegar al centro de ella, bajó por su abdomen besando cada centímetro de su piel hasta llegar a su bikini que apartó desatando la segunda parte. Disfrutó de la frescura de sus otros labios y de la deliciosa humedad hasta que ella comenzó a convulsionar. Entonces él paró y se levantó, quitándose el bañador.

—¿Tienes algo de protección? —Ella negó con la cabeza—. Bueno pues nos divertiremos sin llegar a ello, si te parece. Quizá otro día...

Sofia asintió. Ella había tenido un orgasmo de diez y se sentía desmadejada y floja, pero quiso devolverle lo mismo y se sentó en la cama mirando su pene enhiesto que estaba deseando probar. Acarició sus muslos con sus dedos, clavándolos para que él se pusiera más duro todavía. Después acarició su trasero y pasó las manos por sus caderas dirigiéndose despacio hacia su ingle, acariciando sin tocar donde más sensible era. Pasó la mano izquierda por sus testículos apretándolos ligeramente, lo que hizo que su pene saltara de nuevo. Finalmente lo agarró con su mano derecha y comenzó a subir y bajar suavemente. Él no la perdía de vista y ella lo miró con cara traviesa. Finalmente, acercó sus labios y comenzó a rozar la punta con ellos, acariciándola con la punta de la lengua. Renard gimió e involuntariamente hizo un movimiento de pelvis hacia ella. Ella dejó de hacerle sufrir y se metió en la boca todo su miembro acariciándolo con su lengua, sacando y metiéndolo con un ritmo animado. Se acompañaba de sus manos que no paraban de acariciar y estrujar hasta que finalmente él se apoyó en sus hombros y descargó todo el contenido retenido en su boca.

Sofia se levantó al baño. No es que le diera asco el semen, pero prefería no tragarlo. Él se quedó un poco parado sin saber qué hacer y finalmente se echó en la cama. Puso los brazos detrás de la cabeza y esperó allí a Sofia sin ningún reparo en estar desnudo. Se preguntaba por qué lo había hecho. «¿Qué es lo

que me atrae tanto de ella?»), cerró los ojos pensando en su vida. No es que no se acostara con otras mujeres, realmente tanto Olive como él solían mantener otras relaciones. Es que se sentía extraño. Ahora mismo volvería a besarla, a recorrer su cuerpo suave de nuevo. No había tenido esa ansia desde hacía mucho tiempo. Deseaba penetrarla y hacerla gritar de placer.

Ella salió del baño, también desnuda y un poco tímida. Él le hizo un gesto para que se echara a su lado.

—Vaya, esto ha estado bien, ¿no? —Ella se sentó casi a su lado medio echada en la almohada.

—Ha estado más que bien. —Renard sonrió mirándola de arriba abajo—. Aunque quizá otro día podamos avanzar un poco más, si quieres.

—Puede ser, según el tiempo que me quede, tengo que preparar la comida con unas buenas presentaciones. —Ella sonrió irónicamente.

—Lo siento, ¿te molesté? No era mi intención. Estoy un poco nervioso la verdad, me juego mucho en esta semana. —Renard se giró hacia ella mirándola a los ojos.

—Sí, tenías razón, yo también estaba nerviosa y no cuidé tanto el emplatado. Pero no volverá a pasar. Verás qué bien sale todo. —Ella se acurrucó en su pecho y él pasó la mano por su espalda acariciándola. Tampoco quería que se hiciera ilusiones.

—La empresa es muy importante para mí. Los accionistas están presionando mucho sobre las ventas y, si no cerramos los contratos que debemos cerrar estas dos semanas, voy a tener serios problemas.

—En lo que concierne a nosotras, haremos lo posible, de verdad. —Sofía se incorporó y lo miró a los ojos muy seria—. Yo soy una profesional y esto, lo de ahora, no tiene nada que ver. Cumpliremos.

—Sí, en cuanto a esto, sería mejor que nos comportásemos como si no...

—Sí, lo sé. Es mejor no besarse en público y esas cosas. —Sofía se apartó ligeramente—. Lo entiendo y yo también lo prefiero. De hecho, deberíamos dormir.

Renard se tensó y comenzó a levantarse sin decir nada. Se puso el bañador todavía mojado y se dirigió hacia la puerta.

—¿Mejor por la ventana? —señaló ella con una pequeña sonrisa.

—Sí, mejor por la ventana —aceptó él. En el fondo había sido divertido. Y quizá otro día pudieran divertirse algo más. Al día siguiente compraría preservativos. Solo por si acaso.

## 8

### Hans

Hans entraba por la puerta cargado con dos enormes cajas y el portátil de Sofia. Ella le había encargado traer ciertas cosas, sobre todo para los postres y emplatados y su ordenador, donde tenía muchas ideas para ello. Estaba nerviosa y prefería consultar sus archivos. Ahora más que nunca quería hacerlo bien.

—¿Dónde dejo las cosas, *liebe*? —Hans sonrió de oreja a oreja a las chicas que lo miraban encantadas. El hombre, de casi dos metros de altura, grande y fuerte, era capaz de llevar mucho peso. Irina se apresuró a coger una de las cajas, solo por acercarse.

—Me alegro de verte, Hans. —La mujer dejó el bulto encima de la mesa y se acercó al rubio sin dejar de sonreír.

—Yo también me alegro, Irina. Sofia tienes una cara como una estrella. —Hans hablaba muy bien castellano pero las comparaciones no eran lo suyo.

—Gracias, aunque no sé qué significa. —Sofia rio entre dientes. Ella sabía a qué se refería.

Las chicas empezaron a desempaquetar cosas mientras Hans miraba a su alrededor.

—Esta casa es muy bonita, es más que bonita. Es enorme y lujosa. La cocina es perfecta, Sofi, parece que esté hecha a tu medida.

—¿Verdad que sí? Es maravillosa. —Sofia extendió los brazos como si quisiera abarcar toda con sus manos y metérsela en el bolsillo.

—Ey, ¿quién está allí? —Hans miraba por la ventana hacia el jardín viendo pasear a Renard—. Es el estirado que vino a casa a buscar a su hermano, ¿no?

—Pues sí. Es él. Ese estirado ahora es nuestro cliente. —La cara de Sofia

escondía algo y Hans lo sabía. La conocía desde hacía años y lo averiguaría. Pero ahora estaba más interesado en su amiga, la rubia de ojos claros.

—¿Quieres un café, Hans? —Irina le ofreció uno pestañeando para captar su atención.

Hans asintió y se sentó en la mesa. Sofia terminó de recoger sus instrumentos y puso en marcha el ordenador. Ese día iba a preparar una sopa fría y pescado. De postre, un bizcocho *red velvet*.

Se sentaron los tres en la mesa saboreando el delicioso café que hacía la máquina de la compañía. Había que reconocer que eran electrodomésticos de alta gama, con un precio alto, pero la calidad era espectacular. El expreso que se estaba tomando Sofia le hacía volar muy lejos. Cerró los ojos para disfrutar de cada uno de los sabores tostados del café.

Ni siquiera se enteró cuando entró Renard en la cocina. Hans e Irina hablaban tranquilamente de sus cosas y él se hizo un café y se sentó en la mesa sin decir nada. Solo la observaba. Sus pestañas caían sobre sus pómulos produciendo una leve sombra que tapaba alguna de sus pecas mientras saboreaba el último trago de café, pasando la punta de la lengua entre sus labios. Renard estaba hipnotizado mirándola. Ese pequeño gesto le había desarmado. Hans carraspeó y Sofia abrió los ojos, encontrándose con la mirada fija de Renard. Ambos desviaron la vista. Hans miró a Irina, interrogante, y ella se encogió de hombros.

Sofia se levantó sin decir palabra, cogió el menú que había preparado para ese día y se lo dejó a Renard delante.

—Este es el de hoy y en un rato te daré el de mañana. —Se alejó sin decir nada más. Salió por la puerta de la cocina hacia el huerto. Quería recoger algo de albahaca y cebollino fresco para el pescado. Hans la siguió.

—¿Qué pasa, pequeña? —Él le pasó la mano por los hombros—. ¿Te ha hecho algo ese tío? ¿Hace falta que le parta la cabeza?

—No, no hace falta que le partas «la cabeza» ni la cara. Y no me ha hecho nada. Lo que haya hecho, ha sido con mi consentimiento. Es solo que... —Sofia no pudo decir nada más.

—Él te miraba muy intensamente esta mañana. Sí que le gustas. Pero ¿es bueno para ti? —preguntó, cariñosamente, el holandés.

—No, no lo es. Es un gran directivo, vive en Marsella y es rico. Y yo soy la que soy. No quiero tomármelo en serio. Y así será. Solo me lo pasaré bien estos días y punto.



—Es lo mejor que puedes hacer, diviértete y, dentro de unos días, con todo el dinero que te van a pagar, alquilas el local de tus sueños y te montas tu catering. Yo te apoyaré en todo. —El alemán sujetaba de los brazos a la chica, mirándola fijamente.

—Eres un gran amigo. Te quiero mucho. —Sofía lo abrazó.

—Bueno, ¿vamos a recoger esas hierbas?

Los guardeses se encontraban en el huerto. Ella limpiaba las malas hierbas con una pequeña pala mientras que él recogía los tomates en una cesta.

—¡Hola! Vengo por cebollino y alguna hierba más, ¡hoy toca pescado! ¿Vendréis a comer?

—Hoy no podemos ir, tenemos médico. Quizá mañana, pero muchas gracias.

—El guardés ofreció las hierbas a la cocinera.

—Gracias, Jordi. Este fin de semana tengo que probar recetas más sofisticadas, puede que necesite más cosas. ¿Puedo cogerlas?

—Claro que sí, tienes todo el huerto a tu disposición. Este fin de semana nos vamos al balneario, es un regalo de Renard.

—¿De Renard? ¿lo conocen mucho? Yo pensé...

—Sí, lo conocemos. —Los guardeses se miraron entre ellos y ella hizo un leve gesto de negación con la cabeza—. ¿Y quién es este grandullón? ¿tu novio?

—No. —Sonrió Sofía—. Es mi vecino y un gran amigo.

—Sí, desde luego, grande es. —La mujer sonrió y se retiró. Esta vez había capeado las preguntas de la chica.

—Si necesitan alcanzar alguna rama grande, llámenme. —Hans estiró el brazo demostrando hasta dónde era capaz de llegar.

Se volvieron con la cesta llena de olorosas hierbas. La fragancia le recordaba a su estancia en Francia. Allí también tenían un pequeño huerto para recoger todo fresco para el restaurante.

—Sofí, quería preguntarte... ¿Irina tiene novio?

—¿Te interesa?

—Puede, ¿le interesaré yo a ella?

—Creo que sí. Ella estuvo casada y tiene un niño en su país. Pero ahora, que yo sepa, está soltera. ¿Por qué no la invitas a salir? Aunque estemos aquí las noches las tenemos libres, al menos hasta el lunes. Luego serán dos semanas muy intensas. Así que yo no perdería el tiempo si fuera tú.

—Tienes razón. Ya sabes que no he tenido suerte con las chicas. A veces no

les gusta que sea tan alto o a veces no les gusta otra cosa, no sé. —El hombretón parecía haber encogido.

—Yo no sé qué piensa Irina. Pero si no lo intentas, tú tampoco lo sabrás.

—Ay, no sé qué haría sin ti, pequeñaja. —Hans la abrazó casi tirándole la cesta.

—Aburrirte, seguro. —Sofía le guiñó el ojo abriendo la puerta de la terraza.

Hans dio un paseo con Irina mientras Sofía se ponía a trabajar. No quería distraerse con nada. Deseaba que sus platos fueran espectaculares y que Renard se sintiera satisfecho. Había desaparecido toda la mañana desde la hora del café y se acercaba la hora de comer. La sopa fría de puerros y otros ingredientes secretos que ella estaba deseando que probara estaba lista. Había comprado unas lubinas frescas y las estaba preparando al horno, en su punto. La presentación era decisiva. Había citado a todos a las dos y esperaba que llegasen puntuales o el pescado se pasaría. El bizcocho lo había preparado por la mañana y había hecho una crema en esa maravillosa batidora que le hacía soñar. Estaba en la despensa, en una especie de cuarto frío que mantenía todo muy fresco. Sofía miró el reloj impaciente. Las dos menos cinco y solo estaban Hans e Irina. Marc y Suzanne habían preparado unos pequeños aperitivos, unos huevos de codorniz con aceite natural de trufa. Desde luego, estaba muy contenta con ellos. Les propondría trabajar en su nueva empresa.

La hora se acercaba y la lubina tenía que servirse ya, si no se pasaría. Irina ya había preparado la mesa y se asomaba al vestíbulo de vez en cuando.

—Está bien. Comeremos nosotros. Si no vienen, es su problema. —Sofía cogió la sopera con el primer plato de la nevera. Empezó a ponerla en los cuencos, echó unas gotitas de aceite de oliva y unas hierbas frescas. Además, había preparado tostadas crujientes en el horno para acompañarla.

Comenzaron a comer en silencio. Ella deseaba tanto que hubieran estado... La comida era espectacular y se la iban a perder. Apenas probó la sopa. Irina charlaba con Hans y los otros e intentaba meter en la conversación a la joven sin éxito. Cuando vio que habían terminado la sopa, se levantó para emplatar la lubina. Sacó los platos calientes de la máquina y puso el fondo de aceite de oliva con olivas maceradas, sobre ella, unos dados de calabaza y calabacines al dente y la ración de lubina. Le echó las hierbas recién cortadas y una espuma de ajo al azafrán. Irina le hizo una foto.

—Nos servirá para un catálogo. He abierto una cuenta en Instagram de nuestra futura empresa.

—¿Os vais a asociar? —preguntó Marc interesado.

—Sí, vamos a crear una empresa de eventos con catering. Y nos encantará contar con vosotros, si os interesa.

—Por supuesto —aseguró Suzanne—. Estamos muy a gusto trabajando con vosotras. Ayer lo hablamos. ¿Ya tenéis nombre para la empresa?

—Habíamos pensado Luigi o Irilu, pero son bastante feos. —Rio Sofia mientras probaba su deliciosa lubina.

—Sí, y al final nos decidimos por «Un plan para ti», bastante sencillo, pero claro... —respondió Irina.

—Me gustas, quiero decir, me gusta —dijo Hans poniéndose colorado.

Sofia se atragantó de la risa y tuvo que levantarse a toser fuera de la mesa. Todos reían por el apuro del grandullón e Irina sonreía satisfecha.

—Vaya, ¡qué bien os lo estáis pasando! —los tres franceses entraban a la cocina. Armand los miró fríamente.

—No habéis esperado. —Renard miró hacia Sofia.

—Habíamos quedado a las dos, y los platos estaban preparados para esa hora. Son las dos y media. —Sofia se enfrentó a los dos hombres—. Si os sentáis os serviré la comida, aunque, puede que no esté tan bien como la nuestra.

—Claro, no te preocupes Sofia —intermedió Clara—. Ha sido un tema de trabajo. Nos encantará probar la lubina. Huele de maravilla.

Sofia asintió y les sirvió la crema fría. Ella ya había terminado el pescado y todos esperarían a que los franceses terminasen para servir el postre.

La crema no estaba tan fría y la lubina tan caliente y, sin embargo, esta vez se podía decir que la presentación había sido perfecta. Renard disfrutó de la comida, aunque estaba disgustado porque no les hubieran esperado. Pero tenía que reconocer que eso no era lo que realmente le había enfadado, sino los accionistas. Querían fusionarse con la primera empresa más grande del sector, una procedente de China, y no le gustaba nada. Perdería la dirección y la fábrica posiblemente se trasladase allá, con lo que muchas personas perderían su empleo. La junta decía que los gastos eran menores allí y que la producción aumentaría. Él no estaba de acuerdo. Su primo estuvo callado durante toda la reunión. Sintió que no le apoyaba, pero tampoco se puso en su contra.

Los tres comieron en silencio, mientras los demás esperaban tomando un café para sacar el bizcocho cuando ellos terminasen.

—Excelente presentación, Sofia. Te has superado. —Renard sonrió a la

chica. Había sido grosero un poco antes, pero ahora ya estaba más calmado. La excelente comida de la que había disfrutado había sido el catalizador de su cambio de humor.

Sofía se levantó para recoger, sonriendo. Hoy tenían que hacer las últimas compras durante la tarde, así que dejó al resto sentado en la mesa. Hans le dejaría su coche para ir al centro, así se quedaría pasando la tarde con Irina. Estaban comenzando a congeniar mucho.

Renard llamó a la puerta de su habitación.

—Hola, siento haber llegado tarde. Vas a la ciudad, ¿no? ¿Puedo acompañarte? Me vendría bien salir un rato.

—Claro, voy a encargarme algunas cosas que me faltan. ¿En diez minutos en la puerta?

El hombre asintió y se fue a cambiar. Ella se preguntaba en qué ponía eso su relación. Tan pronto se alejaba y parecía frío como buscaba un momento para hablar con ella. Se había puesto unos vaqueros hasta la rodilla y una camiseta que decía «Cierra la boca». Quizá no era lo más adecuado para que él lo hablara. Se la quitó y se puso una camisa blanca de manga corta sin mensajes. Se recogió el pelo en una coleta alta y salió con sus sandalias planas. Así se veía bastante más baja que él, pero poco le importaba en realidad.

El coche de Renard estaba ya en la puerta. Se subió al deportivo y se puso las gafas de sol. No le gustaba ir en un coche tan lujoso, pero Renard se había negado a ir en el de Hans y ella no tenía. Arrancó el coche que ronroneó agradablemente. Salieron mientras Armand los miraba desde el jardín. Su ceño fruncido no era nada agradable.

—¿Dónde quieres ir?

—Primero iremos a Cambrils, allí quiero pasarme por un par de pescaderías que conozco a ver qué han traído. Prefiero comprarlo hoy para que lo traigan mañana sábado. Lo congelaré y así tengo para lunes y martes. Y el martes compraré para el resto de la semana.

—Creo que irá bien. Los platos que has preparado hasta ahora han sido de cinco estrellas.

—Bueno, todos no te gustaron.

—Perdona, ya te dije que necesito que salga todo perfecto. Me juego mucho. Sinceramente, Sofía, si no consigo los contratos de estos clientes, puede que la empresa deje de estar en mis manos. ¿Comprendes mi exigencia?

—¿Tan grave es? —Sofía miró el serio perfil del hombre.

—Sí. Pero si de una cosa me alegro es de haberte conocido. —Renard le lanzó una rápida mirada sonriendo.

Sofía se quedó sorprendida. No se esperaba que él le dijera eso. Por suerte, ya llegaban y no tuvo que responder. Renard metió el coche en el aparcamiento del puerto y, después de visitar dos pescaderías y hacer varios pedidos, quedaron en el café Siddharta, un local que Sofía adoraba, con ambiente muy relajante y unos téns naturales excelentes. Pidieron unas infusiones sentados en uno de los sofás.

—¿Quieres explicarme algo más sobre lo de tu empresa? —Ella lo veía preocupado, serio.

—No es algo sencillo. Ni yo sé cómo explicarlo. —El hombre se retiró el cabello de la cara—. Verás, mi empresa está dirigida por dos familias, la mía y la de mi... por... otra. —Renard carraspeó. Casi metió la pata—. La mía tiene el treinta y cinco por ciento de las acciones y luego hay otros accionistas más pequeños. Los segundos más importantes, la familia Perigueaux, tienen el veintidós. Si nos aliamos, podremos evitar la fusión con una empresa china. La alianza con ellos es muy importante. ¿Lo entiendes?

—Sí, eso lo entiendo, claro. Las alianzas entre empresarios son normales.

—Bueno, es algo más —titubeó sin decidirse a contarle lo de su compromiso con la hija de su socio, Olive—, pero tenemos que demostrar que somos rentables para que el resto de los accionistas esté de acuerdo. Hay ciertas presiones sobre la familia que te comento, y sobre algunos de los accionistas, porque piensan que, si no nos aliamos con ellos, nos aplastarán. Pero si consiguiéramos que la primera cadena hotelera nos contratase el nuevo equipamiento de sus cocinas, sería genial porque hablamos de un contrato internacional y de muchos millones.

—Ojalá lo consigas. —Después de la larga explicación entendía la preocupación de Renard. Hablaba apasionadamente de su empresa. Tanta pasión como ella por la cocina. Se quedaron sin saber qué decir.

—¿Volvemos? Se está haciendo tarde. —Renard acarició su mano.

Se levantaron sin hablar, ambos sumidos en sus pensamientos. Cogieron las bolsas de la compra y se dirigieron hacia el coche. El hombre arrancó y, tras maniobrar, se puso en marcha hacia la finca. Deslizó la mano del cambio de marchas hacia la de Sofía acariciando de refilón la suave piel. Ella no retiró el contacto. Le agradaba cada vez más el hombre y no era el tipo orgulloso que suponía que era.

Después de descargar y colocar toda la compra, pasó el día preparando los menús. La noche llegó cuajada de estrellas y Sofía saltó por su balcón para dar un pequeño paseo por el césped, descalza. Llevaba un camisón ligero y el pelo trenzado. Esa casa..., cada rincón le atraía de una forma especial. Era como cuando se enamoró de su compañero de mesa en infantil. Cada vez que él la miraba, un escalofrío le hacía cosquillas en el vientre y se le ponía la carne de gallina. Fue su primer amor, quizá el único de verdad. Ahora sentía eso con la finca. Sentía una corriente de energía cuando paseaba por el jardín, cuando cocinaba, cuando miraba a través de las ventanas. ¡Estaba enamorada de la casa!

Llegó a la piscina y al pequeño cenador. Era el único lugar que no le traía buenos recuerdos del todo, aunque después sí mejoraron, porque conoció a Renard. Subió y se sentó en la bancada disfrutando del olor del jazmín y de los dondiegos nocturnos. Puso los pies descalzos encima del cojín y se abrazó las rodillas. Su vida estaba cambiando mucho. Y a mejor.

—Hola, ¿disfrutando de la noche? —Renard se sentó junto a ella. Llevaba un pijama corto e iba descalzo también.

—No podía dormir. Mañana es el gran día, ¿y si falla algo? ¿Y si me equivoco? —Sofía enterró la cabeza entre las piernas.

Renard acarició su cabello deshaciendo la trenza. Después pasó la mano por la espalda desnuda, justo encima del camisón.

—Yo tampoco podía dormir. Pero estoy seguro de que todo irá bien. Confío en ti. —Sonrió mirándola—. Y en mis dotes de vendedor.

—¿Armand y Clara estarán?

—Clara ha vuelto a Marsella. Su hijo pequeño se cayó del caballo y tiene una pequeña fractura, no muy importante. Armand sí estará. Siempre me ayuda con las ventas. Sentí mucho lo que pasó en la boda, Sofía. Él es un poco...

—¿Estúpido? ¿Agresivo? ¿Un cerdo?

Renard sonrió. En verdad ella no necesitaba que la rescatasen. Le gustaba que tuviera tanta personalidad.

—Tienes toda la razón. Es un auténtico machista, rayando en la agresión, pero es mi primo y es un gran vendedor. No puedo decir mucho más. Nunca nadie lo ha denunciado, así que no sé muy bien si hay llegado a hacer algo más.

—Entiendo. —Sofía miró al frente. Las cigarras los acompañaban en su silencio compartido.

Renard siguió acariciando el hombro y después el cuello. Ella ladeó la cabeza dejándose acariciar. Él acercó sus labios al suave cuello inundándolo de besos que erizaron su piel. Se volvió hacia el hombre y él se acercó a sus labios, atrapándolos al instante. Ella abrió la boca dejándose invadir por la suavidad y la humedad que le llenaron de sensaciones.

Él se levantó haciendo que ella le siguiera y caminaron abrazados hacia el balcón de Sofía. Saltaron dentro de la habitación y siguieron besándose. Renard deslizó su dedo debajo de los tirantes para dejar caer el camisón hasta los pies. Siguió besándola y acariciando sus suaves pechos que ya aparecían duros y excitados. Atrapó su cintura y la atrajo hacia sí, haciéndola sentir su propia excitación. Ella le quitó la camiseta y, sin parar de besarse, llegaron hasta la cama, donde Renard recostó a Sofía, colocándose en un lateral donde se iba a dedicar a explorar cada centímetro de su piel, acariciándola, besándola y lamiendo sus rincones más sensibles. Ella se retorció de placer ya desnuda. Él se levantó y se quitó los pantalones, dejando ver su gran miembro. Pero antes sacó un preservativo. Ella lo miró asombrada.

—¿Venías preparado? —No sabía si sentirse molesta o complacida.

—Lo llevo por si acaso, pensando en ti. —Renard se echó junto a ella—. Te deseo, Sofía, mucho, y quiero estar contigo. Al menos estos días. Luego, ya veremos.

—Sí, pasemos unos buenos días juntos, hay que disfrutar del momento —ella le besó y ambos se abrazaron de nuevo.

Él acarició su lugar más íntimo haciendo que ella volviera a retorcerse de placer. Se puso encima de ella para continuar disfrutando y, finalmente, la penetró. Ambos bailaron en horizontal la danza más antigua del mundo, llegando al máximo goce.

## 9

### Nuevas ilusiones

Irina había recuperado la ilusión. Era cierto que en su trabajo no le iba mal, pero el haberse asociado con Sofía le había dado un ímpetu especial. Desde que llegase a vivir a España, no había tenido una amiga tan cariñosa como ella. Sí tenía conocidas, pero siempre había estado inmersa en su trabajo, por lo que ahora, el haber encontrado dos personas que le llenaban tanto le hacía sentirse genial. Primero, una buena amiga, compañera y socia. Segundo, resultaba que se había enamorado como una colegiala de un grandullón alemán que la trataba como una reina.

Si todo iba bien, en septiembre traería a su hijo, Adrián, que vivía en su país con su padre. ¡Le echaba tanto de menos! Además, su exmarido se quería volver a casar y estaba deseando tener más hijos. En el fondo, el niño de siete años le sobraba. Sin embargo, ella estaba deseando estar con el pequeño. Su vida era cada vez más estable, había conseguido la nacionalidad y ya estaba tramitando el viaje del niño ese verano para que aprendiera español, aunque ya veía programas por Internet en el idioma, y poder comenzar el colegio en septiembre.

Lo mejor de todo, y por lo que ella estaba más feliz, era que Hans estaba deseando conocer a su hijo. Aceptaba sus circunstancias, su trabajo, tal y como era ella, con sus cosas. Ella recordó cuando se enamoró de su marido. Era casi una niña y se quedó impactada por el joven deportista. Estaba absolutamente colgada de él y, con el tiempo y la relación, se quedó embarazada. Él se comportó. Se casaron, pero tras una lesión él se quedó sin trabajo y ella emigró a España. De todas formas, cuando ella se fue, ya no eran más que amigos. El amor se había acabado hacía tiempo, a los tres años de



nacer Adrián. Ella los mantenía trabajando muy duro, pero él al final consiguió trabajo y un nuevo amor.

Cuando se lo dijo, le molestó un poco. Suponía que podía tener alguna mujer por ahí, aunque saberlo de su propia boca era otra cosa. Quedaron que a partir de septiembre su hijo viviría con ella, aunque hasta ese momento no sabía cómo lo iba a hacer. Al asociarse con Sofia podría tener más tiempo para estar con el niño. Incluso Hans se había ofrecido a cuidarlo alguna vez.

Dio una vuelta girando en la habitación con las manos abiertas. Se sentía viva y feliz. Miró hacia la cama donde Hans dormitaba todavía. Habían pasado una noche muy buena. Él era grande, pero no torpe. La había besado por mil lugares que ya había olvidado cómo burbujear al excitarse. La había acariciado tan suave que uno no podría imaginar que con esas manos tan grandes pudiera suceder. Cuando hicieron el amor, ella se subió encima de él, abarcando con sus largas piernas el cuerpo del pálido hombretón. Le encantó ser quien dominaba la situación, quien se movía a su gusto, a veces más rápido, otras más lento, con sus manos rodeando sus caderas, encontrándose en su trasero, cubriendo su pecho. Cuando se echó sobre él, sin sacar su miembro, retorciéndose de placer sobre los pectorales del hombre, sintió que estaba en casa.

El hombre abrió los ojos mirando sin disimulada satisfacción a la preciosa mujer que bailaba en el centro de la habitación. ¿Era feliz por él? ¿Podía ser?

Siempre había tenido problemas de relación con las mujeres, a veces por su timidez, otras por su altura. Cuando salió de Alemania tras el diagnóstico se sintió libre. Llevaba muchos años veraneando por España con sus padres y hablaba bastante bien el idioma. Allí la humedad le sentaba muy mal, el frío le iba fatal para su problema de huesos. El seguro del que lo atropelló le cubriría todos los gastos hasta que se muriera, aunque fuera joven. Sus padres no entendieron que quisiera marcharse de allí. Su hermana, tampoco. Y cada día que pasaba se sentía más en su casa. Primero, cuando conoció a Sofia y le ayudó. Pensó que se había enamorado de ella, pero en realidad la veía como una hermana pequeña. Ahora al aparecer Irina todo cambió.

Irina lo miró y saltó sobre él, provocándole una carcajada. Lo destapó y, subiéndose el camisón, se frotó contra él obteniendo el efecto deseado. Era pronto y, aunque era el gran día, tenían tiempo de sobra para un polvo rápido. Ella, ya preparada, abrazó su miembro con su zona más íntima y los dos se movieron al unísono hasta que explotaron en amor.

Ella se echó encima descansando. Había echado tanto de menos el sexo... No sería por oportunidades, era guapa, pero no quería nada sin amor. Sería una antigua, o una romántica, puede ser. Y tampoco estaba segura de si Hans estaba tan enamorado de ella como ella de él. Tampoco se agobiaba, lo verían en el camino.

Un mensaje los sacó del relax. Sofía la esperaba en la cocina. Había mucho que preparar y la morena estaba un poco histérica. Irina se dio una ducha rápida y dejando al vikingo en la cama, salió a la cocina.

—Hola guapa, ¿a que hace un día precioso? —La rubia sonrió deslumbrando a Sofía que también sonreía.

—Vaya, no sabía que Hans era tan competente en la cama. Si lo llego a saber... —bromeó ella.

—No digas eso, mala, que con tu francés te lo pasas muy bien, ¿a que sí?

Sofía sonrió y siguió preparando las verduras para la comida. Habían conseguido bimi e iban a hacer una boloñesa de verduras y en lugar de pasta usaría esa clase de brócoli chino tan delicado. De segundo plato iba a preparar un asado de venado, algo muy especial que le había costado mucho conseguir, pero la gente que venía era también exclusiva y quería atraparles. Cuando se lo dijo a Renard le sorprendió la idea. Ella había visto hacerlo en una ocasión a Manuel y esperaba y rezaba por que le saliera igual de delicioso. De acompañamiento había vuelto a preparar sus verduritas torneadas con una ligera capa de caramelo de azúcar moreno.

Para postre un sorbete de lima refrescante con cava, aderezada con un bizcocho de vainilla y frutos rojos adornando el conjunto. Los franceses llegarían en tres horas más o menos. Cuando llegó el amanecer, Renard se había despedido con un fugaz beso y se había ido a su habitación a ducharse, cambiarse y a salir con Armand, con los dos coches hacia Barcelona, a recogerlos en el aeropuerto.

Irina se encargaría de preparar la mesa lo más bonita posible. Venían el director de la compañía, la encargada de compras y dos de los chefs más prestigiosos de la cadena. Les enseñarían un poco los alrededores y después los llevarían al hotel donde se iban a alojar. Sofía había preparado un cóctel de bienvenida con aperitivos muy delicados, pero estaba de los nervios.

La mañana se pasó volando. El costillar se estaba asando en el maravilloso horno con la sonda dentro para obtener el delicado y crujiente resultado. Lo tenía prácticamente todo preparado. Se cambió la chaquetilla por una recién

limpia. Renard le había traído cuatro para tener cambio, blancas, con el ribete negro color de la casa y bordadas con su nombre.

Llevaba, por supuesto, el pelo bien recogido con una redecilla y su correspondiente gorro, igual que sus ayudantes. La verdad, eran un equipo impecable. Renard estaría orgulloso de ellos.

Armand llegó el primero con los dos chefs, a quienes invitó a unos cócteles de cava que había preparado Sofía. Los sentó en la terraza mientras iba por los aperitivos. Todavía no habían hablado directamente y ella tenía muy pocas ganas de hacerlo. No solo por lo que pasó en la boda de su primo, sino porque era un tipo arrogante y maleducado.

—Bueno, chica, parece que te estás moviendo bien —le espetó cuando ella les daba los últimos toques a los canapés para los franceses.

—Es mi trabajo y lo sé hacer. Llevo muchos años —contestó Sofía secamente.

—Sí, aunque no me refería a eso. Mi primo está tonto contigo. Te lo has tirado, ¿verdad? —Ella se sonrojó—. Ah, ya veo que sí. Claro, tenías más posibilidades que conmigo, ¿no es así?

—Se está pasando. Mejor espere en la terraza. —Sofía cada vez estaba más enfadada.

—Pero lo que no sabes es que él se está divirtiendo igual que yo me hubiera divertido contigo. —Sofía levantó los ojos sorprendida—. Sí, ¿no te lo ha dicho? Está prometido. Y su novia vive allí en Marsella, con él.

Armand la dejó con la palabra en la boca sin saber qué decir o qué hacer. El canapé que estaba montando se le cayó al suelo de la impresión. No es que ella quisiera casarse con él. No es que se hubiera planteado una historia futura. Pero de ahí a acostarse con un hombre que tenía otra relación...

—¡Eso no! —dijo entre dientes. No por ella y no por la otra—. Pero qué cara más dura. ¿Cómo ha podido?

Irina se acercó a ella preocupada.

—¿Qué te pasa, Sofía? ¿Estás bien? Tienes mala cara, y ¡se te ha caído un canapé!

—Ya te contaré. —Los clientes llegaban ya y no era cuestión de empezar a enfurecerse.

Renard entró sonriente, acompañando a la jefa de compras y al director. Pasó junto a Sofía y le guiñó el ojo, pero ella desvió la vista. Aunque tenía ganas de tirarle el plato de canapés a la cabeza, no lo hizo. Ante todo, era una

profesional.

Los jefes se sentaron en la mesa, pero los dos chefs se acercaron a Sofia.

—Nos gustaría que cocinaras algo en directo, no venimos a comer y punto. ¿Es posible? Charles y yo queremos ver cómo funciona el horno, y algunos de los demás electrodomésticos, para eso hemos venido.

—Por supuesto. —Renard se acercó a la encimera—. Sofia podrá preparar alguna cosa, ¿verdad?

—Sí, claro. Tengo un redondo de ternera en la nevera, lo tenía preparado para cenar. Puedo prepararlo en el horno, y también si queréis os puedo enseñar a usar la batidora de varilla.

—¡Sería estupendo! Justo lo que queríamos. —Gustave era el chef que le preguntó.

—Podemos prepararlo antes de comer o después, como queráis —sugirió Sofia.

—Creo que sería mejor después, porque la comida está preparada y sería una pena con todo el esfuerzo de nuestra chef. —Renard le sonrió sin obtener respuesta de ella.

—Claro que sí —contestó Charles—, después del café nos enseñas ese magnífico horno.

Esta vez solo se sentarían en la mesa a comer los jefes, Renard y su primo. Los ayudantes se limitarían a servir la comida. Incluso Irina y su socia no se iban a sentar con ellos. Los verían comer y prepararían los platos. Marc y Suzanne recogerían la vajilla según se fuera usando. Los comentarios eran muy favorecedores y la conversación se animaba cada vez más. Sin embargo, los dos chefs no esperaron al café. Estaban deseando que Sofia les enseñara cómo usar ese magnífico horno. Renard se llevó a los directores a la terraza, a disfrutar del postre y el café. Ella se quedó con sus colegas. Empezó a emocionarse por enseñar sus nuevos «juguetes». En verdad estaba disfrutando por probar cada uno de los botones, las funciones del horno, los diferentes programas de cocinado, y tal era el entusiasmo que los franceses solo podían contagiarse de él. Hicieron un sencillo redondo con verduras y la masa para un bizcocho *red velvet* que tan bien le salía a Sofia.

Allí los encontraron, hundidos en su batidora, completamente absortos en las explicaciones de Sofia.

—Creo que mis chefs van a querer tus hornos. —Sonrió el director de la empresa.

—Sospecho que sí y no solo por mi encantadora chef. —Renard volvió a sonreír a Sofía, consiguiendo que ella desviara la mirada.

—Sí, yo quiero horno, batidora, calienta platos... un poco de todo, porque el equipamiento está muy viejo, muy anticuado —aseguró Gustave a la jefa de compras.

—Y para todos los restaurantes —añadió Charles—. Renard, tal vez puedas enviar a Sofía a dar unos cursos para el resto de los cocineros. Me ha gustado cómo ha explicado las opciones.

—Por supuesto, si ella tiene la agenda disponible y hacéis un buen pedido, está hecho.

—Claro. —Sofía sonrió—. Me encantaría visitar las cocinas de la cadena. He visto algunas fotografías en su web y no pueden ser más bonitas.

El comentario espontáneo de Sofía agradó al director y Armand aprovechó para tomar nota de los pedidos. Sofía sacó el bizcocho del horno y los dos chefs se llevaron un buen pedazo, ya que estaba caliente y no se podía comer.

La semana y media restante pasó volando. Todos los que fueron a la cocina y hablaron con ella engrosaron el libro de pedidos de Armand que parecía hinchado como un pavo relleno.

Después de enviar los pedidos, Sofía viajaría en una especie de tour por Francia e Italia, de donde habían venido los pedidos más importantes. Ella estaba emocionada por esa posibilidad y quizá les abrirían muchas puertas en su empresa.

Durante toda la semana había evitado a Renard. Incluso cuando se acercó por la noche a su balcón, ella le dijo que estaba con la regla y lo echó. Llegó la última noche, justo antes de recoger todo y marcharse a casa. Sofía estaba sentada en la cama leyendo. No se podía dormir. Había sido muy amable con ella, pero había respetado su distancia, «demasiado», se dijo. «Si le importase si quiera un poco, habría preguntado e insistido hasta saber qué me pasa. He sido tan estúpida», movió la cabeza y cerró el libro. Total, tampoco se estaba enterado de nada.

Un ruido fuera de la casa le hizo mirar hacia el balcón. Ahí estaba, todavía con el pantalón y la camisa con las que había invitado a cenar a los últimos clientes.

—¿Puedo entrar? Me gustaría hablar contigo.

—Bueno.

Renard entró acompañado de una botella de cava y dos copas que dejó en la

mesa. Abrió la botella y escanció en las dos copas. Le ofreció una. Ella aceptó. ¿Por qué no?

—Es hora de que hablemos, Sofía. Me has estado evitando toda esta semana y no he querido decir nada por el bien del trabajo. ¿Qué ocurre?

—¿Cuándo tenías la intención de decirme que estabas prometido? —Sofía se levantó y se enfrentó a él.

—Ah, es eso. —Renard se sentó en la silla y se echó para atrás el cabello—. Verás, yo no te dije que quería tener una relación contigo. —Ella dio un paso para atrás—. A ver, entiéndeme, no sé qué habías pensado.

—No, desde luego. —Ella se sentó en la cama por no arañarle la cara—. No pensaba tener una relación, sabía que no éramos ni novios ni nada. Pero nunca voy con hombres que tienen novia. No por ellos, sino por ella.

—Tú me gustas mucho, pero, aunque decidiera tener una relación contigo, no podría. Estoy comprometido con Olive Perigueaux, te sonará el apellido. Es la hija del socio principal. Así que, aunque no puedas pensar que los matrimonios concertados existen en la realidad, lo hacen. Si te hace sentir mejor, ella hace lo que quiere, como yo.

—No, no me hace sentirme mejor. —En realidad estaba más triste que enfadada.

Renard se levantó y se sentó junto a ella, mirándole a los ojos. Acarició su cabello y pasó la mano por la mandíbula suave, hasta llegar al cuello. Ella cerró los ojos disfrutando del momento que imaginaba sería el último. ¿Por qué no?

Se volvió hacia él y se perdió en sus ojos oscuros. Se dejó caer y él la recogió entre sus labios, acariciando su tristeza y convirtiéndola en deseo puro. La recostó sobre la cama y la recorrió con sus labios, haciéndole olvidarse de su nombre. Ambos sabían que era la última vez que iban a estar juntos. La semana había acabado y su tiempo también, así que se entregaron al placer solo por placer.

No había amanecido cuando se despidieron. Renard la miró a los ojos. Seguramente se vieran alguna vez cuando ella visitara la cadena hotelera e hiciera las demostraciones. Pero él ya estaría inmerso en ese mundo tan diferente al de ella. Pensando en negocios, en ventas, en clientes y también en Olive.

Saltó el balcón como había hecho todos esos días, pero no se dirigió hacia su habitación, sino que se sentó en el cenador, allí donde vio por primera vez a

Sofía. Recordó como quiso partirle la cara a su primo por intentar aprovecharse de una joven tan bonita. Después llegó su momento con ella. Lo había disfrutado mucho. De hecho, ella le gustaba demasiado, más de lo que él había pretendido. Era tan distinta a todos, sin impostura, solo era ella. Olive, por el contrario, era todo glamur y sofisticación. Sí, era una mujer también muy inteligente y preciosa, pero ella no le amaba. Simplemente habían acordado casarse por el bien de la empresa y había aceptado encantada. Sabía que ella había estado enamorada de él desde que se conocieron. Fue cuando se asoció con su padre, hacía ya más de cinco años, cuando la empresa necesitó una inyección de capital, ella era solo una joven estudiante de universidad. Al principio no tonteó con ella. Ni siquiera pensó remotamente en tener una relación, pero ella acabó su carrera y se incorporó en la empresa. Poco a poco empezaron a quedar y un día se liaron. No recordaba ni cómo fue. El caso es que ella le dijo a su padre que salían juntos y de repente se vio comprometido. Fue muy ventajoso para la empresa pues, a partir de entonces, las decisiones se tomaban por simple mayoría. Se acomodaron a la situación, pero, después de un año, ella dejó de interesarse por él. Demasiado trabajo y poco tiempo para ella, por lo que comenzó a tener otra vida, otras aficiones, otros hombres. Fue tan sincera que se lo contó directamente y ambos aceptaron la situación siempre que la discreción estuviera presente. Ella le había confesado que no le amaba, pero que sería muy buena idea casarse y llevar la empresa entre los dos. Siempre pensó que Olive era ambiciosa y eso le gustaba de una mujer, pero ahora que había conocido a Sofía, se sentía atrapado en una relación sin futuro. No es que con la joven chef quisiera formar una familia. De lo que sí se había dado cuenta es de que quería enamorarse, quería tener una mujer en su vida y compartir sus pensamientos, hablar cada noche antes de hacerle el amor, o de dormir juntos.

Justo como había hecho con Sofía.

Miró al cielo que ya se teñía con azules y naranjas y se volvió a su habitación para hacer las maletas. Estaba tan confuso que se sentía incapaz de decidir nada. Quizá necesitaba un poco de distancia para pensar.

# 10

## Pintando la vida

Olía a pintura por toda la calle. Una música fuerte sonaba en el local mientras los animados pintores movían el esqueleto y los rodillos, dejando un precioso tono marfil en tres paredes y un elegante color topo en la pared del fondo. Iría muy bien con los muebles lacados en blanco que habían encargado a un comerciante de la zona y que llegarían a la mañana siguiente. Así que se tenían que dar mucha prisa en acabar de pintar y que ese día se secara todo. Por suerte, el calor de agosto se encargaría de ello.

Hans besó a Irina en la frente. Ella llevaba un pañuelo en la cabeza para recoger su pálido cabello. Estaba muy bonita con la cara manchada de pintura y cantando a voz en grito una antigua canción de los ochenta, *Our house in the middle of the Street* de Madness. Él, lógicamente, estaba pintando el techo. Con su altura no necesitaba escalera. Mientras tanto Sofía quitaba la cinta que recubría los zócalos para no mancharlos. El suelo era de madera oscura, así que simplemente lo limpiarían bien. Tenían también el cartel para el local y las líneas de teléfono e Internet se las instalaban en la semana.

Sofía se levantó del suelo y estiró su espalda contemplando el resultado.

—¡Es magnífico! ¡Lo tenemos, Irina!

Ella sonrió a su socia que abrazó a su enorme novio. Un chico de siete años salió corriendo del baño donde había ido a lavarse las manos.

—Mami, ¿ya hemos terminado? —Su graciosa voz con acento ruso encantaba a Sofía.

—Sí, ¿qué te parece? —Irina abrazó a su hijo.

—Me gusta mucho, pero yo hubiera pintado un dinosaurio —contestó, serio, el pequeño.



—Si quieres podemos pintar un dinosaurio en tu habitación —comentó Hans—. ¿Te gustaría?

—Síiiiiiiii —gritó el niño abrazando la pierna del hombretón.

Habían congeniado muy bien desde que hacía diez días había llegado el pequeño Adrián. Le acompañó Mirko, el hermano menor de Irina, que se venía a España a buscar un nuevo futuro. Había estudiado arquitectura allí, en Perm donde habían nacido, pero llevaba varios años sin encontrar un proyecto ni un trabajo. Así que iba a intentarlo en el país que había acogido a su hermana con tanto cariño. Era muy parecido a ella, también rubio y alto, con ojos claros y sonrisa traviesa. Ese día estaba en Barcelona, hablando con un despacho de arquitectos y probando suerte.

—Sofía, se me olvidaba, he recibido dos mensajes desde el contacto de la página web. Me han pedido presupuesto para dos eventos. Son para octubre, así que te dará tiempo a volver de Francia. Puedo ir preparando todo y en cuanto al tema de los menús lo miramos por correo.

—¡Qué bien!, me alegro. —Sofía desvió la vista en cuanto pensó en ello. Quizá lo viera y no tenía ninguna gana. Él no la había llamado, ni siquiera se había puesto en contacto con ella para arreglar su viaje. Había enviado todo el *planning* a través de su secretaria.

Irina la abrazó, comprendía bien cómo se sentía ella.

—Vamos, cariño, olvídate. Piensa en nuestra nueva andadura como empresarias de éxito. Y ¿sabes? Te va a ir muy bien en Francia. Conocerás a chefs famosos allí y vas a obtener contactos, quién sabe si serán valiosos. Y el dinero que vas a cobrar nos vendrá de perlas para dar un buen empujón a la empresa.

—Tienes razón. Es una gran cantidad que nos servirá para pagar los gastos del local y los muebles. Empezar una empresa sin muchos gastos es una gran ventaja.

—Eso se merece una celebración. Esta noche cenamos en mi casa. —Hans sonrió ampliamente a las dos mujeres.

—Esto... Hans, si quieres vamos a tu casa, pero yo haré la comida, ¿vale? No te ofendas, pero he probado alguna cosa que has cocinado y bueno. —Sofía puso la mano sobre su hombro, para darle ánimos.

—Yo estoy de acuerdo con Sofía, cariño. Nosotros ponemos el vino y compraremos helado, ¿de acuerdo?

Hans se resignó sonriente y quedaron para la noche. Sofía fue al mercado a

comprar algunas cosas y después a casa a ducharse. Hacía ya tres semanas que se había despedido de Renard. Tres semanas sin saber nada de él. Salió del mercado de Cambrils cargada con dos pesadas bolsas. Había dejado su apartamento y se había mudado al lado del de Irina, también en Cambrils, cerca del puerto, donde tenían el local. Tuvo una suerte increíble de encontrarlo. Hans también se trasladó, pero con la rusa. Quizá era muy pronto, se conocían desde hacía poco, pero querían intentarlo y estaban deseando vivir juntos. Irina tenía un pequeño apartamento de dos habitaciones, el de Sofía era similar, y estaban en el mismo rellano. Ahora que había llegado Mirko dormía con su sobrino y Hans e Irina compartían habitación. Claro que su hermano se mudaría en cuanto consiguiera trabajo.

Todos habían comenzado una nueva etapa en sus vidas, llenas de felicidad y nuevas perspectivas. Excepto ella. Aunque el trabajo iba muy bien.

Iba tan sumida en sus pensamientos que casi tropezó con un hombre que salía de un local cercano.

—Perdona, lo siento —Sofía se disculpó y al levantar la vista, reconoció al joven.

—¡Sofía! ¡Cuánto tiempo! —El chico sonrió ampliamente.

—Hola, Sergio, me alegro de verte. ¿Qué tal tu viaje de novios?

—Genial, fue alucinante conocer a toda la familia de Talía. ¿Qué tal te fue con mi hermano? Me dijo que trabajarías para él.

—Ah, fue bien. —Sofía se sonrojó y miró al suelo.

—Eso no tiene muy buena pinta. ¿Quieres tomar un café? Tengo una hora antes de entrar a trabajar.

—Bueno, bien.

Se sentaron en una terraza y pidieron dos cervezas.

—Cada vez que me acuerdo del episodio de la playa, me entra la risa —comenzó él—, aunque entonces lo pasé mal. Si no llega a ser por ti, hubiera pasado un rato muy malo. Te debo una.

—Bueno, no tiene importancia, supongo que cualquiera hubiera hecho lo mismo, y estabas muy gracioso.

—Sí, mis amigos iban a recogerme un poco más tarde. Querían hacerme sufrir un rato. Se sorprendieron mucho cuando no me vieron. —Sergio rio—. No sabían qué hacer. Llamaron a mi hermano asustados y él les dijo que estaba bien, que alguien me había rescatado.

—Es algo que podrás contar a tus hijos, cuando sean mayores, claro.

Ambos rieron y brindaron con la caña.

—Y dime, ¿qué planes tienes ahora? ¿Cómo está Irina?

—Nos hemos asociado y hemos comprado un local aquí, cerca del puerto. Me gustaría mucho que te pasaras. Gracias a ti y tu boda conocí a Irina, así que también yo estoy agradecida. Aunque yo voy a viajar durante el mes de septiembre por algunas de las mejores cocinas de Francia.

—¿No me digas? ¡Eso es una gran noticia! Yo conozco algunos de los clientes de la empresa de mi hermano y son muy importantes. Quizá te venga bien para la empresa.

—Sí, eso espero. Aunque ya tenemos algunos pedidos. Irina ya tenía clientes y como ofrecemos el servicio de catering, creemos que pronto serán más.

—Me alegro, Sofía, de verdad que sí. —Sergio hizo una pausa—. Antes, cuando te he preguntado qué tal con mi hermano, te has quedado muy seria. Me contó lo de Armand, ¿él no habrá hecho algo similar? Mi hermano es muy serio, pero siempre ha respetado a todo el mundo.

—No, qué va. No va por ahí. La verdad es que no hubo problemas con tu hermano. Trabajamos muy bien juntos. —Sofía calló tomando un sorbo de cerveza.

—Tu cara no me dice que estuvieras muy bien. Vamos, yo conozco a mi hermano y sé que es un tirano, pero es buena gente. ¿Te ofendió? —Sofía negó con la cabeza—. ¿Te liaste con él? —Ella miró el vaso ya vacío—. ¡Vaya! Te liaste con él. ¿Te has enamorado?

—No, no es eso —se apresuró a negar ella, aunque no lo tenía tan claro—. Es que me mintió. Yo no sabía que estaba comprometido.

—Ah, es por eso. Llevan comprometidos muchos años y, si te digo la verdad, excepto el primer año, no los he visto nunca juntos como una pareja. Cada uno hace su vida, ¿no te lo dijo?

—Sí, algo me dijo. Es igual, Sergio. Él es un gran directivo de una empresa importante. Yo me estoy buscando la vida con la mía. Él vive en Marsella y yo aquí. No somos compatibles. —Ella se encogió de hombros—. De todas formas, tampoco es que yo me hiciera ilusiones.

—Mira, Sofía, cuando yo conocí a Talía, mi hermano me echó una buena bronca, y eso que ella era directiva de una gran compañía. Cuando empecé medicina, me llevé una también por su parte. Mi madre me apoyó, pero a mi padre tampoco es que le hiciera mucha gracia. Todos esperaban que me incorporara a la empresa. ¿Ves? Cada cual tiene que llevar su destino. Y tú

igual. Si el destino de mi hermano es estar contigo, estaréis.

—Eres un romántico, Sergio. Se nota que estás muy enamorado de tu esposa. No te preocupes, realmente no somos compatibles.

—Me gustaría quedar algún día, Sofía, con mi esposa y con Irina. ¿Qué tal el grandullón?

—No vas a creerlo, pero Hans e Irina están juntos.

—¿En serio? Me alegro.

—Estaba pensando... Justo en quince días hacemos la inauguración del local. ¿Por qué no os venís los dos? Y si quieres traer a algún amigo, encantados.

—Vale, espero que no tener guardia, o si la tengo, la cambiaré. ¿Qué día es?

—El veintisiete. Es sábado por la tarde. Ojalá podáis venir.

—Sí, haremos lo posible. Y por mi hermano, no te preocupes, hablaré con él y...

—¡No! Sergio, no quiero que hables con él. De verdad que no pasa nada. Además, puede que haya otra persona. —Sofía desvió el tema.

—Ah, bueno, está bien. Entonces nos vemos en quince días.

Se levantaron y Sergio dejó el dinero de las cañas en la mesa. Sofía se fue para su piso. La conversación con el chico le había dado qué pensar. Pensar en posibilidades. Tal vez no fuera tan complicado estar con Renard, aunque, de todas formas, él no había dado señales de vida. Había vuelto a su vida y ella a la suya. Tal vez fuera mejor así.

El nuevo piso tenía una cocina cuadrada muy agradable. Era un sitio que daba a una calle tranquila, un poco alejado de la zona más turística, pero era luminoso y no demasiado viejo. De momento Sofía estaba de alquiler, pero, si las cosas iban bien, tal vez hablara con el dueño para comprarlo. Sacó toda la compra de las bolsas y la fue guardando en su sitio. Prepararía un lenguado relleno de gambas con una salsa blanca y una crema fría de puerros. Por el niño no habría problema. Era un crío que comía de todo y muy educado.

Se dio una ducha y ya tenía la cena casi preparada cuando sonó el móvil.

—Hola, Sofía, soy José, ¿qué tal estás?

# 11

## Decisiones

Renard miraba su reloj, impaciente. Llevaba ya seis horas trabajando y le parecían doce. Reunión tras reunión, discutiendo con los accionistas sobre los próximos pasos y el principal oponente, Jacobs, insistiendo en fusionarse con la compañía china.

Desde que había vuelto, aun a pesar de haber conseguido el sesenta por ciento de la facturación de este año, seguían insistiendo en la alianza. No comprendían que la empresa la fundó su padre, y que deseaban mantener el control sobre ella. Por suerte contaba con el padre de Olive y, de momento, no habían perdido ninguna votación, pero cada vez le dolía más la cabeza con este tema. Masajeó sus sienes y revisó de nuevo las cifras. No eran malas. Quizá cuando Sofía fuera a los restaurantes pudieran comprar más material. Tendría que hablar con ella.

Se levantó enfadado de su caro sillón de cuero. Su despacho estaba en la planta diez del edificio y era de lo más lujoso. Las nubes del horizonte eran tan negras como su humor. Una fina lluvia comenzó a caer.

Tenía que haberla llamado, decirle algo, cualquier cosa. Pero después de casi un mes ya era demasiado tarde. Su secretaria, Christine, había sido la encargada de hacerle llegar toda la documentación por correo. Sabía que se había mudado y que habían comprado un local en Cambrils, que había constituido una empresa. Se alegraba por ella. Lo bueno, o lo malo, no sabía bien, era que él tenía que volver a verla en Francia. ¿Quería verla? ¿Quería volver a tener una relación con ella? ¿Quería algo más? No tenía ni idea, pero el sentimiento que fuera le revolvió el estómago y le impedía descansar.

Un golpe en la puerta de su despacho le hizo volverse. Una preciosa mujer

entró trajeada y con su delicado ceño fruncido. El cabello rojizo caía sobre su pecho y su espalda en perfectas ondas. Olive era toda una belleza.

—¿Te has vuelto loco? ¿Por qué te niegas a escuchar a Jacobs? Me ha dicho mi padre que ni siquiera has considerado la propuesta de Fai Wang. Me gustaría que la revisases.

—Hola, Olive, yo también estoy bien —contestó elevando una ceja.

—Hola, Renard. Me alegro de que estés bien. Mira el informe. —Ella soltó una carpeta en su mesa—. Solo te pido que lo leas y que lo consideres. Hay muchos millones en juego.

—Lo sé, y lo he leído. No nos interesa.

—¿No nos interesa o no te interesa a ti? Me parece que lo único que quieres es no perder la dirección. Pero ¿no te das cuenta de que ellos te querrían como director igualmente? ¿O eres demasiado orgulloso?

—No se trata de orgullo. —Renard se envaró—. Se trata de mantener una empresa familiar, nada más. Pensé que, como hija de uno de los mayores accionistas, podrías entenderlo.

—Si lo entiendo, cariño. —Ella se acercó y puso su delicada mano de perfecta manicura en el hombro tenso de su novio—. Solo te pido que lo leas, que consideres las posibilidades. Ellos están muy interesados en nosotros. Desean introducirse en Europa y podemos poner las condiciones que deseemos.

—Está bien. De todas formas, no podemos tomar una decisión a la ligera y, en un par de días, me voy de ruta por los restaurantes. No voy a ir a todos, pero sí a París y a Toulouse. Allí están los directores de compras. Puede que consiga más ventas.

—¿Sabes que si nos fusionásemos con Wang entraríamos en el mercado asiático? ¿En Rusia? ¿En Tailandia? Los Wang tienen los contactos, nosotros el material.

—Está bien, Olive —contestó Renard molesto—. Lo voy a mirar, pero no te prometo nada.

—Algo es algo. Por cierto, ¿quieres venir esta noche a casa? Hace días que no estamos juntos. —Ella acarició su brazo.

—Hace meses que no estamos juntos, Olive, puede que un par de años. ¿A qué viene esto? ¿Ya te has cansado del último?

—No seas duro, tú también haces lo que quieres, ¿no? —Renard la miró enfadado—. Sí, Armand me dijo que te tiraste a la cocinera. No me importa,

debes desfogarte de vez en cuando. Además, las ventas fueron muy bien. Supongo que se lo hiciste bien.

Los ojos del hombre se convirtieron en dos pozos sin fondo. Prefirió no contestarle. Se había ofendido mucho. Se fue hacia la puerta y la abrió sin decir nada. Ella salió dignamente con media sonrisa en su rostro. Por primera vez en su vida, lo había sacado de sus casillas.

Renard cerró la puerta y se sentó de nuevo. Cerró los puños deseando golpear a alguien o algo. «¿Cómo puede pensar que he usado a Sofía de esa forma? ¡Voy a matar a Armand!». Él sería un estupendo saco de boxeo para desahogarse. Sacó una botella de agua del cajón de su mesa. Tenía que tranquilizarse. Sin saberlo, ella había dado en el clavo porque si él se sentía tan mal era porque en el fondo pensaba que había utilizado a Sofía. No con el fin que ella había dicho, pero, al final, se había comportado como un cerdo. Le había mentado y luego no había sido capaz de decirle algo.

Quizá en el viaje pudiera hablar con ella. Si es que no estaba tan enfadada por su ausencia de comunicación como para ignorarle. Tenía mucha personalidad y desde luego no era una chica sencilla.

Su secretaria le informó de que Armand estaba fuera y quería hablar con él. Ya se le habían pasado las ganas de partirle la cara por decirle a Olive lo de Sofía, pero tampoco quería verlo. Cogió aire y lo soltó de golpe para tranquilizarse. Armand entró en su despacho sonriente y, como siempre, impecable.

—Hola, primo. Me he encontrado con Olive, ¿qué le has hecho?

—Más bien la pregunta es ¿por qué le has contado lo de Sofía? Yo no me meto en tu vida. —Renard apretó los dientes por no decirle lo que pensaba.

—Lo sé, lo sé. No tenía que haberle dicho nada, pero no se enfadó. Yo sé en qué condiciones os relacionáis. Por eso pensé que daba igual, que se alegraría de que tuvieras algo de sexo. Eres un ermitaño, solo trabajando.

—A veces no sé si eres un estúpido o demasiado listo. —Renard se sentó de nuevo en su sillón agotado.

—Eso solo lo puedes saber tú, ¿no? Tú lo sabes todo. —Armand tenía el rostro sin expresión—. Bueno, ¿has mirado la propuesta de Wang? Me gustaría que le dieras una oportunidad.

—Ya le he dicho a Olive que lo miraré, no hace falta que estés detrás de ella como un perro.

Armand ya no siguió escuchando a su primo. Se giró y salió de su despacho

sin decir nada. Lo había ofendido, claramente, pero estaba harto de sus conspiraciones. Su padre le había dejado todo el negocio cuando se jubiló y decidió trasladarse a España con su segunda esposa, que quería estar con su hijo. Él solo tenía veintinueve años, y, aunque ligado a la empresa, todavía no se sentía preparado. No le quedó otro remedio que hacerse con los problemas de una gran empresa, de los accionistas y de todo lo que conlleva ser un director general, entre otras cosas, trabajar más de diez horas al día.

Esta vez tendría que hablar con él porque estaban arrinconándole. Su padre nunca quiso vender la empresa ni fusionarse con ninguna otra. El abuelo había fundado la fábrica Milleur de ollas y sartenes, y el padre la llevó a un nivel que nunca podría haber imaginado. Ahora su hijo, ¿la vendería a otros? Si su abuelo viviera, se horrorizaría.

Miró la hora. Su padre estaría a punto de cenar. Lo llamaría a casa. Marcó sin pensar más. Necesitaba saber qué opinaba con respecto a la fusión. Hasta ahora le había dado largas, pero quería saber si estaba a favor. «¿Quizá me estoy empeñando en no hacerlo y a él puede que no le importe?» El tono del teléfono daba no ocupado.

—¿Sí? —Una joven voz contestó.

—¿Hola? ¿Serge?

—¡Hermano! Qué alegría escucharte. —Sergio siempre era muy efusivo con su hermano—. ¿Qué tal estás?

—Estoy bien. Quería hablar con nuestro padre. ¿Se puede poner?

—Sí, pero un momento. Quería decirte... Yo no quiero meterme, pero...

—Pero qué. —contestó Renard impaciente. ¿También él se iba a meter en su vida?

—Me he encontrado con Sofía. La vi la semana pasada.

—Ah. Bueno. ¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? Te acostaste con ella —Sergio susurró para no ser escuchado.

—¿Ella te lo dijo?

—Pues no. Lo adiviné yo al preguntarle por ti. De qué vas, ¿acostarte con mujeres y luego no decirles nada ni llamarles?

—Tú ya sabes mi situación —respondió pacientemente a su hermano.

—Sí, y es una mierda de situación. Podrías dejarlo. Ella es una chica estupenda. Dentro de poco inaugura su local. ¿Y si vienes?

—No. La veré durante la gira. Es una buena chica, y me gusta, pero mi vida



es complicada.

—Renard, tienes treinta y ocho años. Una novia que no te quiere. Posiblemente te cases con ella. Vivas en una casa grande e incluso tengas hijos. Puede que sean tuyos. ¿Esa es la vida que quieres?

—No me queda otro remedio. Como sabes, hay una empresa que llevar y pásame a nuestro padre. No tengo más que hablar.

—Está bien, hermano. Pero estás desperdiciando tu vida. La vida es más que trabajar y amasar dinero.

Sergio le llevó el teléfono a su padre que estaba sentado en su sillón favorito. Apenas se podía mover por la artrosis. Su hijo pequeño estaba preocupado.

—Tu hijo mayor.

—¡Hola, Renard! ¿Qué tal estás?

—Estoy bien, padre. Voy a ir al grano. Es por el tema de la fusión.

—Ya veo. Pero te dije que decidieras tú. Yo ya no estoy dentro de la empresa.

—Los accionistas, Jacobs, e incluso Armand y Olive, quieren que lo hagamos, pero yo no lo tengo muy claro.

—Siempre has tenido un gran instinto para los negocios, hijo. Por eso te dejé al cargo. Tú eres el que tiene que decidir si será bueno para la empresa o no.

—Económicamente supongo que sí sería bueno. No tengo claro si querrían cerrar la fábrica de Aubagne y pasar la producción a alguna de las fábricas de Wang, en China. Ellos serían los principales accionistas y podrían decidir, por mucho que respetasen mi puesto.

—¿No puedes negociarlo?

—Hay ciertas cosas que no se pueden negociar, pero tengo dudas.

—Hijo, decide tú.

—Veré. Y ¿qué tal estás? ¿y tu esposa?

—Estamos bien. Nos encantaría verte.

—Me voy a Francia a seguir vendiendo. Estaré durante septiembre viajando, pero, si puedo, en octubre iré a verte.

—De acuerdo, hijo. Confío en ti.

Renard colgó sin haber conseguido nada con respecto al negocio. No sabía si fusionar era importante o no para su padre. Había dejado la decisión en sus manos. No era muy justo, a decir verdad. Demasiada responsabilidad siempre en sus manos.

Pero lo que le había hecho dar un vuelto al corazón era lo que le había dicho su hermano. Claro que su vida era penosa, al menos era la conclusión a la que había llegado esas últimas semanas. Era un esclavo de su trabajo, sin tiempo para disfrutar, para pensar o pasear. Como había hecho cuando estaba en su finca. Quizá, si no fuera quien era, podría haber intentado algo con Sofia. La responsabilidad le pesaba más que nunca. Cogió su americana y salió hacia su lujoso apartamento donde nadie le esperaba.

Al menos, pronto la iba a ver. Podría hablar con ella, ver qué opinaba de su situación y quizá incluso retomar lo que dejaron. Sí, estaba deseando salir de viaje.

# 12

## Un encuentro no deseado

Sofía condujo de prisa hacia Hospitalet. Hans le había dejado el coche para que visitara a su antiguo jefe. Hacía casi un mes que no lo iba a ver, pero ahora había una buena razón. Hacía unos días que le había llamado José, su hijo, su antiguo amor, el que se había largado con el dinero del traspaso sin despedirse. Ese sinvergüenza. Se tenía que asegurar de que no venía a quitarles lo poco que les quedaba. Su jefe estaba muy mayor y su esposa tenía algo de demencia. Dos personas de las que se podía aprovechar sin duda. Le había llamado desde Ibiza diciéndole que ese día llegaba a casa. Así que ella avisó a Manuel para decirle que ella estaría allí. Le daban ganas de llamar a la policía, aunque ¿qué motivo iba a dar? Él lo había hecho de forma que todo había sido legal. Poco ético, pero legal.

Cogió el desvío de Hospitalet y salió a la rotonda de la entrada. Se metió por la Vía Augusta hasta el Carrer del Ferrocarril, que es donde vivían Manuel y Luz. A esas horas de la mañana aparcó fácil y llamó al portero automático.

Esperó impaciente a que le abrieran. A Manuel cada vez le costaba más levantarse del sillón. Pronto tendrían que plantearse tener ayuda para los dos o solicitar una residencia. No sabía qué tal iban de dinero, pues él tuvo que contratar una señora que le ayudase con su esposa. El zumbido del portal le indicó que la puerta ya estaba abierta. Subió el primer piso por las escaleras sin esperar al ascensor. Temía que José hubiera llegado ya. A saber qué se llevaba ahora. Llamó al timbre y, como esperaba, le abrió él.

—Hola, Sofía. Me alegro de verte.

Ella miró al que había sido su primer amor. Estaba moreno y tenía muy buen

aspecto. Siempre había sido guapete, pero ahora parecía un modelo. Estaba muy musculado y llevaba el pelo largo, por los hombros. Ella pasó sin decirle nada.

Manuel y Leia estaban sentados en el sofá. Parecían contentos. Era su hijo, claro, era comprensible. Ella permaneció de pie esperando a que el chico cerrara la puerta.

—Estás estupenda, Sofía. Muy guapa.

—Déjate de tonterías. Después de estos meses de no saber nada de ti, ¿a qué has venido? ¿A llevarte lo poco que les queda a tus padres? —Sofía se enfrentó a José.

—¡Sofía! No digas eso —Manuel la interrumpió—. Deja que te explique. Siéntate, por favor.

Ella se sentó junto a ellos y José se sentó en una silla justo enfrente.

—Ante todo, quiero pedirte disculpas a ti también. A ellos también se las pedí. Sé que me he portado muy mal y que me cegó el tema del dinero. Pero quiero explicarte por qué lo hice. —Su voz suave no calmó a Sofía.

—Muy buena tiene que ser la explicación para que lo entienda. —Sofía seguía tensa.

—Ay, Sofía, cómo eres. No tengo una buena explicación, tengo un motivo. Cuando trabajaba en La Ballena estaba muy agobiado. Tú sabes que empecé a salir de ahí. Conocí a dos tipos que iban a montar un restaurante en Ibiza, algo de lujo. Vi la oportunidad, Sofía, pero tenía que decidirme pronto y simplemente lo hice. Sé que fue precipitado. El caso es que yo seguí mi dinero. No iba a dárselo sin más.

—Y han pasado cuánto, ¿ocho meses? Sin llamar, sin hablar, nada.

—Yo sabía de mis padres. Alguna vez los llamé. Sé que tenía que haberte llamado a ti. Lo siento. Pensé que no querías hablarme.

—Igual la primera vez no te hubiera hablado, pero quizá si hubieras insistido... —Sofía apenas retenía las lágrimas.

—Tienes razón. Déjame terminar. El restaurante fue un éxito. He estado trabajando muchas horas todo este tiempo. Casi muero de éxito. Tuvimos la oportunidad de traspasarlo hace unos días. He cuaduplicado la inversión y he venido a devolverle a mis padres lo que se merecen, que es la mitad de lo que obtuve de La Ballena. Y quiero darte a ti una cuarta parte. Creo que te la mereces, por lo mucho que trabajaste.

Sofía no dijo nada. Se quedó vacía de palabras. No se esperaba esto.

Pensaba que él volvía para llevarse los pocos ahorros de sus padres, pero ahora les iba a dar un dinero muy necesario en esos momentos. Quizá así pudieran tener una segunda persona que les ayudase.

—No necesito tu dinero. Mejor dáselo a tus padres. Ellos lo necesitan.

—Pero quiero compensarte —insistió José.

—No se puede compensar con dinero dejar colgada a la persona con la que estás saliendo, sin decirle nada, sin llamarle, sin ponerte en contacto durante varios meses.

—Lo siento, Sofía, qué más puedo decir. —Él se levantó y se puso casi de rodillas delante de ella.

—No puedes decir nada. Solo te digo que te vigilaré, no vayas a joder a tus padres de nuevo. Hablaré con la trabajadora social y con el del banco. Espero que no hagas nada que me haga denunciarte.

—Sofía, por favor. —Él le tomó la mano.

—¿Se van a casar? —Su madre levantó la vista de su labor al ver a su hijo de rodillas delante de la chica.

—No, Leia. Me tengo que ir. Me alegro de veros. —Sofía besó a los ancianos y miró de soslayo a José, a modo de advertencia.

Él la siguió hasta la puerta.

—De verdad, Sofía. He cambiado.

—Uno no cambia así, tan rápido. Eres un miserable y lo seguirás siendo.

—Te lo demostraré. Te demostraré que he cambiado. Te lo juro. Y volveremos a estar juntos. He pensado mucho en ti. —José se acercó a ella acariciando su pómulo. Ella cerró los ojos.

—¡No! No volveremos.

Salió de la casa y bajó las escaleras más trastornada de lo que pensaba. Había estado con José varios años, los más importantes de su vida, fue su primer amor serio. Se paró en el portal. Las piernas le temblaban y el corazón parecía que se le iba a salir del pecho. El teléfono le sonó. Era Hans.

—Hola, ¿qué ha pasado? —El chico parecía preocupado—. Te tenía que haber acompañado.

—Ya está, Hans. —Ella caminó hacia el coche—. Ha vuelto según él con mucho dinero porque ha traspasado el restaurante de Ibiza. Dice que quiere devolverles a sus padres la mitad del traspaso. Incluso quería darme a mí también dinero.

—Y lo habrás rechazado, conociéndote.

—¡Claro! ¿Cómo lo iba a aceptar? Tú sabes lo mal que lo pasé cuando él se fue. Eso no se compensa con dinero. —Sofía escupió casi la última palabra.

—Lo sé, querida. Pero ahora cualquier ingreso es bienvenido —explicó pacientemente.

—No. Cualquiera no. Me voy para allá.

—Ten cuidado.

Sofía estaba tan furiosa. Abrió el coche y se sentó. Debía tranquilizarse, porque no era cuestión de conducir enfadada y tener un accidente. Lo que le faltaba. Arrancó y se fue al centro de salud para hablar con la trabajadora social que llevaba a la pareja. Así por lo menos sabía que estarían vigilados. Le llevó un ratito que la atendieran, pero finalmente le explicó todo. Ella le prometió que les iría a visitar todas las semanas. Llamó también a Felipe, su amigo del banco, y le explicó la situación.

—Ya sabes que no te puedo decir el saldo de Manuel, pero sí te diré que su hijo les ha ingresado una gran cantidad en su cuenta. De todas formas, lo vigilaré.

Ella se sorprendió. No había creído a José cuando le dijo lo del dinero. Tal vez estaba diciendo la verdad. Pronto llegó a su casa donde la esperaban Hans e Irina. Les explicó todo, incluyendo lo del banco.

—Quizá tengas que darle una oportunidad, Sofía. —Su amiga le tomó de la mano.

—Eres una romántica, amor. Ese tipo dejó hecha polvo a esta mujer. No se la merece. Pasamos muy malos días, ¿verdad? Los recuerdo bien. Apenas salía de casa. Ten en cuenta que se quedó sin trabajo y sin pareja a la vez.

—No hace falta que lo recuerdes tanto, Hans. No es necesario. Y la gente cambia.

Sofía se fue al baño a lavarse la cara. Se miró en el espejo reprochándose su actitud. De repente se había encontrado defendiéndolo. Quizá todavía sentía algo por él. Se sentía confusa. De todas formas, el tiempo sería el que pondría las cosas en su sitio.

Esa semana tenía que ocuparse básicamente de la inauguración porque al día siguiente a la misma, tenía que hacer las maletas para salir hacia Francia. Y preparar bien el catálogo de productos de los que tenía que hacer las demostraciones.

Salió del baño. Sus amigos la estaban esperando en la mesa para comer. Mirko acababa de llegar de Barcelona con buenas expectativas, aunque no

sabía nada todavía. Estaba jugando con Adrián. De repente, había pasado de estar más o menos sola a tener una familia, una hermana, un hermano y, a lo mejor, dos amores. Sonrió más tranquila. Primero abordaría el tema de la inauguración, y luego ya vería.

La comida se centró en la inauguración. La cocina del local estaba ya prácticamente montada. Eso había sido una gran inversión porque, si bien es cierto que habían pintado el local ellos mismos, la cocina industrial que habían preparado en el local adjunto que tenía salida de humos era bastante grande y profesional. Por suerte muchos de los electrodomésticos eran un regalo de Milleur. Estaba deseando ponerse a cocinar con ellos. El resto tuvieron que comprarlos. Cámaras, mesas, el suelo especial, el aire acondicionado, todo eso les iba a costar pagarlo. Así que el *tour* era una buena inyección de dinero.

A la inauguración iban a invitar a mucha gente. Prepararían un catering muy delicado con bocados de lujo, tanto dulces como salados. Una buena amiga que hacía tartas había preparado una mesa dulce, ya que a Sofía ni remotamente le daba tiempo y de paso ella se promocionaría. La iban a incluir entre sus colaboradoras. Marc y Suzanne les ayudarían ya que también iban a participar en la empresa. Delante del local había una zona amplia y habían pedido permiso al ayuntamiento para montar unas mesas altas y dejar allí el cóctel de bienvenida. Habían comprado unas vallas blancas con las que rodearían toda la zona y guirnaldas con banderolas y luces led para iluminar. Incluso tenían preparadas una pequeña carpa en el almacén y algunas sombrillas por si hacía mal tiempo.

Hans insistió en ponerse en la puerta y dejar entrar solo a los que llevaban invitación. Con su aspecto nadie intentaría colarse, aunque en eso estaban en desacuerdo. Irina quería invitar a todo aquel que se acercase. No importaba si tenía o no pase. Quería ser una buena vecina. Sofía y Hans no pensaban igual.

Mirko había diseñado unos preciosos folletos para que la gente se los llevase y conociera la empresa, con su logotipo de la empresa «Un plan para ti», en colores pastel y con un pequeño quiosco muy mono como logotipo. Tenían varias cajas en el almacén preparadas y, para todos aquellos que los visitaran, tenían un cucurucho de dulces caseros en una bolsa de papel, un kit de bienvenida que llamaba Sofía. Se habían gastado un dineral en la inauguración, pero querían comenzar a lo grande. Ambas confiaban en su idea,

porque no había nadie más que hiciera lo que ellas en la zona y porque, nada más inaugurar la web, con un poco de publicidad, habían recibido más de tres mil visitas, con once presupuestos solicitados y tres confirmados. Era un buen comienzo. Irina calculaba que tendrían que contratar más gente en breve.

Miró a Hans que hablaba y reía con su hermano y su hijo. Habían congeniado de maravilla con el grandullón, que ya era parte de la familia. Incluso su hermano, algo más conservador con la idea de la convivencia con el alemán, no había puesto pega a que durmieran juntos. De todas formas, él probablemente se iría a vivir a Barcelona.

Hacían un buen equipo y esperaba que nunca pasara nada que lo estropease. Incluso cuando Mirko le preguntó si Sofía tenía pareja, ella le dijo que sí, y que ni se le ocurriera poner un ojo sobre ella. No quería ese tipo de problema si por alguna casualidad rompían.

En dos días verían si todo funcionaba. Muchas personas habían contestado confirmando su asistencia, incluso los alcaldes de las poblaciones de alrededor se acercarían. La rusa había conseguido muchas y buenas relaciones a lo largo de todos estos años y, además de ser una persona encantadora, sus trabajos siempre resultaban ser impecables.

Irina revisó todo. El local ya estaba preparado, la cocina lista. Lo que le preocupaba ahora era su amiga, que sufría de mal de amores. Esperaba que pudiera aclarar todo y ser feliz, tal y como era ella.



# 13

## La inauguración

La tarde era el reflejo de la felicidad de Irina: espléndida y radiante. La sonrisa no desaparecía de su rostro en ningún momento. Las guirnaldas se movían solo un poco por la ligera brisa y una música suave de un viejo tocadiscos con canciones de grupos de los ochenta y noventa sonaba en la calle. Mirko se había ofrecido a cambiar los discos de vez en cuando, sin dejar de vigilar a Adrián, que correteaba entre las mesas vestido con una elegante camisa blanca de elefantes en diferentes tonos de azul y bermudas de color azul marino. Su rizado cabello rubio estaba aplastado por la espuma para el pelo que le había puesto su madre. Había prometido portarse bien, aunque todos tenían serias dudas. Marc y Suzanne distribuían los canapés y aperitivos en los platos de cartón en toda la mesa de la cocina. Eran platos del mismo color de la marca. Todo iba a juego, incluso Irina iba de blanco con un broche de su logo.

Sofía había decidido vestirse de azul celeste, que a su color de pelo y sus ojos le favorecía muchísimo. Estaba preciosa con su coleta alta y su vestido de tirantes atado en la nuca. Había cogido un poco de tono en la piel y el escote en uve le favorecía mucho. Incluso se había puesto unas plataformas con tacón. Nada que ver con los tacones altos de Irina, pero no estaba acostumbrada a ellos y así se sentía más segura. La gente comenzó a llegar a las siete. Ellas los recibían con una fresca copa de zumo de piña o zumo de mango sin alcohol. Iban pasando al interior de la terraza, miraban el local, e incluso visitaban la preciosa cocina que tenía la puerta abierta para que pudieran echar un vistazo. Los alcaldes y otras personas importantes de la zona habían llegado y elogiaban el montaje del negocio.

Sofía hablaba tímidamente con algunos. También invitaron a clientes de La Ballena y, por supuesto, se alegraban por ella. Aunque no estaba segura de si Manuel iba a venir, apareció junto a José. La madre se había quedado con una vecina, explicó él.

—¡Estás preciosa, Sofía! —José le dio un beso muy cerca de su boca, provocando en ella una agradable sensación.

—Sofía, hija, ¡lo has conseguido! —Manuel la abrazó después—. No sabes lo que me alegro de tu triunfo.

—Gracias a los dos por venir. Bueno, estamos empezando, ¡ya veremos! —Ella sonrió feliz por verlos. José estaba muy atractivo, con su camisa blanca remangada y sus vaqueros desgastados.

Les hizo pasar al local para mostrárselo y sentaron a Manuel en una silla, junto a Mirko y Adrián, para que no se fatigase.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —José la tomó de la cintura, atrayéndola hacia él. Sofía miró a su alrededor. Parecía que los invitados estaban atendidos.

—Cinco minutos. No puedo dejar a Irina sola en estos momentos.

—Me valen.

Sofía tomó de la mano a José y se lo llevó hacia el patio de atrás, en la salida de la cocina donde descargarían los camiones. Allí estarían tranquilos.

—Te escucho.

José se puso delante de la chica que se apoyaba en un macetero alto. Acarició su hombro bajando desde el cuello y tomó su mano para ponerla en su corazón.

—Pensé que querías hablar —tartamudeó Sofía.

—Quiero que escuches a mi corazón. Está latiendo por ti. —José parpadeó y acercó su rostro al de ella, atrapando sus labios. Ella no se resistió. Quería saber si sentía lo mismo que hacía unos años.

Renard había bajado del avión nervioso y expectante. Sergio le había dicho que ese día era la inauguración y se decidió a ir en el último momento. Le había costado una buena cantidad conseguir una plaza en el avión. Por suerte en las de primera clase siempre había libres. Apenas había cogido una bolsa con cuatro cosas que subió en el coche de alquiler que le esperaba en el aeropuerto. Le quedaban dos horas para llegar, pero le daba tiempo. Incluso podría ir a la finca y darse una ducha. Estaba sudoroso y quería causar la mejor impresión posible a Sofía. Después de más de un mes sin haberla

llamado, sin un solo correo, tendría que dar muchas explicaciones.

El coche era un mercedes negro, tal y como había solicitado, y se deslizaba suave por la autopista. Enseguida llegó a la finca, se cambió y se puso una camisa color azul claro y sus pantalones azules. El coche lo aparcó fácil cerca del local. No sabía cómo le recibiría ella y como sabía que Sergio estaba invitado, esperaba que intercediera por él.

La fiesta estaba muy bonita, con luces y suave música. Sergio estaba llegando con su esposa y se alegró de verlo.

—Me alegro de que hayas entrado en razón, hermano. —Palmeó su espalda, contento—. Ella lo comprenderá, ya verás.

—Eso espero, tengo mucho que explicarle.

Hans dio un enorme abrazo a Sergio y saludó, sorprendido, a Renard. Miró por encima para localizar a Sofía, pero se encogió de hombros. Estaría ocupada.

—Bienvenidos a los tres, nos alegramos mucho de veros.

Irina se acercó enseguida y abrazó a los novios, saludando correctamente a Renard.

—¿Qué tal vuestro viaje de novios? ¿Cómo os va la vida de casados?

—Estamos genial, muy bien y felices. El viaje que nos organizaste fue de maravilla, y nos escapamos a conocer a la familia de Talía.

—Irina, ¿dónde está Sofía? Quisiera hablar con ella. —Renard no pudo esperar más a preguntarle.

—La iré a buscar, creo que estaba por la cocina. —A Irina le había parecido verla con José, así que mejor iba ella. De pronto, Adrián, que correteaba entre los invitados, tropezó y se cayó. Irina fue a levantarlo y Renard decidió ir él mismo por Sofía, de todas formas, quería hablar con ella a solas.

Entró por la cocina, esquivando a Marc que le saludó alegre y a otros invitados que curioseaban las elegantes instalaciones. No pudo evitar apreciar lo bien que lo habían montado, y el gran partido que habían sacado a un local tan reducido. Sofía no parecía estar en la cocina, pero la puerta estaba abierta. Quizá estaba tomando el aire.

Renard se quedó parado viendo el espectáculo. Un tipo musculoso, un poco más bajo que él estaba delante de Sofía, a punto de besarla. Y ella se dejaba. Estuvo a punto de volverse y olvidarse de ella, pero Sergio, que le había seguido, se enfrentó a él.

—¡Renard! ¿Ella te gusta o no? Porque nunca te he visto rendirte.

—Está besando a tu tipo.

—Hace un mes te besaba a ti. Quizá sea porque no la has llamado.

—Quizá.

Renard cerró los puños y salió a la terraza. Carraspeó y José se apartó de Sofía. Ella abrió los ojos ligeramente, aunque al ver a Renard casi se salieron de su órbita.

—¿Renard? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Hola, Sofía. He llegado hoy.

José acercó la mano al recién llegado y ambos la estrecharon fuerte, midiéndose. Renard era algo más alto que José, pero este era de hombros y brazos más anchos.

—Sofía, quería hablar contigo si tienes un momento. —Renard se volvió hacia ella ignorando al otro hombre.

—Bueno, yo... tengo que volver a la fiesta. Me voy. —Sofía se escabulló entre los dos hombres, sin saber a cuál de los dos atender.

Sergio se aguantó la risa al ver la cara de los dos sorprendidos hombres que se quedaron parados ahí sin moverse. Sofía volvió a la fiesta como si tuviera alas en los pies. Comenzó a hablar sin distinción con cualquiera que se le acercaba, intentando olvidar el problema tan grande que tenía. El beso con José había sido bonito, intenso, pero no como antes. Sí, había sentido algo, pero ahora que podía comparar con los de Renard, no sabía muy bien a cuál elegir. ¡Y él había vuelto! ¡Quería hablar con ella! Después de tantos días estaba allí.

Irina la apartó de la invitada con la que estaba hablando sin saber quién era y se la llevó a la cocina, como si la necesitara para algo.

—Sofía, ¡están los dos ahí! —Irina la agarraba de los dos brazos.

—Sí, ya lo sé y no tengo ni idea de qué hacer.

Irina se asomó a la fiesta.

—José está con Mirko hablando en un lado, Renard con su hermano en el otro, y no quitan la vista de la cocina. Ay, niña, ¡estás muy solicitada!

—Me dan ganas de marcharme por detrás.

—Podía ser una idea, pero algún día tienes que decidirte. No puedes huir, Sofía.

—Ahora mismo no tengo ni idea. No sé qué hacer y no quiero hablar con ninguno de los dos. Ambos me han fallado y ahora no soy capaz de decidir quién me haría menos daño. Tampoco sé si realmente quiero estar con alguno

de ellos. Irina, ¿qué hago?

—Creo que será mejor que te vayas. La fiesta casi ha terminado y yo puedo despedir a la gente que queda. Márchate y consúltalo con la almohada, cariño.

Sofía se escapó de la fiesta como una ladrona. La verdad era que no era podía enfrentarse a ninguna de las situaciones. Se fue caminando hacia su apartamento con la cabeza tan liada que parecía una maraña de pensamientos de ida y vuelta. No notó que alguien la seguía. Subió andando las escaleras hasta su piso y se quitó las plataformas. Acostumbrada a los zapatos planos sus pantorrillas se quejaban de estar toda la tarde elevadas.

Cerró la puerta apoyando la espalda en ella, intentando borrar el momento pasado. Unos golpes en su espalda la sobresaltaron. ¿Ya había vuelto Irina?

Abrió la puerta esperando encontrar a su amiga, pero se encontró con dos ojos oscuros que la miraban intensamente.

—¿Renard? ¿Qué haces aquí?

—¿Puedo pasar?

—Claro, pasa. No te esperaba, la verdad.

Renard pasó sin ser invitado y entró hasta la cocina. Ella cerró la puerta, suspirando. Lo inevitable iba a pasar ahora.

—No sé cómo empezar a disculparme. Sé que tenía que haberte llamado, pero todo se complicó.

—Bueno, ambos sabíamos que esto no era nada serio. Tú estás comprometido y yo no necesito una relación a tres bandas. Además, puede que haya otra persona.

—¿El tipo de gimnasio de la fiesta?

—Resulta que es mi antiguo novio. Ha vuelto de Ibiza.

—Mira, Sofía. Yo estoy comprometido, sí, pero ella no significa nada para mí. No sé realmente qué es lo que quiero hoy en día, pero sé que no quiero perderte. Eso lo tengo claro.

—Pero no puedes tenernos a las dos. Yo no quiero una relación así. Ni siquiera sé si quiero relacionarme contigo. Además —Sofía puso su mano en el pecho del hombre—, debes irte. Estoy cansada.

Renard recogió su mano de su pecho y la llevó a su boca. Besó su palma y luego su muñeca sin dejar de mirarla. Sofía cerró los ojos rindiéndose a la sensación placentera que los labios del hombre estaban dejando en su piel.

—Ay, no puedo, no debo. —Las débiles palabras de Sofía hicieron que Renard se animara más y continuara besando su cuello, su rostro y finalmente

atrapara sus labios. «Ahora sí puedo comparar», pensó ella sin poder evitarlo.

Aunque hubiera querido pensar en algo, los suaves besos primero y después apasionados la dejaron fuera de combate. No pensaba, solo sentía. Sentía que ese hombre le provocaba sensaciones en su cuerpo que nadie había conseguido nunca. Renard desabrochó el vestido dejando ver su ropa interior color piel. Ella salió del vestido y tomándolo de la mano, lo llevó a su dormitorio. Aunque seguía confusa, lo deseaba.

Renard siguió acariciando su brazo y la tomó por la cintura profundizando mucho más en sus besos. Ella le desabrochó la camisa tocando su piel y haciéndole sentir deseado. Se recostaron en la cama, y se terminaron de desnudar, acariciándose piel con piel, entregándose al placer y al conocimiento de cada centímetro de su anatomía.

Un rato más tarde se asomaba al balcón, Renard tan solo con su bóxer, ella con un fino camisón. Disfrutando de ese momento mágico que te da el haber compartido besos y momentos únicos e íntimos. Desde el balcón se veía el mar en un lateral, entre dos casas. Y se escuchaba cómo rompían las olas en el puerto. El cielo estaba cuajado de estrellas. Sofía miró al hombre que se apoyaba en el balcón.

—Quizá no debíamos habernos acostado, no sin hablar —comenzó ella.

—Bueno, ahora estamos hablando. Siento no haberte llamado. No soy un hombre de llamadas o mensajes y, cuando volví, Armand le había dicho a Olive que nos acostamos. Ella no lo tomó mal siempre que seamos discretos. Además, estuvieron acosándome con el tema de la fusión. Sinceramente, estaba muy preocupado. —Ella bajó los ojos—. Pero sé que no es excusa. Por otra parte, no sabía qué es lo que me ibas a decir.

—Yo tampoco. No sé dónde nos puede llevar esto, si es que nos va a llevar a alguna parte. No tengo claro si esto es una relación o solo es sexo, la verdad.

—Si es solo sexo, de verdad que es estupendo. —Renard sonrió y la atrajo hacia sí, besándola de nuevo

Se abrazaron en el balcón y finalmente se metieron dentro, a seguir amándose un rato más.

# 14

## Camino a París

El aeropuerto Charles De Gaulle estaba muy activo ese día. Viajeros apresurados recorrían la moqueta roja mirando los tableros de salidas y entradas. En pleno septiembre, muchas personas volvían de viaje de España. Se los reconocía por su rostro colorado por el exceso de sol y sus camisetas de recuerdo con toros, monumentos varios y letras de neón. Sofía iba vestida con un traje de chaqueta muy formal, ya que tenía que ir directamente al primer hotel en París, el Paris Les Halles. Allí estaba el primer cliente de Renard, y el chef al que había conocido en la finca. El viaje se le hizo corto, leyendo por cuarta vez el catálogo de los productos con sus especificaciones. Debía estar muy bien preparada.

Un coche la esperaba fuera tal y como había dispuesto su ahora jefe y amante. Allí hablaría con Gustave, el jefe de cocina de la cadena y cocinero en ese mismo hotel. Si conseguía enseñarle a utilizar el horno de forma correcta, seguramente encargasen para sus hoteles de todo el mundo. Además, Renard le había enviado varios electrodomésticos pequeños de regalo a la cocina, para que los probase con Sofía. Ella sentía sobre sus hombros mucha responsabilidad. Tal vez no debía haber aceptado. Quizá era demasiado para ella.

Llegó al lujoso hotel y, tras el registro, la acompañaron a una preciosa habitación con techos inclinados en forma de medio hexágono. Era blanca, con una enorme cama y, junto a esta, un baño separado de la habitación con una pared de cristal semitransparente de color rojo. Le pareció muy sensual. ¿La habría pedido Renard?

Delante de la cama había un escritorio de cristal color negro muy elegante y

una enorme televisión con dos sillones todo en colores blancos, negros y rojos. Incluso la moqueta, listada con franjas negras, grises y blancas, era simplemente perfecta. Un conjunto muy agradable. El baño era enorme en mármol blanco y gris con una bañera y una enorme ducha para dos. Estaba deseando estrenarla con él. Le había dicho que se reuniría con ella en unos días, cuando pudiera arreglar los contratos del mes.

Todavía conservaba las chaquetillas que había llevado en las demostraciones. Miró la hora. Le quedaba tiempo para darse una vuelta. Había quedado con Gustave a las cinco, cuando ya había pasado el servicio del medio día y no había empezado el de la tarde.

Se cambió y salió a dar una vuelta. El cielo estaba un poco enmarañado, pero no amenazaba lluvia, o eso creía. Se puso una chaqueta fina sobre su camisa y sus vaqueros pitillo. Iba a recorrer París, al menos toda la céntrica zona. Estaba muy cerca del Museo del Louvre y del Centro Pompidou, pero lo primero era volver a Notre-Dame. Cuando fue a París y estuvo en el [EPMT, 1 École de Paris des métiers de la table](#), solía pasar la tarde allí, en Notre-Dame, rezando para lograr sus sueños. Como entrar en Le Cordon Bleu. Aunque no lo consiguió, en el EPMT aprendió muchísimo y estaba encantada. Ese día quería rezar, no para conseguir nada, sino para aclarar su mente, para saber hacia dónde caminar, pero sobre todo con quién.

Entró en la catedral y se sentó en uno de los bancos. Siempre había admirado la majestuosidad de sus arcos góticos, sus gigantes columnas y las vidrieras. Había una multitud entrando y saliendo de la misma hablando en bajo, pero todos a la vez conseguían crear un murmullo sordo que no le molestaba. En el fondo, parecía una especie de mantra. Cerró los ojos intentando pensar un poco. El problema era que, por mucho que pensara, no lo tenía nada claro. Había descartado de momento volver con José. Aunque sentía algo por él ya no era tan atractivo para ella. Pero con Renard no podía estar. No podían tener vidas más diferentes. Eso impediría estar juntos. Quizá solo deberían disfrutar del momento.

Se levantó impaciente porque no había aclarado mucho y decidió irse a comer. Dio una vuelta por la zona y, finalmente, encontró el sitio perfecto.

Entró en el restaurante Comme Chai Toi, parecía muy acogedor y vio que tenían *steak tartar* de carne en su carta. Hacía mucho que no lo pedía. El sitio era sencillo y la sentaron en una mesa que daba a las cristaleras. Le gustó. Era divertido ver pasar la gente. En París todavía hacía buen tiempo y, a pesar de



ser viernes, sus habitantes salían mucho a comer fuera. Además de que, por supuesto, había mucho turismo en la zona.

Le sacaron el tartar para que ella misma eligiera los ingredientes que quería añadir. La carne estaba finamente picada en el centro del plato y le llevaron distintos boles con cebolla cruda, mostaza, jengibre, pepinillo, limón, una yema de huevo y una salsa que no había logrado reconocer de momento, pero que estaba deliciosa. La sal y la pimienta estaban en un coqueto dispensador. Así que empezó a disfrutar del lujo de preparar una buena pieza, como el compositor que se deleita con su obra, así ella hacía con cada cosa que preparaba.

Consiguió la mezcla perfecta. Un caballero que la había estado observando, se levantó de su mesa y le preguntó si podía probar su tartar.

—Perdón, señorita, ¿podría ser tan amable de dejarme probar su tartar? —le preguntó en francés—. Lo ha preparado usted con tanta dedicación. Es como si estuviera dirigiendo una orquesta.

—Pues claro, señor —Sofía pidió un plato al camarero—. Pruébelo y me dice qué le parece.

El señor tomó un bocado del tartar y cerró los ojos extasiado.

—Señorita, le felicito. Ha creado usted la mezcla perfecta. Jamás había probado algo tan delicioso.

—Gracias, señor, encantada. ¿Quiere que le prepare otro para usted?

—¿Sería tan amable? Se lo agradecería. Por cierto, me llamo Gerald Martin.

—Yo soy Sofía Campos, encantada.

El señor llamó a un camarero que le trajo otro tartar con los mismos ingredientes.

—¿Le importaría que le grabase con el móvil? —le dijo el camarero—. Me gustaría saber cómo lo ha hecho.

—Sí, no hay problema, aunque mejor no saque mi cara, solo las manos, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, señorita.

Sofía se levantó para preparar el tartar delante del caballero. Los otros clientes del restaurante se habían levantado a ver el espectáculo. Ella añadió y amasó cada ingrediente como si fuera el más importante del plato. Su rostro de concentración y de paz era digno de ver. Una vez que preparó el tartar, con más cantidad que los platos habituales, dio a probar al caballero francés, que volvió a cerrar los ojos de puro placer. Él decidió compartir con la veintena

de clientes su plato y los camareros trajeron pequeños boles con tenedores para todos. Repartieron el tartar de Sofia y el del hombre para todos. Al final, acabaron juntando las mesas y sentándose todos como si fuera una fiesta común. Por supuesto, Sofia se llevó un gran aplauso.

Durante el café, el caballero que había comenzado todo, y que se había sentado junto a ella, le preguntó si era chef.

—Soy cocinera, sí, española, aunque aprendí aquí.

—¿En el Cordón Bleu?

—No, ya me hubiera gustado, pero no me admitieron. Y, además, superaba mis ingresos entonces.

—¿Y ahora usted trabaja en París?

—No, estoy de viaje de trabajo. Tengo una empresa de eventos en España.

—¡Qué interesante! Tal vez tenga usted una tarjeta, por si algún día necesito una gran cocinera, ¿tendría?

—Claro que sí, caballero, aquí tiene.

Sofia le dio amablemente su tarjeta. Dudaba mucho de que un señor de París, por muy educado que fuera, le llamase para algún evento, pero nunca se sabía. El dueño del restaurante la invitó a comer y ella agradeció el detalle. Miró el reloj. ¡Las cuatro! Se despidió de los presentes y se fue deprisa hacia el hotel. Tenía unos cuarenta minutos, así que llegaría en hora. Incluso le dio tiempo a subir a la habitación a lavarse los dientes y asearse. A las cinco menos cinco minutos, Gustave ya le estaba esperando en la recepción.

—¡Estoy deseando hacer mi primer jamón asado con el horno nuevo! —El maduro cocinero parecía un niño al que le han prometido un helado.

—Buenas tardes, Gustave. Me alegro mucho de verlo. —Sofia estaba tan ansiosa como él.

—Ah, sí, disculpa. —Gustave se inclinó ligeramente y le dio dos besos, uno en cada mejilla muy afectuosamente—. ¡Buenas tardes!

El cocinero era un hombre de unos cincuenta y tantos años, con una ligera barriga y el pelo cortado casi al cero. Tenía arrugas en los ojos probablemente de reír, pues apenas se descolgaba su sonrisa de su cara.

Condujo a Sofia hasta su reluciente y enorme cocina. Habían adaptado una parte para instalar los nuevos hornos, aunque, según observó ella, no habían quitado los viejos todavía. El batidor y la mesa caliente también habían llegado. Ella ya iba con su chaquetilla y su pelo recogido en una redecilla. Gustave le dio un gorro. A la demostración también asistirían otros cuatro

chefs más: tres mujeres y un hombre que esperaban atentos las explicaciones de la española.

Había solicitado a la cocina los ingredientes necesarios para realizar un pavo asado, un guisado de caza y algo de pescado. Para la batidora haría su famoso bizcocho *red velvet*, que tanto le había gustado al chef cuando estuvo en la finca. En dos horas y media realizaron los guisos y el bizcocho. Todo estaba en su punto y preparado para servir esa misma noche, aprovechando que el restaurante iba a estar casi lleno, como siempre.

Sofía disfrutó muchísimo de esa cocina tan formidable y elegante. Era todo un sueño, pero sentía mucha presión. Allí todo tenía que hacerse al milímetro y el estrés era enorme. Trabajaban muchos ayudantes que servían no solo al hotel, sino que realizaban catering para varios lugares, con lo cual todo un ejército de cocineros y ayudantes de cocina debían trabajar en sincronía. Eso ya no era para ella. No ahora. Hacía unos años hubiera matado por trabajar en una de esas cocinas. En ese momento, deseaba lanzar su empresa con Irina y ser un poco más independiente, aunque tuviera que trabajar más o las preocupaciones fueran mayores.

Después de enamorar a sus alumnos con sus modos sencillos, pero eficientes, de trabajar, Sofía se despidió de ellos y subió a ducharse. Más tarde cenaría en el restaurante, sola, porque Renard no le había escrito ni un solo mensaje.

Se puso un bonito vestido de manga corta azul marino, de corte clásico. Se lo había regalado Irina a quien le venía algo grande. Irina estaba muy delgada y, aunque era de estatura similar a ella, parecía más alta por su estructura más fina. Decía que desde que estaba con Hans y era su socia estaba engordando, pero ella todavía no había visto dónde. Por ella, encantada, tenía tres vestidos nuevos y un par de pantalones. Como no solía tener mucho tiempo para comprar ropa, agradecía el detalle. Tal vez cuando volviera se iría de compras con Irina, seguro que ella le aconsejaría bien. Se hizo de nuevo su típica coleta alta que afinaba sus rasgos y que al secar se ondulaba y retorció con una especie de tirabuzón natural. Apenas se maquilló y, eso sí, por recomendación de Irina, con quien acababa de hablar por teléfono, tenía que ponerse tacones, aunque cenara sola.

Sonrió a la imagen de su espejo y salió al pasillo. ¡Quién se iba a imaginar que ella estaría en un hotel de lujo y en París! El hilo musical del ascensor reproducía viejas canciones de Ella Fitzgerald y ella cerró los ojos

disfrutando del momento. Manuel tenía una colección de discos y, cuando estaban en la cocina, solía ponerlos. Ella había heredado algunos más de sus padres. Cuando murieron ella apenas tenía veinte años. Quedarse sin sus dos padres de forma repentina por un accidente fue un duro golpe, pero ella siguió con sus estudios y tuvo la suerte de colocarse en La Ballena. Además, sus padres siempre pensaron que no querían hipotecarse comprando un piso, por lo que ella tuvo que buscar otro de alquiler más pequeño. Ellos vivían en Logroño, pero viajaban mucho a la playa. Estarían orgullosos de ella, estaba segura. Quizá fue eso lo que le hizo apegarse tanto a Manuel y a su familia.

El ascensor paró en la planta menos uno, que era donde estaba el comedor. El hotel tenía una preciosa terraza interior llena de árboles y flores donde le esperaba el *maitre*. Al reconocerla, pues también estuvo curioseando en la cocina, enseguida le llevó a una de las mesas más bonitas, debajo de una cúpula luminosa que parecía que estuviera rodeada de estrellas. Allí había un par de mesas con parejas. Ella suspiró.

—Señorita, su mesa.

—Estoy sola, sobra uno de los servicios, gracias.

—Ah, *mais non*, creo que tiene un invitado.

Ella lo miró extrañada, pero pensó que igual Gustave se animaba a cenar con ella. Le sirvieron una copa de vino blanco y sacaron un pequeño aperitivo hecho con unas tostadas crujientes que llevaban una pasta de pescado y huevas de salmón. El sabor con una gota de aceite de oliva era delicioso.

Ella cerró los ojos para saborear cada uno de los ingredientes de esa deliciosa pasta. Posiblemente llevaba lenguado, espinacas, puede que huevo duro, pero solo la parte de la clara... Realmente estaba buenísimo.

—¿Has empezado sin mí? —Una voz conocida le sacó de su deleite.

—¡Renard! ¡Has venido! —La sonrisa de ella hacía que valiera la pena los malabarismos que había hecho para llegar ese día.

—Claro. Aquí estoy. —Besó ligeramente el rostro de la joven y se sentó enfrente. Esa noche tendrían más tiempo para besarse por todo el cuerpo—. Estás realmente preciosa, luminosa como una estrella.

—Gracias. —Sofía se sonrojó. Todavía no se acostumbraba a verse a través de los ojos de Renard—. Tú tampoco estás mal.

Ella lo miró apreciativamente. Vestía un traje de chaqueta oscuro y una camisa blanca sin corbata. El cabello moreno retirado hacia atrás, pero por estar húmedo, no por llevar productos que lo peinasen. Se había dejado barba

de un día y su sonrisa le hacía parecer una mezcla entre canalla y caballero.

—Me han dicho que tu demostración ha sido magnífica. —Renard agradeció al camarero que le trajera una copa de champagne—. De hecho, hemos recibido más pedidos, así que te llevarás una buena comisión.

—Oh, me alegro. Me vendrá bien para mi cocina, aún tengo que terminar de pagarla.

—Ya te dije que...

—No, Renard. Eso es mío y de Irina y lo vamos a pagar religiosamente. Prefiero no mezclar temas.

—Está bien, y ¿qué tal por París?

—Hoy me ha pasado algo muy curioso. He preparado *steak tartar* para todo un restaurante. —Renard arqueó una ceja, curioso—. Ya sabes que me gusta prepararlo con cuidado, y un señor me pidió probar. Acabé preparando para todos los clientes, incluso me grabaron en vídeo. ¡Fue muy gracioso!

La cena transcurrió entre risas y platos exquisitos. Probó incluso parte de lo que había preparado antes, que estaban tan jugoso como al principio. Renard la felicitó por ello. Pero lo que ambos deseaban era subir a la habitación. Él había reservado una al lado, aunque dudaba de que la usara mucho durante esos días.

El ascensor los llevó pronto a la habitación y apenas invirtieron tiempo en quitarse la ropa, que voló por cualquier rincón libre. Renard soltó la coleta de Sofia extendiendo su largo cabello por la almohada y enterrando su rostro en él. Su olor a canela era embriagador. Todo su cuerpo olía así y a él le costaba no abalanzarse encima de ella cuando la veía. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué esa chica menuda y morena le atraía tanto?

Besó sus labios que se abrieron generosos a recibirlo. Pero él deseaba más. Probar su cuerpo, de la cabeza a los pies, entreteniéndose en sus otros labios, que lo recibían jugosos y deliciosamente preparados. La llevó al orgasmo hasta que ella suplicó que la penetrara y allí se fundieron en uno solo, moviéndose y bailando en la horizontal hasta que exhaustos, se abrazaron desnudos y satisfechos.

# 15

## Llegó el escándalo

Llevaban tres días en París cuando se destapó el escándalo.

La joven tiró las revistas a la chimenea de su casa. Las imágenes de un joven semidesnudo abrazando a una chica en camisón eran la portada de uno de los tabloides más amarillos y vendidos de toda Francia.

Le parecía bien que se acostara con quien le diera la gana, pero ¡salir en las revistas! Ahora ella había quedado como la engañada, la abandonada, y además por una mujer como aquella. Ni siquiera era una modelo o preciosa. No era fea, pero ¡era la cocinera! Eso no se lo iba a perdonar. Ya le habían llegado mensajes de sus amigas compadeciéndola, pero sabía que en el fondo estaban riéndose de ella.

Su padre entró en tromba en el salón, también había visto las revistas, por supuesto.

—Pensé que Renard era más inteligente. Lo siento, hija.

Olive era su única hija y estaba sufriendo por ella. Sabía que era muy puntillosa con su «marca personal», como ella lo llamaba, y, aunque la relación con Renard no era la que a él le hubiera gustado, tendrían hijos y él nietos, y quizá se acabaran enamorando. Pero la mirada que le dedicaba a la chica morena nunca se la había visto cuando miraba a Olive. Eso sí, la vergüenza de su hija la iba a pagar.

—Es un cerdo. Se ha atrevido a mostrarse en público con ella y ahora están en París los dos juntos. Un paparazzi los ha vuelto a pillar entrando en una habitación, besándose. Le dije que hiciera lo que quisiera, ¡pero que fuera discreto! —Ella dio una patada en el suelo haciendo que su tacón se estremeciera.

—No sabía que... ¿Teníais ese tipo de relación? Entonces me alegro de que lo vayas a dejar.

—¿Dejarlo? No, padre, no pensaba hacer eso.

—Sí, querida, lo vas a dejar. No quiero que estés con un hombre que no te quiere. Y ¿sabes que?, vamos a cambiar nuestro voto en la junta de accionistas.

—¿Qué quieres decir? ¿Nos fusionamos con Wang? —Ella abrazó a su padre.

—Tenías razón, seguramente sea un buen momento para hacerlo. Y ahora ya no voy a defender a mi futuro yerno. Me da igual que pierda el puesto de trabajo.

El hombre estaba enfadado. Con él y con ella. Pensaba que su hija le amaba y que estaría destrozada por la vergüenza y el desamor. Pero no era así. Ella también había actuado de forma interesada. Hablaría con el resto de los accionistas. De todas formas, él tenía ya los sesenta y cinco y deseaba retirarse. Su hija era muy inteligente y podría llevar su parte de la empresa. Él se iría a Canadá a pescar o quizá a Australia.

—Olive, vamos a reunirnos con Jacobs, ¿puedes llamarlo?

—Sí, padre. Creo que es hora de renovar la junta directiva.

Renard recibió el aviso cuando despertaba abrazado a su chica. Su secretaria le llamó por teléfono advirtiéndole del cambio en la empresa.

—Señor Milleur, tiene que volver —suplicaba la mujer—. Esto se está poniendo muy complicado.

Renard saltó de la cama asustando a Sofía. Empezó a vestirse y, a la vez, llamó al aeropuerto para reservar un vuelo hacia Marsella. Salía en una hora. Le daba el tiempo justo de llegar. Dejó la habitación con una rápida explicación y pasó a la suya a por el maletín y poco más, la ropa le daba igual. Sofía se ofreció a recogerla. La cosa era muy grave.

Ella estuvo pendiente del teléfono toda la mañana mientras hacía las maletas. Volvería en el siguiente avión, pero a su casa. Ni siquiera sabía si su contrato seguía en marcha. Él le había hablado algo de unas revistas, así que mientras se iba al aeropuerto para tomar el vuelo que salía a las cinco, se compró varias. Gustave se despidió con pena, pero comprendió que algo grave

pasaba.

Tras facturar, se sentó a comer en uno de los restaurantes del aeropuerto. Él no le había llamado, ni enviado ningún mensaje. Estaba un poco cansada de haberse acostumbrado a esa forma tan fría de relacionarse. Ojeó las revistas y de repente se vio. Aunque a ella no se le distinguía el rostro, a Renard sí. Estaban abrazados ¡en su casa!, y después en París, besándose apasionadamente en la entrada de la habitación, él casi desnudándola en el pasillo. Nunca se había sentido tan avergonzada. El reportaje decía que el heredero de la empresa Milleur se estaba divirtiendo con una empleada, mientras —y sacaban a Olive en una fiesta, vestida de largo y absolutamente preciosa— su novia asistía a fiestas, comparándolas y poco menos que acusándola de comprar favores empresariales. Había información personal suya, ¿de dónde la habían sacado? Sabían que era huérfana, que trabajó en la cocina, que era una chica normal.

Cerró las revistas y las tiró a la papelera. Se sentía mareada y tenía ganas de vomitar el sándwich que acababa de comerse. No comprendía por qué la gente podía ser tan cruel y malpensada. Ni remotamente se imaginaba que algo así podría suceder. Seguro que había sido su novia, que no aceptaba que él estuviera con alguien como ella.

Llamó a Irina y se lo contó entre sollozos. Ella intentó consolarla, pero el grifo se había abierto e iba a ser difícil de cerrar. Incluso cuando se sentó en el avión, los pañuelos se sucedían uno tras otro. Hasta la azafata le trajo un paquete de ellos al ver que la chica no se calmaba. Finalmente, una señora que se sentaba cerca le dio un Valium que consiguió calmarla o, tal vez, ya se le habían acabado las lágrimas para un par de años por lo menos. Ahora tenía ganas de reír histéricamente. Se tragó sus sentimientos y cerró los ojos. Era muy egoísta por haber pensado solo en ella. Por lo poco que había escuchado, era posible que Renard hubiera perdido la dirección de su compañía. ¡La compañía de su familia!

¿Qué haría ahora? ¿Podría recuperarlo? Necesitaba hablar con él, pero sabía que no era el mejor momento. «Tal vez me culpe por la relación, por ser así...». Sofía se cubrió el rostro con las manos intentando respirar calmadamente. No debía adelantar acontecimientos.

El avión aterrizó en Barcelona y bajó como si estuviera drogada. Las azafatas la asistieron amablemente y un pasajero cercano le ayudó a recoger su maleta. Ella se lo agradeció con una débil sonrisa. Apenas podía hablar. Se



ofreció a llevarla, pero ella lo rechazó. Quería coger el autobús hasta Cambrils y olvidarse de todo. Salió por la puerta de la terminal hacia la del bus, cuando alguien la abrazó casi tirándola al suelo. Un enorme hombre la había atrapado entre sus brazos y otros brazos se agarraban a su cintura y a su pierna.

—Cariño, ¿qué tal estás? —Irina le dio un beso en la mejilla que empezaba a humedecerse.

—¡Habéis venido! ¡Qué locos! —Ella les devolvió el abrazo llorando y riendo a la vez.

—¡Como no íbamos a venir por nuestra chica favorita! —Hans abrazaba a las dos mujeres como un oso e incluso el pequeño Adrián se agarraba a ellos.

Hans cogió las maletas e Irina tomó de la cintura a su amiga que llevaba en brazos al pequeño. Parecían una familia feliz que volvía a reencontrarse. Desde que murieron sus padres, y durante una corta temporada en La Ballena, no se había sentido así, tan acompañada y reconfortada. Era una sensación única.

Se montaron en el coche de Hans, él delante, los tres detrás. Irina seguía abrazando a Sofía.

—Bueno, cariño ¿qué tal estás? —Irina la miró a los ojos.

—Bien. —Ella desvió la mirada—. Bien dentro de lo que cabe. Hacía años que no lloraba tanto. No sé si lloraba por mi o por él, pero lloré durante muchas horas. En el avión las azafatas ya no sabían cómo consolarme. ¡Pobres!

—Eso te pasa por salir con ricos y famosos —le abroncó en broma Hans—. El próximo búscalos más sencillo, más de la calle.

—Si hubiera sabido todo esto, desde luego...

—Al menos lo has disfrutado, ¿eh?

Sofía le tapó los oídos a Adrián, aunque no se enteraba de nada.

—Sí, lo he disfrutado y París ha estado sensacional. Os tengo que contar muchas cosas y todas buenas. Excepto esto último, claro.

—¿Sabes algo de... él?

—No, Irina, y dudo que me llame. Seguro que me odia. Por mi culpa ha perdido todo. Yo no llamaría si fuera él. —Los ojos de Sofía volvían ser arrasados por las lágrimas.

—Si estuvo contigo era porque le gustabas. No creo que un hombre arriesgue su carrera por un polvo —contestó Hans desde la parte delantera.

—Ya veremos. Y vosotros, ¿qué tal? ¿La empresa?

—Tenemos varios pedidos ya y otros cinco presupuestos. He pensado que podíamos incorporar definitivamente a Marc y Suzanne a la plantilla con un contrato de obra porque, si no lo hacemos, no vamos a llegar.

—Me parece bien.

—Y ya han terminado la cocina. Ha quedado genial.

Sofía cerró los ojos y se recostó en el asiento pensando: «Cuando tienes amigos de verdad, cualquier cosa que te pase es superable. Solo tienes que apoyarte un poquito más en ellos, para apuntalar tu vida, hasta que logres crear nuevos cimientos, quizá en otro sitio, o con otras personas, pero serán todavía más fuertes y tú serás más resistente, como si de alguna forma, hubieras incrustado roca en ellos, haciéndote cada vez más segura y llevándote un aprendizaje de paso». Suspiró y volvió a abrir los ojos, disfrutando del resto del viaje y de las conversaciones ligeras de sus amigos.

# 16

## Todo se perdió

Renard entró como una exhalación en la oficina. Apenas había bajado del avión y tomado un taxi que le llevaría a la oficina. El equipaje se lo enviaría el mismo hotel a su casa. Sofía lo habría recogido. «¡Sofía! ¿En qué estaría pensando? ¿Por qué se liaría con una chica y por qué fue tan imprudente?».

Había echado por la borda no solo su trabajo, sino el de toda su familia. Ahora que estaba en minoría en la junta, había perdido todo el control de la empresa. Ya no era director, ya no tomaría decisiones ni nada sería como antes. Debía hablar con el padre de Olive, que era, a fin de cuentas, quien había tomado la decisión. Debía explicarle...

Entró en el despacho de su socio. Le esperaban. Él y Jacobs. Este último muy sonriente. Por fin había conseguido sacar a Milleur de su propia empresa. El padre de Olive, Jacques, parecía ligeramente avergonzado. Era amigo de su padre, y él había hablado con él la noche anterior, según le contó. Ni por esas consiguió convencerle. Jacques le habló del honor de su hija, de cualquier tontería, justificando la mayor operación de fusión de una empresa privada francesa. Todos recibirían una gran inyección de dinero, y condiciones inmejorables, viajes, regalos. Incluso él, aunque no fuera el director, seguramente ocuparía un puesto relevante. La nueva dirección no sería tan estúpida de mantenerlo al margen. ¿O sí?

—Jacques, ¿podemos hablar? —se dirigió directamente a él ignorando a Jacobs.

—No hay nada de qué hablar Renard, tú te has comportado mal.

—Preferiría hablarlo a solas.

Jacobs se fue sonriendo del despacho y Renard cerró la puerta.

—Tú y yo sabemos que la relación con tu hija era más empresarial que personal. Y que ella también ha tenido otras personas, unas cuantas.

—¿Ahora estás insultando a mi hija?

—No. —Renard levantó las manos pidiendo calma—. Solo te digo que lo que yo he hecho es más o menos lo que ella ha hecho alguna vez.

—Pero ella no salió en las revistas, y no te puso en ridículo. —El hombre se puso colorado—. A mi esposa casi le da un síncope. Lleva todo el día encerrada en su habitación, pensando en qué le dirán sus amigas.

—O sea, que me sacas de la empresa que fundó mi familia por unas simples apariencias, ¿es así? ¿Por las apariencias? —Renard golpeó la mesa con el puño.

—Cálmate. Nadie te ha sacado de la empresa. Tienes tu porcentaje. Supongo que el nuevo director te pondrá en algún puesto relevante.

—¿El nuevo director?

—Mmm sí, ¿no lo sabías? Ya veo. Han puesto a un director que no tiene acciones, para que sea algo más neutral. Es, bueno, te vas a enterar de todas formas, es Armand.

Renard se echó para atrás como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Empezaba a comprender y a atar cabos. Siempre el primo del jefe, siempre en segundo plano. ¿Por qué iba a espiarles Olive, si ya sabía lo que había? De repente lo comprendió, Armand había enviado al paparazzi para avergonzar a la familia de Olive y para sacarlo a él de la junta.

—¿Dónde está Armand? —Sus ojos estaban casi negros de furia.

—Se ha ido a China, no está en la empresa.

—¡Cobarde! ¿Y Olive?

—Olive no está, la envié a Niza, a descansar y recuperarse.

Renard salió del despacho de Jacques sin decirle ni adiós y se dirigió al suyo, o al que había sido el suyo. Su secretaria le recibió con los brazos abiertos. Era una amable mujer de unos sesenta años que al verlo comenzó a llorar. Otros empleados de toda la vida se acercaban a hablar con él y le daban palmadas en la espalda con una confianza que nunca se habían tomado. La mayoría sabían que la relación con Olive era más bien de negocios, y, por otra parte, siempre habían sido fieles al señor Milleur. Ahora, con la nueva dirección, tal vez algunos de ellos se fueran a la calle, pues rozaban los cincuenta e incluso los sesenta. Y por lo que sabía Renard, Armand nunca cayó bien a nadie.

La secretaria indicó a un empleado que le trajera las cajas con los efectos personales de Renard. El nuevo director había desalojado el despacho en un día. Le había faltado tiempo para hacerlo y luego largarse a China.

Dio las gracias a sus empleados y echó un vistazo a la empresa. Las oficinas a las que iba desde que era jovencito con su padre de la mano. Toda la gente que conocía, los clientes, los proveedores, todos aquellos con los que trataban, iban a desaparecer de su vida de un plumazo. No es que se fuera a rendir, pero teniendo solo el treinta y cinco por ciento de las acciones, no podía hacer nada. Su padre había confiado en Jacques y él le había traicionado.

Tampoco quería usar ya el coche de empresa, así que llamó a un coche de alquiler y se marchó. No podía hacer otra cosa que irse a casa a pensar en cómo afrontar este momento y, sobre todo, cómo contraatacar, retomar el mando de su empresa y deshacer el entuerto.

Su piso era propiedad de la empresa y en un mes tendría que dejarlo. Al menos para trasladarse le habían dado el tiempo suficiente. Su padre le esperaba en el salón, había entrado con su llave.

—Lo siento, padre. —Renard abrazó a su padre hundiendo su cabeza en su hombro.

—Hijo mío, tú no tienes la culpa. Has estado llevando la empresa tú solo mientras yo me jubilaba antes de tiempo y me divertía en la playa. Fue culpa mía por confiar en personas débiles como Jacques.

—¿Y qué haremos ahora? Hemos perdido la dirección de la empresa. Ahora pertenecerá a cualquiera.

—Puede que no, hijo. Pero la empresa no es importante. Tienes dinero de sobra para vivir sin trabajar. ¿Qué tal unas vacaciones en la playa? ¿No te gustaría?

—No lo sé. Todavía estoy en *shock*. No sé qué quiero. Necesito pensar.

—Sí, mejor. Asimila bien todo y, después, decide qué quieres hacer. Tómalo con un nuevo reinicio, una oportunidad para comenzar de nuevo y elegir cómo quieres que sea tu vida a partir de ahora. Lo siento por los empleados, pero no por la empresa. Y en honor a la verdad, estabas invirtiendo demasiadas horas, demasiada vida allí. Solo hacías que trabajar. En las últimas semanas te he visto disfrutar, te he visto sonreír. Hijo —su padre le tomó de los hombros—, no pierdas tu juventud trabajando. Ojalá yo no lo hubiera hecho. Me perdí tu infancia, tu adolescencia, y apenas la de tu

hermano. No seas como yo.

Renard miró a su padre, sorprendido. Esperaba quizá un reproche, un lamento, pero no el discurso que había escuchado.

—Gracias, papá. —Hacía muchos años que no le llamaba así—. Me has dado mucho en qué pensar. ¿Te quedas a dormir o te vuelves?

—Me voy a un hotel con Carmen. Está allí esperando. Quería venir y tu hermano también, pero no les he dejado. Tenía que decirte todas estas cosas de forma privada. Y, además, tengo que hacer unas gestiones. También quiero pasarme por la empresa, saludar. No estaré más de una semana por Marsella. Si te apetece, podemos comer mañana todos.

—Te llamo. Quizá mañana no, pero pasado seguro. Dame un día. Ya sabes que me cuesta adaptarme a los cambios. A estos cambios tan grandes.

—Lo sé, hijo. Te esperaré el tiempo que necesites. Te quiero mucho.

El hombre salió del piso dejando a un Renard completamente confuso. Jamás había escuchado a su padre hablar así. Tal vez era la influencia de su segunda esposa y madre de Sergio, Carmen, una mujer inteligente y sensible.

Llevó las cajas a su despacho y miró la casa donde había vivido por más de quince años. ¿Había muchos recuerdos? Personales, no. Realmente el único lugar donde él se sentía «en casa», era la finca. Al pensar en el lugar, su mente divagó a los últimos días con Sofía. ¿Qué sentía por ella? ¿Estaba enamorado o solo era sexo? Ahora mismo no lo podía determinar. Quizá ella esperaba que le llamase para decirle qué tal estaba. Nunca había sido capaz de tener ese tipo de relación. No era una persona de llamar a ver qué tal estaba. Con Olive no tuvo que hacerlo, la veía a diario en el trabajo y tampoco era que su relación fuera normal.

Por eso se sentía incapaz de llamar a Sofía. No sabía qué decirle o cómo comportarse. «¡Qué ridiculez!, parezco un adolescente.». Se metió en la ducha y decidió olvidarse por un momento de todo dejando que el agua fría le congelara hasta los sentimientos.

Pasó la semana vegetando entre su piso y algún paseo por el parque. También iba recogiendo todos sus objetos personales. Todavía no sabía muy bien dónde iba a llevar su vida y su cuerpo. Había alquilado un almacén bastante grande con seguridad para llevar sus pertenencias más valiosas, muebles, cuadros y, sobre todo, sus preciados libros. Seguía sin llamar a Sofía, ni a Olive, ni había pasado por la empresa. Su secretaria le había informado de que Armand seguía en China, negociando las condiciones.

Renard pensó desde el primer momento que supo que él iba a viajar, que era un error. Armand no era muy sutil, a pesar de que se dedicaba al marketing, pero estaba acostumbrado a tratar con franceses y españoles. Los orientales tenían una idiosincrasia diferente y había que adaptarse. Una llamada le confirmó sus sospechas.

Se encontraba empaquetando sus libros con ayuda de Martin, su ayudante en casa de toda la vida, cuando el móvil sonó. Era Jacobs, así que decidió no descolgar. No pasaron ni cinco minutos cuando le llamó Olive. Al final decidió cogerlo.

—Dime —contestó bastante seco.

—Renard, necesitamos hablar contigo. —La voz de la mujer sonaba apurada.

—¿Tú y quién más necesita hablar conmigo?

—Renard, por favor. Armand se ha metido en un lío muy grave. En China. Puede llevar la empresa a la ruina. No querrás que ocurra eso, ¿no? —Olive endureció su voz.

—¡Vaya! ¿Desde cuándo tenéis en cuenta mi opinión últimamente? —El hombre no cedía.

—Por favor, ¿tengo que suplicarte? Necesitamos que vayas y lo arregles. Yo iré también contigo. Tengo los billetes de avión para esta noche a las doce. ¿Te mando un coche a buscarte o no?

Renard empleó unos segundos en pensar que a ella le debieron de parecer eternos, pero tenía que decidir si los dejaba que se arreglasen o si intervenía para salvar su empresa.

—¿Qué ha hecho ese idiota?

—Ya sabes cómo es. —Olive dudó—. Intentó acostarse con la hija de Wang, o puede que se pusiera muy pesado, no lo sé. Según él, fue un flirteo. Según nuestro representante, fue acoso. Tenemos que arreglarlo.

—Tampoco me extraña. Supongo que, tras esto, lo despediréis.

—Sí. Mañana tiene un avión de vuelta y, según lo que hablemos allí con Wang, lo vamos a despedir. Estaba muy enfadado, pero él se lo ha buscado. —Olive hizo una pausa—. ¿Vienes conmigo o no?

—Está bien. Pero que conste que no lo hago por él, lo hago por el legado de mi familia.

—De acuerdo. Me vale. Lo siento mucho, Renard.

Hizo una pequeña maleta como para una semana y tomó un sándwich antes

de que fueran a buscarle. No se sentía muy cómodo con ello. Llamó a Sergio para avisarle.

—Hermano, ¿qué tal?

—Hola, Renard, ¿qué tal tú? ¿Cómo lo llevas? —Sergio preguntó a sabiendas que su hermano no era muy explícito.

—Bien. Me voy a China. Armand ha hecho una de las tuyas. Estaré allí un tiempo, aunque no sé cuánto.

—Espero que no sea grave, aunque no hay nada que tú no puedas arreglar. — Sergio calló un momento—. ¿La has llamado?

—No. No puedo pensar todavía.

—Renard, quizá no sea quien para decirte que, si no cuidas esa relación, la vas a perder...

—Exacto, no eres quien y ni siquiera sé si tenemos una relación. Te llamaré cuando vuelva. Espero que estés bien y tu esposa también.

—Sí, estamos bien.

—Adiós, Sergio. Hasta la vuelta.

—Adiós.

El avión despegó puntualmente. Por supuesto iban en primera clase. Olive llevaba un elegante traje pantalón de color burdeos y una camisa en tono verde claro, todo le quedaba perfecto con su cabello y con su piel. Los tacones de sus botas eran altos, pero sin exagerar. Ella ya tenía una considerable altura y no quería destacar con sus futuros socios.

Apenas cruzaron una palabra. Renard seguía rabioso, aunque no tanto como el primer día. El primer día ni siquiera hubiera podido mirarla a los ojos. Ella intentó darle algo de conversación, sin éxito. Solo cruzaron unas pocas palabras durante las casi once horas de viaje. Comieron, durmieron y ya, cuando estaban llegando, Renard le preguntó cómo iban a afrontar el problema.

—Bien, según me ha dicho el intérprete, fueron a cenar tras una reunión. Por lo visto, Armand insistió y como la hija de Wang es tan educada, aceptó. Debió de pasarse con el licor de arroz, el *baijiu* que tanto le gusta. Entonces Armand le hizo alguna proposición, quizá intentó sobrepasarse. El intérprete no estaba entonces. Pero cuando volvió del servicio, la hija de Wang, Kumiko,



estaba de pie en un lateral casi llorando. Al día siguiente, Wang no llamó a la policía porque el intérprete, que es un hombre muy cabal, le convenció.

—Siempre igual con este hombre. —Renard recordó con furia cuando salvó a Sofía de las garras de su primo—. No sé cómo Clara sigue soportando sus devaneos con otras mujeres.

—A pesar de lo que puedas creer, hay gente que ama a sus esposos. Y Clara, aun siendo él un canalla, lo ama.

Renard miró por la ventanilla. ¿Amaba él a Sofía? Todavía no lo sabía.

—Entonces, ¿has pensado algo? —Renard se giró hacia ella viendo por primera vez las ojeras marcadas que el maquillaje no tapaba ya. Quizá ella también lo había pasado mal con el escándalo. Ni siquiera le preguntó y antes, por lo menos, eran amigos.

—Disculparnos, y creo que ir yo también puede ayudar. Wang te respeta. Tendremos que ceder en ciertas condiciones, pero tampoco debemos ceder en todas.

—De acuerdo. Olive. —Renard la miró a los ojos—. ¿Cómo estás? Quiero decir, con todo lo que ha pasado.

—Vaya, no esperaba esta pregunta. —Olive lo miró para comprobar que estaba sinceramente interesado—. Verás, al principio, me dio bastante igual. Ya sabemos que nuestra relación es abierta, y yo he salido con otros hombres. Pero luego empezaron a llamarme mis amigas, y las de mi madre a ella, y se disgustó mucho. A nadie le gusta que lo engañen y menos que lo señalen con el dedo o que cotilleen a tus espaldas, o en tu cara. Ha sido más vergonzoso para mi madre o mi padre que para mí, pero al final, no pude evitar que me afectara.

—Ya imagino. Pero tus padres ya sabían que nosotros no estábamos muy unidos. Apenas nos veíamos.

—Nos veíamos todos los días en la empresa —protestó ella.

—Pero nunca salíamos. Era una cuenta fácil. Bueno, lo hecho, hecho está. Ahora hay que mirar hacia delante. Cambiando de tema, ¿a quién vais a poner ahora de director general de la compañía?

—No lo sabemos. Ya se verá.

—Yo tengo una idea acerca de ello, pero prefiero comentártelo a la vuelta.

—Te paso el precontrato, ¿lo hablamos un momento?

Pasaron la hora y media que tardaron en llegar al hotel en Beijing discutiendo los términos del contrato. Renard vio que no estaban mal, aunque

podrían mejorar algunas cosas. Sin embargo, gracias a Armand, estaban en clara desventaja. Pronto llegarían y lo averiguarían.

Su intérprete les estaba esperando en la puerta del hotel. Era un hombre joven que habían contratado y que parecía muy apurado. Se saludaron, se registraron y les llevaron las maletas a las habitaciones. Ellos fueron a una pequeña sala de reuniones y, mientras tomaban un café, el intérprete les refrescó la situación.

La hija de Wang se había ilusionado con Armand, según contó, aunque gracias a su intervención de último momento, no se llegó a acostar con ella, lo que hubiera sido muy grave pues, además de tener solo veinte años, era una chica muy inocente. Renard apretaba los dientes muy enfadado. Le tenía que haber parado los pies la primera vez que escuchó rumores, pero su madre era la hermana de su padre, y él se sentía en deuda por haber heredado la empresa completa.

Al día siguiente tenían cita a las nueve de la mañana, así que Kio, el intérprete, se retiró. Ya les había reservado una mesa y, aunque estaba muy cansados, se fueron a cenar al restaurante. Llevaban muchas horas sin dormir y estaban agotados y deseando ducharse, pero si no tomaban, luego sería muy complicado que pudieran conseguir cenar.

La conversación giró en torno a Armand, sin tocar temas personales. Ninguno de los dos deseaba hacerlo. El licor chino empezó a circular cada vez más fluido entre los dos, hasta que apenas hicieron otra cosa que sonreír tontamente. Agotados, se levantaron de las sillas y se dirigieron hacia el ascensor un tanto tambaleantes. Renard tropezó con sus propios pies y a Olive le dio la risa. Una risa fresca y juvenil se apoderó de ella, haciendo que él la miraba con unos ojos diferentes. La risa dio paso a los besos y, sin darse cuenta, acabaron en la habitación de la mujer, desnudos sobre la cama, revolcándose sin poder o querer evitarlo.

Renard despertó de madrugada con un gran dolor de cabeza. Miró a la mujer que yacía dormida desnuda y se tapó la cara con las manos. ¿Qué había hecho? Ella se desperezó y le saludó.

—Lo siento, Olive, yo...

—Bebimos los dos, ambos somos mayores. Además... se nota que estás enamorado de Sofía, no importa que te hayas acostado conmigo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me has llamado Sofía, un par de veces. Así que imagino que es

porque estás enamorado.

—¿Enamorado?

—¿No lo sabías? Renard, te conozco desde hace cuánto, ¿diez años? Y nunca te había visto así. Eres un tipo excesivamente reservado, jamás muestras tus sentimientos, siempre volcado en el trabajo. Si te hubiera pasado lo de tu puesto hace unos meses, hubieras luchado allí en la empresa hasta el último momento. Y te fuiste, Renard. Simplemente te fuiste. Has cambiado. Y yo creo que es por causa de esa chica.

—No estoy tan seguro de ello.

—Los hombres no os dais cuenta de que habéis caído en los brazos de una mujer hasta que ya es imposible salir. Y no digo que esa chica sea mala. Si a ti te gusta, adelante. Yo también he comenzado una relación, así que todos contentos.

—Ah, ya veo que es una relación abierta la tuya. —Renard levantó la ceja.

—Yo no me voy a atar a nadie, aunque este hombre está deseando poner un anillo en mi dedo. Pero no, de momento quiero ser libre. Pero tú deberías casarte con esa chica. Seguro que a ella le encantará que se lo pidas.

—No la conoces. Ella no me buscó ni por mi dinero ni mi posición. Y, de todas formas, ahora tampoco la tengo. —Renard dio por terminada la conversación mientras se vestía—. Te veo en el desayuno para terminar de concretar.

Se fue sin esperar que ella contestara. Estaba enfadado consigo mismo por haberse acostado con su exnovia. Y con ella por sospechar de Sofía. El no creía que ella fuera por su dinero, si apenas sabía quién era cuando se conocieron.

Por fin se reunieron con el señor Wang y tras una ardua negociación en la que Olive tuvo mucha influencia, consiguieron que la fusión se hiciera, e incluso que se ampliara la fábrica allí, en Francia. A pesar de que siempre estuvo en contra, Renard parecía satisfecho.

El avión no saldría hasta dentro de tres días, así que estuvieron visitando las factorías en diferentes ciudades y aprendiendo de la gestión de las fábricas locales.

Renard tenía muy claro que iba a proponer a Olive como directora general de la firma, y que él iba a viajar a España de nuevo.

# 17

## De vuelta

—¿En serio que mi hermano no te ha llamado? —Sergio probó uno de los canapés que estaba preparando Sofía para la inauguración de una tienda de ropa en un local cercano. Era un encargo pequeño, pero les serviría para pagar gastos.

—No pasa nada. Él es así —dijo Sofía sin mirarlo. En verdad no podían ser más diferentes los dos hermanos.

—Está delicioso, Sofía. Y no tienes que justificar a Renard, ya lo conozco. Recuerda que me dejó desnudo y sin ayuda cuando me encontraste.

—Lo recuerdo. —A Sofía se le escapó media sonrisa—. De todas formas, entre tu hermano y yo no hay nada.

—¿Estás segura?

—Sí, y deja de comer canapés que son para la inauguración —Sofía regañó al chico que estaba cogiendo uno con cada mano.

—Lo siento, es que estoy hambriento. Salgo de guardia y no he comido nada. Me gustaría que estuvieras con mi hermano, la verdad, le haces bien.

—Mejor cambiar de tema, ¿qué tal está Talía? ¿Le sienta bien el embarazo?

—Está genial. Sin mareos, ni malestar. Es más, está hiperactiva, ¡no para quieta ni un momento! —Sergio sonrió al acordarse de algo.

—Mira, te voy a preparar unos cuantos aperitivos para que le lleves, y también para ti, antes de que te los termines.

—Sigo pensando que mi hermano está enamorado de ti y tú de él. Y que ambos sois un poco tontos por no reconocerlo.

—¡Márchate ya!, por favor, y no seas tan pesado. —Sofía lo ahuyentó como quien espanta una mosca.

Irina entró cuando Sergio le decía su última frase y sonrió. Ella también debía de pensar que estaba enamorada de él. Sofía negó con la cabeza y le puso unas raciones en bandeja de papel para que Sergio se las llevara. Iba muy a menudo. El consultorio estaba cerca y siempre que podía, se pasaba por el local. Incluso Talía, cuando se acercaba desde Barcelona, y ahora que estaba embarazada, siempre le apetecía el último guiso de Sofía. Alguna vez habían quedado para cenar. Lo gracioso del caso era que Sergio la trataba como si fuera de la familia. Y ella tenía miedo de que el chico se decepcionara cuando su hermano pasara de ella. Aunque no dejarían de verse pasara lo que pasase.

—Sigo pensando que mi hermano debería llamarte. Aunque claro, desde China...

—¿Está en China? No lo sabía. —Sofía se quedó mirando fijamente al chico.

—Ah, perdona, pensé que lo sabías. Se ve que Armand ha metido la pata hasta el fondo, y Renard y Olive han tenido que ir a arreglar el asunto. Por lo que me ha dicho mi padre, han conseguido que el inversor acepte las condiciones.

—Y han ido los dos juntos...

—Pues sí, pero ya sabes que Renard no quería saber nada de ella, en parte fue quien le dejó fuera de la empresa.

—Supongo. —Sofía dejó de hablar y se concentró en sacar las mini pizzas fritas que había preparado. Era una nueva receta que había probado y la gente se volvía loca con ellas. De hecho, estaban pensando en llevarlas a una panadería cercana y venderlas allí.

—Cariño, no te preocupes, seguro que no ha pasado nada, probablemente ni se hayan hablado. —Irina metió las bandejas en las cajas de transporte y preparó las servilletas de color rosa a juego con la tienda.

—No me preocupo, él puede hacer lo que quiera. Como yo.

—Oye no digas eso, que quiero tenerte de cuñada. —Sergio la abrazó por detrás.

—Basta, Sergio. Parece que quieras tú más que tu hermano que entre en la familia. Y eso me hace daño. Déjalo ya, por favor.

Sofía le entregó la bandeja y él se fue compungido. Ella sabía que había sido dura con él, pero estaba cansada de que insistiera. Lo quería más que él. Y no aspiraba a hacerse ilusiones con Renard. Si de verdad quisiera estar con ella, la hubiera llamado, o enviado un mensaje diciendo que se iba a China. Podía

haberse muerto y no sabría nada. Así no se llevaba una relación.

El catering salió genial y, como siempre, la comida y la decoración fueron un éxito. Hacían muy buen equipo. Acabaron agotadas. Incluso Hans, que siempre presumía de fuerte, se quejaba de los pies.

El siguiente sábado tenían otro evento y allí estaban cuando recibieron una visita. Sofía andaba preparando la masa de las pizzas fritas, de nuevo el plato más solicitado. Una voz conocida se escuchó en la oficina.

—¿Puedo hablar con Sofía? ¿Está dentro?

—Déjame que le pregunte, andamos un poco liadas, tenemos un evento.

—Sí, lo comprendo. Si ella puede...

Sofía dejó la masa fermentando y se lavó las manos. Abrió ligeramente la puerta de la cocina y le indicó que pasara.

—Hola, José. Tengo poquito tiempo. ¿Tus padres están bien?

—Sí, están bien, como siempre. Ahora tienen dos personas que se turnan y están muy bien atendidos, pero mi madre apenas reconoce quién es. Estamos pensando en internarla en una residencia. ¿Qué opinas?

—Quizá tu padre no pueda atenderla, posiblemente sea una buena idea. —Sofía se lo quedó mirando—. ¿Para eso has venido? Son tus padres y supongo que tendrás que decidir tú.

—Sí, lo sé. Quería hablar también contigo sobre... sobre nosotros.

—José, no hay mucho que hablar sobre nosotros. Sí, nos besamos, pero ya está. Aquello se acabó. —Sofía se cruzó de brazos.

—¡He vuelto! Y les he devuelto el dinero a mis padres. Y me voy a quedar a vivir aquí, con ellos. He cambiado, Sofía. —José tomó de los hombros a la chica.

—Ahí está el problema. Tú has cambiado, pero yo también. Y ahora ya no me interesa lo mismo.

—Ya veo, es que estás con el ricachón ese, con el francés —casi escupió las palabras.

—Ay, qué tonto eres. —Ella se retiró hacia la cocina—. Resulta que no estoy con nadie. Sí, he tenido una relación con él, pero nada en serio. Ahora estoy casada con esto. —Sofía abrió las manos queriendo abarcar su cocina.

—Lo siento. Me gustaría que retomásemos lo nuestro. Sin agobios, no quiero que te sientas mal, solo podemos probar.

El joven se acercó a ella y le acarició la cara. Ella descruzó los brazos. De todas formas, no es que tuviera futuro con Renard, y él, había sido su gran

amor. Él se acercó todavía más. Pero ella se retiró. No estaba segura de querer estar con él.

—No, déjalo. Mira, estoy muy ocupada. Ya hablaremos otro día.

José se siguió acercando, insistiendo de forma que la atrapó con una mesa detrás.

—Vamos, Sofía. Seguro que estarás bien junto a mí.

—Déjalo, de verdad. —Sofía puso la mano en su pecho para apartarlo.

La puerta de la cocina se abrió dejando entrar un pequeño huracán a la cocina.

—¡Quita las manos de mi mujer! —Renard soltó esas palabras sin poder evitarlo, se acercó al tipo y lo apartó de malas maneras de al lado de Sofía. Ella lo miró asombrada, por verlo allí y por sus palabras.

José levantó las manos y se apartó, mirándolo enfadado, pero se fue.

—Sofía, ¿estás bien?

—Pero tú qué te crees. No me has llamado en días y ahora vienes de repente, te presentas aquí sin avisar y entras como si todo esto te perteneciera. —Sofía podría haberle fulminado con la mirada si tuviera rayos en los ojos.

—Todo esto no. Quiero decir. Por supuesto que no me pertenece nada. Yo, simplemente no lo pude evitar al verle ahí. —Renard parecía realmente avergonzado.

—Me confundes. No sé qué pensar. Pero tengo un evento y mucho trabajo. Márchate. Mañana, si quieres hablar conmigo, tengo el día libre. Puedes venir a mi casa a partir de las doce. Y, si no quieres venir, tú verás.

—Ahí estaré. Lo siento.

Renard salió de la cocina mientras Irina, que había visto todo, le abría la puerta. Sus ojos brillaban de emoción contenida.

—Ay, cariño, que está loquito por ti. —La rubia abrazó a la morena—. Este francés está que se muere por tus huesos. Ha sido como en las películas.

—Por favor, ¡ya! Tengo doscientas pizzas fritas que hacer y me estáis volviendo loca entre todos.

Sofía echó a Irina de la cocina. Marc llegó entonces para ayudarla con las pizzas. Habían ido a la casa de campo a ver qué necesitaban para montar el cumpleaños. Se puso manos a la obra con ella para terminar las mini pizzas y el resto de los bocaditos. Ella dejó de pensar en nada que no fuera cocinar y hacerlo bien. La cliente era una mujer muy conocida y relacionada en la zona. Así que tenían que quedar muy bien.

La decoración que había preparado Irina junto con Suzanne era deliciosamente bonita. Ya habían llevado algunas cosas y el resto las trasladarían cuando acabasen las pizzas. Sofía se quedaría en la cocina recogiendo y ellos harían el evento. No tenía ninguna gana de ir.

Acabó cerca de las doce de la noche, una vez que recogió todo. Aún no habían vuelto los compañeros así que cerró todo y se fue caminando para casa. Era finales de octubre y la noche no estaba demasiado fresca, así que caminó despacio, disfrutando de ese momento. Acababa de ducharse en el local y se sentía bien, limpia y no tan cansada.

Un ruido a su espalda la sobresaltó. Ya estaba llegando a su portal y apresuró el paso.

—Sofía, no te asustes, soy yo.

—Renard, ¿qué haces aquí? Me has dado un buen susto, la verdad. No puedes ir asustando a la gente así.

—Lo siento, pero no quería dejar de pasar esta noche sin hablar contigo.

Sofía abrió el portal y le invitó a pasar sin decir nada. ¿Había estado esperando toda la noche? Subieron las escaleras, Sofía delante y él detrás.

—¿Has cenado algo? —le preguntó Sofía dejando las llaves en la entrada.

—Sí, algo he tomado. No podía dejar las cosas así así.

—Está bien, te escucho.

Sofía se sentó en el sofá y él enfrente en la mesita de centro. La miró intensamente a los ojos.

—Ante todo quiero decirte que he pasado muy malos días. —Sofía se echó para atrás—. Ya sé que tú también. Me echaron de mi propia empresa. Tuve que salir a China de repente, a intentar salvar un acuerdo que yo no quería.

—Y fuiste con Olive.

—Sí. Fui con Olive. —Renard apartó la vista.

—Ah, ya veo. ¿Has vuelto con ella?

—¡No! Ahí me he dado cuenta de que estoy enamorado de ti.

Sofía se quedó callada, sin saber qué decir. Esperaba muchas cosas, o no esperaba ninguna, pero esto no.

—Di algo, por favor.

—Me has sorprendido, no sé qué decir.

—Sofía. —Renard acarició su rostro suavemente—. Me gustaría que siguiéramos viéndonos. He pensado vivir aquí, en la finca. Así podríamos vernos, cada día si tú quieres.



—¿Estás seguro? ¿Vas a dejar tu empresa, y tu vida allí?

—Ya no queda nada para mi allí.

Él se acercó besándola suavemente y ella respondió. Poco a poco se fueron quitando la ropa, reencontrándose de nuevo. Ella no podía evitar querer abrazarle, tocar su espalda, acariciar su rostro con algo de barba, meter los dedos entre su cabello. Seguramente no quería evitarlo. Así que tomó de la mano a su amante francés y se lo llevó a su cuarto. Todavía iban con ropa interior y acabaron de quitársela sobre la cama, acariciando su piel desnuda. Renard siguió la línea de las caderas con su dedo, dibujando un rastro de deseo que acabó acariciando su intimidad, mientras besaba sus pechos preparados para el placer. Enseguida pasaron a bailar uno sobre otro y colmar su goce con un último suspiro.

—Te echaba de menos. —Renard acarició la espalda de Sofia que yacía desmadejada boca abajo.

—Yo también. Pensé que no querías estar conmigo. Me siento un poco culpable de que hayas perdido la empresa. —Sofia levantó la vista para mirar a los ojos al hombre. Él acarició su cabello con suavidad y luego se echó boca arriba.

—Tú no tienes ninguna culpa. Desde el principio ese compromiso fue un error. Pero como para mi no era real, lo tomé como si no pudiera haber consecuencias. Evidentemente las ha habido. Y ¿sabes? —Renard se puso de lado mirándola—. En el fondo me alegro. Llevo unos pocos días sin trabajar y, aunque pensé que no podía vivir sin ello, lo cierto es que no es así. Estoy mejor de lo que creía. Y, sobre todo, pensando en venir aquí, contigo.

—¿Así que ahora serás un desempleado ocioso?

—No sé, de momento voy a tomarme unos meses sabáticos. Pensaré qué hacer con mi vida. Bucearé, haré deporte y descansaré. No tengo ninguna prisa.

—Puedes viajar, visitar países a los que no hayas ido. Me encantaría ir a China, ¿qué tal te fue allí?

—Bien. —Renard se sintió incómodo. ¿Debía decirle lo de Olive? Decidió que no sería bueno.

—No eres muy expresivo...

—Apenas vimos nada. Del avión al hotel, del hotel a la reunión y luego de vuelta al avión.

—¿Vimos?

—Sí, vino Olive, ya lo sabes. Aunque no por mí claro. —Renard se echó hacia atrás y cerró los ojos. En ese momento fue cuando se dio cuenta de su actitud.

—Ese es uno de tus problemas, Renard. No me cuentas las cosas. Creo que una relación se basa en la comunicación, y en no mentir. —Sofía se sentó y se abrazó las piernas que tenía tapadas con una sábana. Tenía una sensación extraña.

—Cierto. Tienes toda la razón. Hasta ahora ni yo sabía cómo comportarme en una relación. Aunque no te lo creas, la única pareja estable ha sido Olive, y ni siquiera era real.

—No sé, Renard. Creo que cualquiera se daría cuenta de que, si estás interesado en una persona, tienes que llamarle, enviarle mensajes, interesarte por ella, y no mentirle —insistió ella—. Supongo que es lo normal.

—En cuanto a eso, quiero empezar esta relación siendo sincero. Cuando estábamos allí, la primera noche, tomamos demasiado licor, y acabamos, bueno, imagínate.

Sofía se giró con estupor hacia Renard. ¿Se habían acostado? Hacía dos días había estado con su ex y ahora con ella.

—¿Me estás diciendo que te has acostado con tu exnovia cuando estábamos comenzando una relación? —Sus ojos demostraban que Renard se había equivocado contándoselo, al menos en este momento.

—Lo siento, Sofía. Fue un error, por supuesto.

—Yo sí que lo siento. Soy una estúpida. Márchate. ¡Ahora!

—Pensé que preferías la sinceridad. —El hombre se levantó desnudo de la cama y cogió su ropa.

—Me gusta la sinceridad, pero se supone que eso es poner los cuernos. Mira, márchate, ahora no quiero hablar contigo. Ya te llamaré.

Sofía se echó dándole la espalda y aguantándose las lágrimas que estaban justo a punto de salir. Claro que quería sinceridad, pero no se esperaba eso. ¿Qué ocurriría cuando estuvieran juntos? ¿Seguirían acostándose cuando fuera a algún viaje de negocios o se tomara una copa? Escuchó la puerta que se cerraba y se echó a llorar. ¡Qué tonta había sido! Igual se había pensado que un tipo así se iba a enamorar de ella de verdad. Alguien rico, de familia poderosa, y acostumbrado a relacionarse con la alta sociedad. Maldijo su estupidez y se prometió no volver a caer.

## Una sorpresa inesperada

Le dolía la cabeza como si un tren de mercancías hubiera pasado dos veces por encima. Por suerte ese lunes no tenía trabajo. Se había excusado con sus amigos y no contestó a ninguna de las llamadas o mensajes de Renard. Todavía no lo había digerido. Cuando estaba muy nerviosa, se dedicaba a limpiar los armarios de la cocina, sacando todo y volviéndolo a meter. Así es como le sorprendió la llamada.

Se había preparado un café cargado, que casi se le estaba enfriando, porque estaba luchando contra el armario donde guardaba las especias. Un botecito del fondo, probablemente el tomillo, se había caído y en el fondo se acumulaban algunas hierbas. Pensó en ni mirar el número, pero hizo caso a su intuición y lo miró. Era un número desconocido y con prefijo +33. Quizá era Gustave, el cocinero del hotel. Le dio su teléfono por si tenía alguna duda. Contestó enseguida.

—¿Sofía? Soy Gerald Martin, ¿me recuerda? ¿Cómo está?

Ella se quedó pensando un poco, pero enseguida reconoció al caballero que le pidió que le hiciera un *steak tartar* en el restaurante. Ella le dio la tarjeta por compromiso.

—¡Claro que le recuerdo!, ¿cómo está?

—Muy bien, verás, aunque te parezca algo raro, quería hacerte una pregunta. Por supuesto, aceptaré lo que decidas.

—Sí, claro, dígame. —Sofía no tenía ni idea de lo que le iba a decir.

—Me quedé muy impresionado con tu don con la cocina. Me dijiste que te dedicabas a cocinar, que eras chef. Sinceramente, soy muy aficionado a comer en restaurantes, y jamás había probado un plato como el tuyo. Por eso, quiero

invitarte a París durante unas semanas, para que enseñes a los alumnos de mi academia alguna de esas cosas que tú sabes hacer tan bien.

—¿Cómo? ¿Para su academia?

—Sí, Sofia, soy el director de Le Cordon Bleu, ya sé que la conoces. Quiero que vengas y enseñes y aprendas. Serán solo dos semanas. Vamos a hacer un curso especial para Navidad y me gustaría que prepararas un par de platos, algo que sea tu especialidad. Y de paso, puedes aprender de los otros chefs que vienen.

—No puedo... no puedo ni hablar. —Sofia sentía que quería llorar y reír al mismo tiempo.

—Por supuesto, si es posible por tu trabajo. Piénsalo y llámame mañana. Si aceptas, te enviaré los billetes de avión por correo. Saldrías este jueves. Las clases comienzan en una semana, pero imagino que querrás pensar qué quieres hacer y quizá hacer alguna prueba antes. Aceptaría gustoso una invitación a cenar *steak tartar*. —Se notaba que el señor Martin sonreía.

—¡Dios mío! ¡Eso es maravilloso! Claro, me encantaría, aunque tengo que hablar con mi socia. —La voz de la mujer sonaba extasiada.

—Bien, en cuanto sepas algo, llámame a este mismo teléfono, ¿te parece? Por supuesto tienes todos los gastos pagados, alojamiento y transporte y una cantidad diaria para otros gastos. Durante todo el tiempo. Si quieres quedarte más, tú decides.

—¡Gracias! No sé cómo agradecerle esto. ¡Le llamaré enseguida!!

Sofia colgó el teléfono y lo apretó contra su pecho como si estuviera abrazando al señor Martin. ¿Era posible? ¿Era una broma? ¿O quizá la vida le había enviado un regalo para compensar toda una vida de trabajo sacrificado?

Siempre pensó que cuando uno trabaja duro, más tarde o más temprano, algo pasa y se compensa todo ese esfuerzo, ese sacrificio. Como ahora a ella. Llamó a Irina y se lo contó todo. Su amiga lloraba de la alegría y Hans gritaba en el fondo de la conversación, a la que se había unido a través del manos libres.

—¡Ya estás haciendo las maletas! —le dijo su amiga—. Llama al señor Martin y dile que sí. ¡Ni lo dudes! Es una oportunidad maravillosa. Y, además, antes de que lo digas, también será bueno para la empresa. Marc y Suzanne nos echarán una mano en los eventos. Así que llama ya, por favor.

No quiso avisar a Renard. En parte, pensó que merecía no saberlo. Todavía estaba un poco resentida hacia él, así que se iría a París con la única

despedida de sus dos mejores amigos. Tampoco respondió a las llamadas de José. En ese momento ya no tenía ganas de hombres, solo de disfrutar con esa experiencia maravillosa que tan especial sería para ella.

Sin darse cuenta, el día de la partida llegó y ella se encontró dentro del avión.

En París llovía y hacía mucho frío, pero Sofía estaba tan emocionada que poco le importó. Avisó a Gustave, que ya se había convertido casi en amigo, y la fue a buscar al aeropuerto Charles De Gaulle. El señor Martin había sido tan amable de pagarle una habitación en su mismo hotel de la otra vez, así que podría estar acompañada, si lo deseaba, por el chef que también estaba invitado a las jornadas que iba a organizar Le Cordon Bleu.

Era el segundo año que organizaban un curso en noviembre para chefs de diferentes restaurantes de todo el mundo. Algunos eran más famosos que otros, pero todos cocinarían y aprenderían distintas técnicas impartidas entre ellos, como una comunidad. ¡Y Sofía estaba incluida en la lista! Y no solo eso, sino que ella iba a dar uno de los talleres. Gustave también impartiría uno sobre una de sus especialidades, el foie.

Al día siguiente fueron a las instalaciones de las clases. No empezaban todavía, pero Sofía deseaba hacer su *steak tartar* en sus instalaciones y, además, había introducido un nuevo ingrediente que deseaba que probara el señor Martin.

Gustave y ella eligieron un rincón de la enorme sala de aprendizaje y se pusieron manos a la obra para preparar sus platos. Había otros cocineros que también estaban practicando. Uno procedente de la India y otro francés discutían animadamente sobre la mejor forma de utilizar el curry, mientras una cocinera italiana hablaba con una estadounidense de lasaña. Otros dos se afanaban en cortar y preparar sus ingredientes. La sonrisa de Sofía iluminaba su cara mientras picaba la cebolla muy fina. Su compañero estaba preparando una crema suave para acompañar la tostada de foie.

El teléfono no había dejado de sonar, hasta que finalmente lo desconectó. Renard le había estado llamando y enviando mensajes preguntando dónde estaba. Quería hablar con ella. Pero ella no quería hablar con él, no de momento.

Una suave música clásica sonaba en los altavoces de la cocina. Los dos guisaban en silencio, disfrutando del placer de cocinar. Ambos lo hacían con verdadero amor. Gerarld se acercó a ellos vestido con chaquetilla y pantalón

de cocinero.

—¿Qué tal, mis amigos?

—Muy bien, señor Martin —contestó Sofia—. Estamos probando su maravillosa cocina.

—Por favor, Sofia, no me llames señor, sigue llamándome Gerald, como cuando no sabías que era director de este centro. —El hombre sonrió amablemente.

—De acuerdo, Gerald. Esta cocina es maravillosa. Mira, he preparado una nueva versión del *steak*. Me gustaría que lo probases.

Gerald se acercó un poco más a su mesa y observó el aspecto del plato. Parecía diferente. Tomó una cucharita y probó la nueva mezcla. Sofia miraba expectante al hombre que disfrutaba del sabor con los ojos cerrados. Finalmente, tragó y abrió los ojos, sonriendo ampliamente.

—¡Cómo puede ser que esté más delicioso todavía! Ahora mismo me cuentas cómo lo has hecho.

Sofia sonrió y empezó a contarle los pasos exactos mientras Gerald y Gustave escuchaban encantados.

El día pasó rápido y se retiraron cansados al hotel. Sofia se despidió de Gustave y pasó la tarjeta para entrar en su habitación. Las luces se encendieron al entrar y una explosión de olor y color invadió sus sentidos. Sofia abrió los ojos asombrada. Cientos de rosas de color amarillo pálido, anaranjadas y blancas se distribuían por todas partes. Recorrió la habitación tocando las flores, oliéndolas, rozando su piel con ellas, preguntándose quién, aunque esperaba que fuera él. Buscó entre las flores por si había alguna tarjeta. Nada.

Un ligero carraspeo le hizo volverse. Allí estaba, con la camisa remangada y una bolsa en el suelo, sonriendo.

—¡Renard! ¿Qué haces aquí? ¿quién te ha dicho...?

—Adrián me confesó que te ibas a ver «la torre *fel*», porque tu amiga Irina no soltó prenda. Y menos Hans. Me miraban con ojos asesinos.

—¡Menuda cara! —Pero sonrió sin poder evitarlo.

Renard entró en la habitación despacio, evaluando las posibilidades. Ella lo miró, decidiendo si le perdonaba o no. Él dio un paso más y ella finalmente se acercó.

—Discúlpame, Sofia.

Renard se aproximó a ella y acarició su rostro.

—Te quiero. Y quiero estar contigo.

—Yo también quiero estar contigo, ahora —admitió ella.

A Renard se le iluminó la mirada y, sin esperar más, besó a Sofía. Ella lo abrazó acariciándole la espalda. Las manos volaron rápido arrancándose la ropa hasta quedarse semi desnudos. Renard apartó las flores de la cama y echó a Sofía suavemente sobre ella. Algunas rosas se habían quedado en la cubierta, rodeándola como un precioso halo que hacía destacar su piel ligeramente tostada. Recorrió su cuerpo con sus labios provocando que Sofía se retorciera de placer. Renard tomó una rosa y acarició sus hombros, bajando por el pecho y rodeando su pezón que apuntaba alto. Su piel se erizó mientras la rosa seguía bajando por el costado hasta alcanzar la ingle. Se detuvo y ella le animó con un leve movimiento. Pasó la rosa por el interior de las piernas, rozando levemente su zona más íntima. Se acercó a ella besándola y el intenso placer recorrió a la joven. Después de un rato de agradable trabajo, se puso sobre ella, sintiendo sus pechos en el suyo y la hizo suya, suave, despacio al principio, para aumentar el ritmo y llegar al límite del placer.

—Sofía, me ha costado mucho dar este paso. —Besó el hombro de Sofía—. Creo que nunca había sentido algo así por una mujer. Me has abierto los ojos al amor.

—Quizá estemos enamorados pero nuestras vidas siguen siendo distintas. Hay que ser conscientes de ello. —Sofía se incorporó mirándolo a los ojos—. Nos lo hemos pasado muy bien y es verdad que me gustas mucho. Pero cuando volvamos a España, tú te irás con tus negocios y tus millones y yo volveré a mi pequeña empresa.

—Has dicho que querías estar conmigo —protestó Renard.

—Sí, y quiero. Pero vuelve a la realidad. Ni tú te vas a venir a vivir allí, ni yo a Marsella. No quiero una relación a distancia. —Ella se levantó y se puso la camisa.

—¿Por qué te resistes a una relación?

—Porque siempre falla, Renard. Estoy harta y lo que quiero ahora es trabajar en mi negocio, progresar profesionalmente. Tengo una gran oportunidad y no quiero estropearla distrayéndome.

—¿Eso te parece nuestra relación? ¿una distracción? —Renard se levantó también quedando al otro lado de la cama—. Está bien, me marchó.

—Lo siento, y ha sido muy bonito que hayas venido, las rosas, me gustas mucho...

—Pero no me quieres lo suficiente. Bien, lo entiendo. Me voy.

Se vistió en dos minutos, cogió la bolsa de la entrada y salió por la puerta. Sofia tragó saliva. ¿Tal vez se había equivocado? ¡No! Conocía a los tipos como Renard. Al final, acabaría yéndose a vivir con él, dejaría de trabajar y luego él la abandonaría por una modelo. Esa era la realidad. Se sentía como en una montaña rusa. Estaba con él y luego se arrepentía. Quizá era miedo al compromiso. Pero cada vez que se acercaba mucho, tenía ganas de salir corriendo.



# 19

## En casa, de nuevo

Los días pasaron pronto. Sofía no cabía en sí de gozo por todo lo que había aprendido. Incluso había recibido una oferta para trabajar en un restaurante, pero, de momento, estaba deseando volver a su casa, a su vida, y organizar su empresa, atender a los múltiples compromisos y encargos que estaban llegando, y pasar la Navidad con su familia, que eran, básicamente, sus amigos.

Llegó a su casa a las doce. Había insistido en que no la fueran a buscar, ya que tenían colegio, trabajo y por ello, que madrugar. Tomó un taxi y entró en su casa. Dejó la maleta en la entrada. No tenía ganas de recoger todo. Estaba cansada y triste, más de lo que podía imaginar.

A la mañana siguiente acudió al local, preparada y con muchas cosas por contar, más de las que les había contado cuando hablaban por teléfono a diario. Irina atendía a una mujer interesada por un evento, pero, en cuanto la vio aparecer, se lanzó a sus brazos contenta de verla.

—¡Bienvenida! ¡Cuánto me alegro de verte! —Su socia estaba espléndida, feliz de abrazar a su amiga.

—Gracias, yo también tenía ganas de volver. ¿Qué tal todo?

—Déjame que termine aquí y tomamos un café.

La cocina seguía tan limpia y recogida como si hubiera sido ella la encargada. Desde luego, Marc y Suzanne eran muy eficientes.

Todavía no habían llegado así que estaban solas en el local. Irina preparó un café para ambas y sacó unas galletitas de chocolate que había preparado Marc.

—Me alegro de que estés aquí. Te echaba de menos, la verdad. —Irina tomó de la mano a su amiga.

—Yo también. ¿Qué tal Hans? ¿Y Adrián?

—Le ha llevado al colegio y luego iba a comprar unas cosas. La verdad, no sé qué haría sin él. Quería decírtelo él, pero... —Los ojos de Irina brillaban de la emoción.

—¿Os vais a casar? —adivinó Sofía.

—¡Síiiii! Me lo pidió hace unos días, y yo, claro, he dicho que sí.

—Me alegro mucho, amiga. Os quiero tanto a los dos que es maravilloso.

Las dos mujeres se abrazaron durante un buen rato.

—¡¡Tienes que contármelo todo!!

—Sí, lo haré, pero ahora hablemos de trabajo. Para este mes tenemos todos los fines de semana cubiertos como te dije por teléfono. Eventos de mañana, de tarde... Marc me ha comentado que conoce a un par de cocineros que podrían echarnos una mano como extras.

—A mí me gustaría contar con algún antiguo compañero de La Ballena. Creo que se pondrían muy contentos si los llamase.

—Nos va bien, ¿verdad? Tenemos mucho trabajo y además nosotros nos vamos a casar. —Irina cerró los labios. Quizá había metido la pata—. ¿Qué tal tú con Renard?

—Con Renard no hay nada que hacer. Él pensó que estaba enamorado de mí, pero seguramente fui uno de sus caprichos temporales. Bueno, lo pasé bien. Nada más.

—¿Estás segura? Te ha cambiado la cara.

—Sí, estoy segura. De hecho, no quiero saber nada de hombres por una temporada. Quiero centrarme en la empresa, que bastante has estado trabajando tú.

—Ah, por eso no te preocupes, he ido publicando en las redes sociales algunas de tus fotos como hablamos, y tener una famosa cocinera es algo que da prestigio a la empresa.

—¿Y cuándo pensáis casaros? Tendréis que coger vacaciones.

—Sí, ya lo hemos pensado. Seguramente febrero será un mes muy flojito, así que nos casaremos para la semana de carnaval, cuando tienen menos cosas los niños. Así nos iremos los tres a Holanda. Hans quiere presentarme a su familia. Como sus padres no pueden venir para la boda porque son muy mayores, hemos pensado celebrar una segunda boda allí. Con pocos invitados, tanto allí como aquí, queremos algo sencillo. Eso sí, aunque no queremos hacerte trabajar, nos gustaría...

—Claro que sí, Irina, yo os haré el menú. Faltaría más. Me alegro mucho, cielo.

Las mujeres se abrazaron de nuevo y Hans, que entraba en la cocina entonces, se unió a ellas, abrazándolas como un oso.

—¿Ya se lo has dicho? No has podido esperar. —Hans sonrió mientras besaba a su futura esposa en al frente.

—Me habéis hecho muy feliz, no podía pedir más que mis mejores amigos estuvieran juntos. Eso sí, procurar llevaros bien, porque será complicado ponerme de un lado o de otro.

—Ah, no hay problema en eso. Esto... Sofia, como toda mi familia está fuera, ¿podrías ser mi madrina? Sé que los hombres no suelen tener madrina aquí en España, pero has sido mi mejor amiga, mi hermana desde que vine. Me gustaría mucho.

—Pues claro, tonto. —Sofia se limpió las lágrimas que se le habían saltado de la emoción, mientras Hans la abrazaba de nuevo.

Hoy tenían el cumpleaños de una de las socias más importantes del Club Náutico, así que Sofia se puso manos a la obra, aunque ya había cosas adelantadas. Era como si nunca se hubiera ido de allí.

No llevaba ni dos horas trabajando cuando alguien entró en la cocina. Ella no se volvió. Estaba muy ocupada procurando que el almíbar no se quemase. Iba a preparar unos flanecitos de ron con pasas y necesitaba que estuviera en su punto justo.

—¿Qué ha pasado con mi hermano? —Sergio se puso delante de ella.

—Hola, Sergio, me alegro de verte. —Sofia no levantó la vista del termómetro del almíbar—. No ha pasado nada. Ya lo sabes.

—Eso es lo que no sé. No entiendo qué te pasa. Él está enamorado de ti, como de nadie hasta ahora, y está hecho polvo.

—Lo siento, Sergio. Pero tu hermano y yo no somos compatibles. Él, vosotros, sois de otro mundo.

—Sofía, deja eso un momento y mírame a los ojos, por favor. —Sofia apartó la vista y miró al joven que parecía realmente preocupado—. Dime que no te gusta, que no le quieres y te dejaré en paz. No pasa nada si no le correspondes, son cosas que pasan. Pero, si de verdad lo quieres, eres una estúpida.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. El discurso del chico había abierto esa herida que ella cerró a cal y canto.

—Así que sí estás enamorada. Entonces, ¿qué te impide estar con él?

—Muchas cosas me lo impiden. Su forma de vida y la mía son incompatibles. He visto en las revistas que Olive es presidenta de la compañía, que él es vicepresidente, así que pronto volverán a estar juntos. Yo no encajo en esa vida.

—No creas todo lo que ves en las revistas. Ha aceptado porque mi padre está enfermo y asume su responsabilidad y porque, a lo mejor, no le queda nada aquí.

—¿Está enfermo? Lo siento mucho.

—Sí, bueno. No cambies de tema. Tú quieres estar con él y él contigo. Creo que es lo más importante.

—No. No es suficiente. Para tener una relación hace falta algo más. Y, por favor, déjalo ya. —Sofía apenas aguantaba las lágrimas—. Cuéntame, ¿cómo está Talía?

—Está bien. Lo dejaré por el momento. Ella se encuentra perfectamente, aunque ya no puede verse los pies. —Sergio sonrió—. Estamos deseando ver la cara de nuestra niña.

—¿Una niña? ¡Qué bien!

—Sí, estamos muy contentos. Va a nacer para primeros de marzo si todo va bien.

—¿Ya tenéis pensado el nombre?

—No, dice Talía que tiene que verla la cara para saber cómo se va a llamar. —Sergio sonrió mientras veía a Sofía terminar el postre. De pronto, se puso serio. — Sofía, de verdad. Creo que deberías reconsiderar lo de mi hermano. Jamás lo había visto así. ¿Y si se va de verdad? ¿Y si lo pierdes?

Sofía bajó las manos y la vista. Cuando levantó la mirada, sus ojos estaban arrasados en lágrimas.

—¿Y si me equivoco? ¿Y si estoy con él y se cansa de mí, de mi vida sencilla, de trabajar tanto, de todo? Entonces, ¿qué hago?

—Si no arriesgas, nunca lo sabrás. Creo que es mejor arrepentirse de intentarlo que de no hacerlo. Solo te digo que le des una oportunidad. Si sale mal, le daré una paliza.

Ella sonrió. Si Renard fuera un poco más cariñoso, como su hermano, quizá todo sería distinto.

—Ve a verlo, está en la finca.

—Lo pensaré.

Sergio tomó la pequeña caja que ella le había preparado para su esposa y se

fue dándole un beso en la frente. Irina observó desde la entrada. Sofia parecía pensativa y algo triste. A veces el amor confunde a las personas hasta tal punto que las destroza y les encoje el corazón.

## 20

### La visita

Sofía condujo el coche de Hans hasta la finca. Estaba realmente nerviosa por el paso que quizá estaba a punto de dar. Además, las Navidades le ponían melancólica. Echaba mucho de menos cuando era pequeña y estaba rodeada de su familia, de sus primos. Esta vez sería distinto con Hans e Irina. Solo hacía medio año, quizá algo más, que ella había entrado en su vida, y ahora no sabría vivir sin su amiga. Y se iba a unir a su mejor amigo. Estuviera o no con Renard, ese año sería especial.

La finca estaba rodeada de un poquito de niebla y ella condujo despacio entre los caminos de tierra. Jordi se encontraba en la entrada, recogiendo algunas hojas caídas por el frío y el aire que de vez en cuando soplaba fuerte.

—¡Sofía! ¡Qué alegría!

—Hola, Jordi, ¿cómo estás? ¿Y Mara? —Ella abrazó al anciano.

—Estamos bien, achacosos, pero bien. El señor está dentro. Vienes a verlo, ¿verdad? Está algo triste.

—Lo sé, Jordi. Vengo a hablar con él.

El hombre le dio una cariñosa palmada en el hombro y ella pasó dentro. No había nadie aparentemente. Pasó al salón vacío y llegó a la cocina. Ahí estaba Renard, sentado en la isla con una taza de café en la mano, mirando por la ventana. Ni se había dado cuenta de que ella había entrado.

—Hola, Renard.

Él se giró semi cerrando los ojos, como preguntándose si era ella o no.

—Sofía, hola.

—Ay —suspiró ella—. Lo siento tanto... Estoy tan insegura de todo. Por supuesto que te quiero. —Él se volvió dejando la taza en la isla, pero sin

moverse.

—Sofía, yo...

—No me interrumpas, si no, no te lo diré. Te quiero, pero no me siento segura acerca de nuestra vida. Ya sé que lo de las clases sociales es cosa de la historia, aunque sigo pensando que somos muy diferentes. ¿Y si sale mal?

—Claro que somos diferentes. —Renard se acercó un poco a ella que todavía estaba de pie parada, sin quitarse el abrigo, ahí en medio—. Ahí está lo bonito. Ser distintos y complementarse, comprenderse. Estamos muy bien juntos, hablamos, tenemos buen sexo y aunque tú tienes algo de genio. —Él acercó la mano a su rostro para acariciárselo mientras ella sonreía—. Yo también soy insoportable y no sé comunicarme bien.

—En eso tienes razón —interrumpió Sofía—. Digo en que eres insoportablemente “incomunicativo”.

—Te has inventado esa palabra. —Sonrió él—. Pero sí, estás en lo cierto. Sofía, me gustaría intentarlo. Si no sale bien, por lo menos habremos pasado unos buenos días.

—Tu hermano ejerce una mala influencia en ti, y quizá en mí. Casi me dijo lo mismo ayer. —Sofía dio un paso hacia él.

Renard le ayudó a quitarse el abrigo, lo dejó en una silla y la miró con ojos dulces, como solo un enamorado podría mirar. Ella ya no pudo resistirse y se abalanzó hacia él, tan bruscamente que tuvo que dar un paso atrás para afianzar la postura. Él sonrió feliz por tenerla en sus brazos y la cubrió a besos.

—Entonces, ¿lo intentamos? —susurró Renard en su oído.

—O eso o tenemos a tu hermano dándonos la paliza.

Ambos se unieron en un profundo abrazo, seguros de que, en el fondo, era la mejor idea, y que hacía mucho que lo estaban deseando.

## 21

### La boda de Irina

Sofía estaba espléndida. Llevaba un vestido de encaje azul pálido, pero no tanto que pareciera blanco. Había que respetar la tradición de que el blanco solo lo llevase la novia. El cabello lo llevaba recogido en un moño alto con pequeñas florecitas azules salpicando sus bucles. Irina había insistido en ello. Tomó de la mano al grandullón que sudaba nervioso a pesar de ser catorce de febrero. Un gran día para casarse, el día de los enamorados.

—¿Qué tal estás, Hans?

—Creo que me voy a desmayar. Estoy sudando demasiado. ¿Doy asco?

Sofía soltó una carcajada y limpió el sudor de su amigo con un pañuelo de tela.

—No das asco, estás adorable. Todo lo adorable que un hombre de metro noventa y ocho puede ser. Ella estará deseando verte allí, en el altar.

—Y Renard, ¿vendrá?

—Me ha prometido que sí, pero ya ves qué hora que es y no sé nada.

—Tranquila, vendrá. Si te lo ha prometido... Quizá el avión se retrase por el mal tiempo. No pasa nada.

—Sí, supongo. No es fácil, Hans. Casi no nos vemos. Entre lo que yo trabajo y él que viene y va a Francia. No sé —suspiró ella—. Pero bueno, hoy es tu día y quiero que seas muy feliz.

—Todo se arreglará y serás también muy feliz, ya verás. Tanto como nosotros o más.

—Claro, Hans. ¿Vamos? O la novia aparecerá antes que nosotros. —Sofía sonrió solo con la boca. Durante ese mes que se habían ido a vivir juntos las cosas no eran tan maravillosas. De hecho, cuando él se iba allá, ella volvía a



su piso. No quería estar sola en la finca. Se había comprado un coche pequeño, para ir y volver. Pero seguía teniendo la sensación de que no eran pareja.

Entraron en la sala de ceremonias del ayuntamiento y fueron saludando a los pocos invitados que había. Sergio y Talía con su abultada barriga, sonreían entusiasmados. Marc, Suzanne, Jordi, Mara, y unos cuantos amigos más contemplaban al novio y a la madrina entrar. Se colocaron en su sitio y esperaron a la novia, que entraba acompañada de sus dos hombres favoritos: su hermano y su hijo. Ella se veía radiante. Llevaba un sencillo vestido blanco de cóctel, con un recogido que le hacía parecer a una antigua actriz llegada a princesa. El pequeño Adrián llevaba un traje de chaqueta y una pajarita a juego con su tío. Parecía una copia en pequeño y resultaban muy graciosos verlos juntos.

La ceremonia comenzó. Sofía estaba sentada en primera fila, con un asiento vacío a su lado. Intentó no pensar en ello y se concentró en la ceremonia. La alcaldesa, amiga de Irina dijo un discurso muy emotivo y alegre, hablando de cómo dos personas nacidas tan lejanas se habían encontrado allí para formar una bella familia, y todos se emocionaron. Después de que los novios se besasen, los invitados se levantaron a felicitarlos. Tras la ceremonia y como apenas eran quince invitados, se fueron al local, donde Sofía tenía todo preparado. Habían montado una carpa cerrada y acondicionada con estufas y contratado varios extras. Sofía se levantó de la silla y frunció el ceño. Estaba realmente molesta con él porque se había perdido la boda de sus mejores amigos. Algo que realmente era importante para ella.

Salió corriendo junto a Marc y Suzanne para ir avisando que los invitados llegarían pronto. Había un ligero viento frío, pero eso no impediría que estuvieran calentitos en las carpas.

Todo estaba preparado ya en la cocina. Los aperitivos, los cócteles y, aunque Sofía había dirigido todo, no quería perderse ni un solo momento de la fiesta, así que ese día no trabajaría más. Marc y Suzanne se habían ofrecido a llevar la cocina así que, tras revisar un poco más y comprobar que ya estaba todo perfecto, salió a recibir a los invitados.

El cóctel sin alcohol o de cava para quien lo quisiera ya estaba listo y los camareros lo estaban ofreciendo a los invitados. Al ser una boda tan íntima, casi todos se conocían y charlaban animadamente esperando a los novios que llegarían un poco más tarde. Habían montado una mesa en forma de U y así

todos se iban a ver las caras y podrían hablar entre ellos. El servicio era uno de los que ellas tenían en el local, muy fino y delicado y había muchos centros de flores, guirnaldas y luces. Parecía el hogar de unas hadas.

Por fin llegaron los novios y el ambiente se alegró. La felicidad se asomaba por cada una de las sonrisas, guiñaba sus ojos y movía sus cuerpos al ritmo de la música que había grabado Mirko de sus viejos discos, y que sonaría de continuo para no tener que levantarse.

La cena fue una de las más exquisitas que habían probado los invitados. Delicados entrantes, el famoso *steak tartar* de Sofía, por el que Irina moría, y luego unos rollitos de rodaballo con vieiras y caviar Belluga que Irina había conseguido a través de la embajada rusa.

Sofía estaba atenta a que todo estuviera bien, y no dejaba de mirar la puerta, esperándolo. Irina tampoco la perdía de vista, aunque estaba muy atenta a su flamante marido, que apenas la soltaba.

Tras el postre, llegó la hora del baile de los novios. Hans no era tan patoso como cualquiera que viera su complexión y altura pudiera sospechar, y el baile fue muy bonito. El fotógrafo contratado sacaría preciosas fotografías de dos enamorados y su pequeño hijo.

Sergio se sentó junto a Sofía.

—¿Sabes algo de mi hermano?

—¿Tú qué crees? —Ella lo miró bajando los ojos para no dejar ver su decepción.

—Quizá le ha pasado algo, se habrá retrasado el avión.

—Sí, claro, cualquier cosa.

Sergio tomó la mano de la chica y le apretó con suavidad.

—Él te quiere, solo que le cuesta demostrarlo. No está acostumbrado, ¿sabes?

—Yo tampoco lo he pasado bien, Sergio. Y aquí estoy, no me he cerrado al amor, y a la amistad. Al final, no puedes cerrarte a todos. Tu corazón se endurece y es posible que no sepas amar.

—No digas eso, a él se le ilumina la cara cuando te ve. —Sergio apretó su mano animándola.

—No sé, Sergio. No lo sé.

Talía se acercó a la pareja y tomó la mano de su marido.

—¿Me dejas que te lo robe? Dentro de poco mis pies parecerán dos troncos y no podré moverme. Y ahora ¡quiero bailar!

Sergio sonrió a modo de disculpa a Sofía y se marchó con su joven esposa, que movía su cuerpo al ritmo a pesar de estar a punto de dar a luz.

—Señorita, ¿quiere bailar?

Sofía se volvió para negarse a bailar con algún desconocido, pero fue Renard quien se encontró frente a frente.

—Hola, Renard. Llegas un poco tarde, ¿no? —Ella no le sonrió.

—Lo sé. Era algo muy importante. Te lo contaré luego. ¿Quieres bailar conmigo?

Sofía cedió. La preciosa canción que sonaba en ese momento era de un grupo de los ochenta, los Celtas Cortos. Él tarareó la canción en su oído. Parecía hecha a medida.

—*No puedo vivir sin ti, no hay manera. No puedo estar sin ti, no hay manera...*

Renard la atrajo todavía más hacia él. Su olor a madera la mareó ligeramente. Él enterró su nariz en el cuello de ella y la besó suavemente. Ella no quiso rendirse. Se apartó un poco y lo miró a los ojos.

—¿Por qué no has venido antes? Sabías hace meses la fecha de la boda. Quería estar contigo allí. —Ella casi hacía pucheros. El cava volvía a hacer estragos.

—Al final se complicó más de lo que yo pensaba. No sabes cuánto lo siento. Me disculparé también con los novios.

—Pero es que siempre estamos igual, Renard. Yo trabajando mucho, tú viajando más. Apenas nos vemos diez días al mes. No sé...

—Ey. —Él tomó su barbilla y le hizo mirarlo a los ojos—. ¿No querrás dejarlo?

Besó suavemente los labios que se abrieron a recibirle.

—No quiero dejarlo, pero es complicado.

—¿Confías en mí? —susurró él en su oído.

—Supongo que sí.

—Eso no ha sonado muy convincente. —Él la miró a los ojos—. Está bien. Ya no espero más.

Renard se separó de ella y ella pensó que se iba a ir, pero se puso de rodillas y sacó una caja. La cara de Sofía se puso de todos los colores, sobre todo, cuando los invitados les hicieron un círculo. Irina estaba llorando copiosamente ya.

—Sofía Campos, ¿me harías el honor de ser mi esposa?

Renard sacó un sencillo anillo plateado con un diamante y se lo ofreció a ella, que lo miró pasmada.

—¡Di que sí! ¡Di que sí! —corearon a la vez Irina, Sergio y Hans.

—Antes de que contestes, quiero que sepas que he dimitido de la empresa y que, a partir de ahora, voy a vivir todo el tiempo aquí, contigo, y espero que me mantengas y me des de comer, aunque mi postre favorito eres tú. —Sonrió finalmente él.

—¿En serio has dimitido?

—Claro que sí. Me importa poco el trabajo si eso hace que no pueda estar contigo. No quiero pasar un día más sin ti. No existe nada más importante que cogerte de la mano y caminar juntos. Entonces... ¿aceptas?

—Sí, sí, sí.

Renard se levantó y le puso el anillo. Un estruendoso aplauso acompañó el profundo beso que se dieron los nuevos prometidos.

Al separarse, Irina se acercó con su ramo.

—Bueno, creo que serás la siguiente. Aquí tienes mi ramo.

Sergio se aproximó a ellos y les abrazó apretando fuerte.

—¡Mi cuñadita guapa! ¡Qué suerte tuve aquel día en la playa cuando me salvaste la vida!

—Desde luego, nadie hubiera pensado que, de aquella situación, acabaría en un matrimonio. —Sofía abrazó a su querido y nuevo hermano.

—¿En serio has dimitido? —pregunto Hans a Renard.

—Sí. Lo he dejado. Puedo permitírmelo y más adelante, quien sabe. Igual me dan trabajo de ayudante de cocina en esta empresa —bromeó él.

—Renard, no me caíste bien y no estoy seguro de que seas lo mejor para ella. Para mí es como mi hermana, así que prepárate si le haces daño. —El hombre pareció amenazante—. Dicho esto, dejar tu empresa por estar con ella, me da que pensar que la quieres de verdad. Y eso está bien.

—Hans, deja de amenazar a mi futuro marido o te las verás conmigo. —Sofía se lanzó a abrazar al grandullón.

La fiesta se animó todavía más y todos se lanzaron al centro a bailar, excepto un pequeñín, que, agotado, dormía en el sillón del despacho.

FIN

# Agradecimientos

Ya has terminado el libro, ¿qué te ha parecido? Espero que te haya gustado esta nueva novela básicamente romántica, y que te haya dejado un buen sabor de boca.

Por eso quiero empezar agradeciéndote a ti que hayas decidido leer mi novela porque para mí eres muy importante. Cada una de las personas que apuesta por mí como autora es un pequeño empujón hacia cumplir mis sueños.

Por otra parte, quiero agradecer a mi marido, Marcelo, por asesorarme en muchos temas técnicos de hostelería, ya que él es un gran cocinero y su familia siempre ha estado ligada a la hostelería. Cuando empezamos a salir, como él estaba siempre trabajando, yo me iba allí, a la cocina, y ya que estaba, le echaba una mano. Por ello, aprendí cómo funciona una cocina por dentro y, sinceramente, hay que respetar y admirar a aquellas personas que se dedican a la hostelería.

Muchas veces vamos a cualquier establecimiento hostelero y apenas somos conscientes de las horas, del calor, o lo que supone el trabajo de un camarero, de un cocinero, o cualquier empleado de un hotel. Por eso siempre hay que respetar muchísimo a todos estos profesionales.

Gracias a la familia de mi marido, porque me han enseñado los entresijos de un negocio llevado con muchísimo trabajo, pero con alegría y buen humor.

Más agradecimientos: a mis hermanas, Lola, Ana, Charo y Eva. Ellas suelen leer mis libros como lectoras beta. Realmente tengo la suerte de que ellas puedan comentar con tanta propiedad lo que les envío. Ya no por su cultura, sino porque son empedernidas y experimentadas lectoras.

Eso sí, desde aquí les pido disculpas porque cuando les envío un libro, suelo meterles un poquito de prisa. Gracias por ser tan comprensivas.

Si te apetece, querido lector, querida lectora, me encantaría que dejases un

comentario en la plataforma donde estás leyendo el libro (en caso de que sea digital), y si quieres comentarme alguna corrección, o algo que no veas bien, te dejo aquí mi correo: [anneaband@gmail.com](mailto:anneaband@gmail.com) a tu disposición.

Y ahora, por si no me conoces, me voy a presentar.

## Sobre la autora

Me llamo Yolanda Pallás, aunque escribo con el seudónimo de Anne Aband. Nací en en Zaragoza, una ciudad al norte de España en la que vivo actualmente.

Soy una persona creativa a la que le gusta el trabajo duro. Estas dos cualidades me han hecho embarcarme en la escritura con todas mis energías. Empecé a escribir a edad muy temprana, pero fue en 2016 cuando me decidí a autopublicar mis novelas.

He hecho bastantes cursos de escritura creativa, incluido un máster en la escuela de Carmen Posadas, y también sobre autopublicación, marketing para escritores, etc.

El año pasado publiqué un libro de desarrollo personal llamado ***Bienvenido, cambio***, con mi nombre real.

En cuanto a mis novelas de ficción, encontrarás románticas como ***Una boda por contrato*** (ganadora en 2018 en el certamen romántico juvenil Bubok), ***Todo sucedió en Roma***, ***La espía enamorada***, ***El despertar de las brujas*** (esta incluye tema paranormal) o ***Bienvenida al purgatorio*** (que incluye dos asesinatos). También tengo una en estos momentos en periodo de reescritura. Se llama ***Amor Incondicional*** y fue de las primeras en publicar. Seguramente le cambie el nombre.

Y mi otra faceta es de escritora de novelas de fantasía. Escribí una bilogía llamada ***Vampiro normal*** y un libro de fantasía épica llamada ***Asandala, las crónicas de Aricia***, que en estos momentos está en periodo de reescritura.

También soy muy aficionada a escribir relatos cortos, de hecho, quedé finalista en 2018 en el concurso Sueños Etéreos de la editorial Khábox y publicaron mi relato ***La maldición de la befana***. Por eso, he publicado una antología de veinticuatro ***Relatos Cortos*** de diferentes temáticas en febrero

2019. También he participado en la antología benéfica *Fuera de Tiesto* con mi relato *Lena*. Encontraréis muchos en mi blog.

Mis **siguientes proyectos**... esto es difícil decir. Por supuesto tengo como tres o cuatro novelas casi acabadas, que por un tiempo dejaron de ser prioridad porque se cruzó otra por delante. Hay una policiaca, tres novelas infantiles, otras dos de temática paranormal, una de fantasía épica con dragones, y otra coral de personajes diferentes, actuales, pero nada normales. ¿Cuál será la siguiente? Depende. Soy una escritora muy visceral así que aquella que me encante y me atrape será la que acabe primero.

Me despido ya. Encontrarás más información, relatos y todos mis libros además de en Amazon, Bubok, Kamadeva editorial, Casa del Libro, etc, en mi web [www.aneaband.com](http://www.aneaband.com) y [www.yolandapallas.com](http://www.yolandapallas.com) y, si quieres escribirme, puedes hacerlo a [aneaband@gmail.com](mailto:aneaband@gmail.com) o a [hola@yolandapallas.com](mailto:hola@yolandapallas.com)

También estoy en twitter, Instagram, facebook e incluso en Youtube. También encontrarás audios de relatos y entrevistas en ivoox. Desde mi web puedes acceder a todas mis redes sociales.

De nuevo gracias por todo, y espero verte de nuevo en estos libros. ¡Hasta pronto!



# EL YO

¿Cuál es su tipo de yo?



Epub

Harold Martínez Jordán

# El yo

Martínez Jordán, Harold

9788468532431

118 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En este libro, el lector encontrará la nueva teoría del Yo de acuerdo al resultado de una indagación de varios años, en cuya visión se expone su conocimiento moderno. En él se incluye su historia desde sus concepciones esotéricas, su mecanismo con relación a sus cinco inteligencias, sus ciclos y los tipos de Yo o signos psicológicos, como parte de su nueva estructura general. Robert Bissonnette, psicólogo Canadiense, afirma: "Harold Martínez Jordán hace una prueba de audacia y de originalidad presentando una nueva tipología del yo. Su trabajo es el resultado de una reflexión filosófica y psicológica. Este libro está inscrito dentro de la corriente contemporánea de la psicología de la espiritualidad entre otras descrita por Eckhart Tolle, que hace hincapié en la importancia de conocer los diversos "yo" con el fin de poder liberarlo."

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cristina  
**Corsali**

*Lágrimas negras*  
*La conversación muda*



# Lágrimas negras. La conversación muda

Corsali, Cristina

9788468527031

246 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Erotismo, esperanza, acento canario y sabor latino. Lágrimas negras. Esther y Marcelo llevan meses chapoteando torpemente en un matrimonio donde ya llovía sobre mojado desde hacía mucho tiempo. La paciencia de Esther se agota cuando, en lugar de celebrar su aniversario juntos, Marcelo decide quitársela de en medio unos días y enviarla con doña Asunción, su madre, a un lujoso crucero. Pero el destino tiene una sorpresa preparada para ella... Omar, cantante de salsa y viejo amor de juventud, se cruza de nuevo en su camino. A pesar de años de separación tras un final abrupto, Esther siente todavía una fuerte atracción por el cubano, pero un secreto de aquella época la atormenta... "Pase lo que pase, el domingo, salsa". La conversación muda Invisible. Así se siente María Eugenia después de que su marido pusiera punto y final a años de relación y de que su hijo se mudara al extranjero. Decidida a recuperar las ganas de vivir, retoma su pasión por la pintura y descubre el baile como terapia. María Eugenia no imagina que su primer boceto será el del hombre que la enseñará a caminar por una jungla de gente insensibilizada, de sexo sin amor, de la conversación breve y muda del Messenger... Sin embargo, de su mano se agudizarán también miedos e inseguridades. ¿Será capaz de reinventarse y dejar atrás los apegos que la paralizan? En su lucha, la salsa será lo único que la mantenga a flote. Cristina Corsali regresa después de Todos los caminos con dos nouvelles sobre el amor, las segundas oportunidades y la satisfacción que da el tiempo cuando pone a cada uno en su lugar.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



ANNE ABAND

# Una Boda por Contrato

Ganadora del concurso  
Novela Romántica Juvenil  
2018  
BUBOK

bubok

# Una boda por contrato

Aband, Anne

9788468523781

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Andy, un atleta australiano, está desesperado por participar en las olimpiadas. Jordi, entrenador de la selección española de atletismo, ha mostrado interés en su ficha. Andy haría cualquier cosa por formar parte del equipo... incluyendo pagar a una desconocida, casarse con ella y obtener así la nacionalidad. Laura está a punto de perder el piso en Barcelona que tanto le costó conseguir. Es muy testaruda y no quiere pedir dinero a nadie por lo que la inusual propuesta del australiano parece ser la solución que buscaba. Aunque el amor no estaba incluido en el contrato, Andy y Laura congenian mucho mejor de lo que esperaban. Sin embargo, el futuro, la familia y sus antiguas parejas no tardarán en poner trabas a esta relación de conveniencia, perfecta a primera vista. ¿Puede surgir el amor verdadero de un contrato? ¿Serán capaces Andy y Laura de seguir con sus vidas una vez que termine el pacto? ¿Aparecerá un amor verdadero que ponga en peligro su relación? "Una boda por contrato es una novela fresca, divertida y tierna que nos obliga a reflexionar sobre lo que estamos dispuestos a apostar para conseguir nuestros sueños". Portal literario "Los libros del querer"

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Mientras me *quieras*

Charo Gabarró



# Mientras me quieras

Gabarró, Charo

9788468524894

444 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Elise, una mujer sin sueños demasiados pretenciosos, conoce París en su luna de miel. Allí encuentra una ciudad de la que enamorarse y descubre un futuro con el que no se atrevió a soñar. Marcel, un exitoso empresario parisino con el corazón blindado, se cruza de pronto en su camino. Entre ellos comienza una historia de amor, desconfianza, sexo y celos... en la que la eterna lucha entre la cabeza y el corazón no da tregua. "Nada es imposible, nadie es inalcanzable, quizás seamos nosotros el diamante más valioso y aún no nos hemos dado cuenta, sólo tenemos que abrir los ojos y brillar".

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Libro de crecimiento, innovación  
y liderazgo del año.

Frost & Sullivan 2014

# ORGANIZACIONES EXPONENCIALES

Por qué existen nuevas organizaciones  
diez veces más escalables  
y rentables que la tuya  
(y qué puedes hacer al respecto)

**SALIM ISMAIL**

**MICHAEL S. MALONE y YURI VAN GEEST**  
prólogo de FRANCISCO PALAO y PETER DIAMANDIS

 A SINGULARITY UNIVERSITY BOOK

# Organizaciones Exponenciales

Ismail, Salim

9788468686387

414 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Durante los últimos cinco años, el mundo empresarial ha sido testigo del surgimiento de una nueva generación de empresas – las Organizaciones Exponenciales (ExO) – que han revolucionado la forma de acelerar su crecimiento mediante el uso de la tecnología. Una ExO puede transformar el modo lineal e incremental en que las empresas tradicionales crecen, mediante el uso de activos como su comunidad, personal bajo demanda, Big Data, Inteligencia Artificial y otras nuevas tecnologías, hasta alcanzar un rendimiento diez veces superior al de empresas similares. Tres visionarios del mundo de los negocios – Salim Ismail, Yuri van Geest y Mike Malone – han investigado este fenómeno y han documentado diez características de las Organizaciones Exponenciales. En este libro, Organizaciones Exponenciales, acompañan al lector en su viaje para conocer cómo, cualquier compañía, desde una startup a una gran multinacional, puede convertirse en una ExO, mejorando su rendimiento y evolucionando al siguiente nivel.

[Cómpralo y empieza a leer](#)